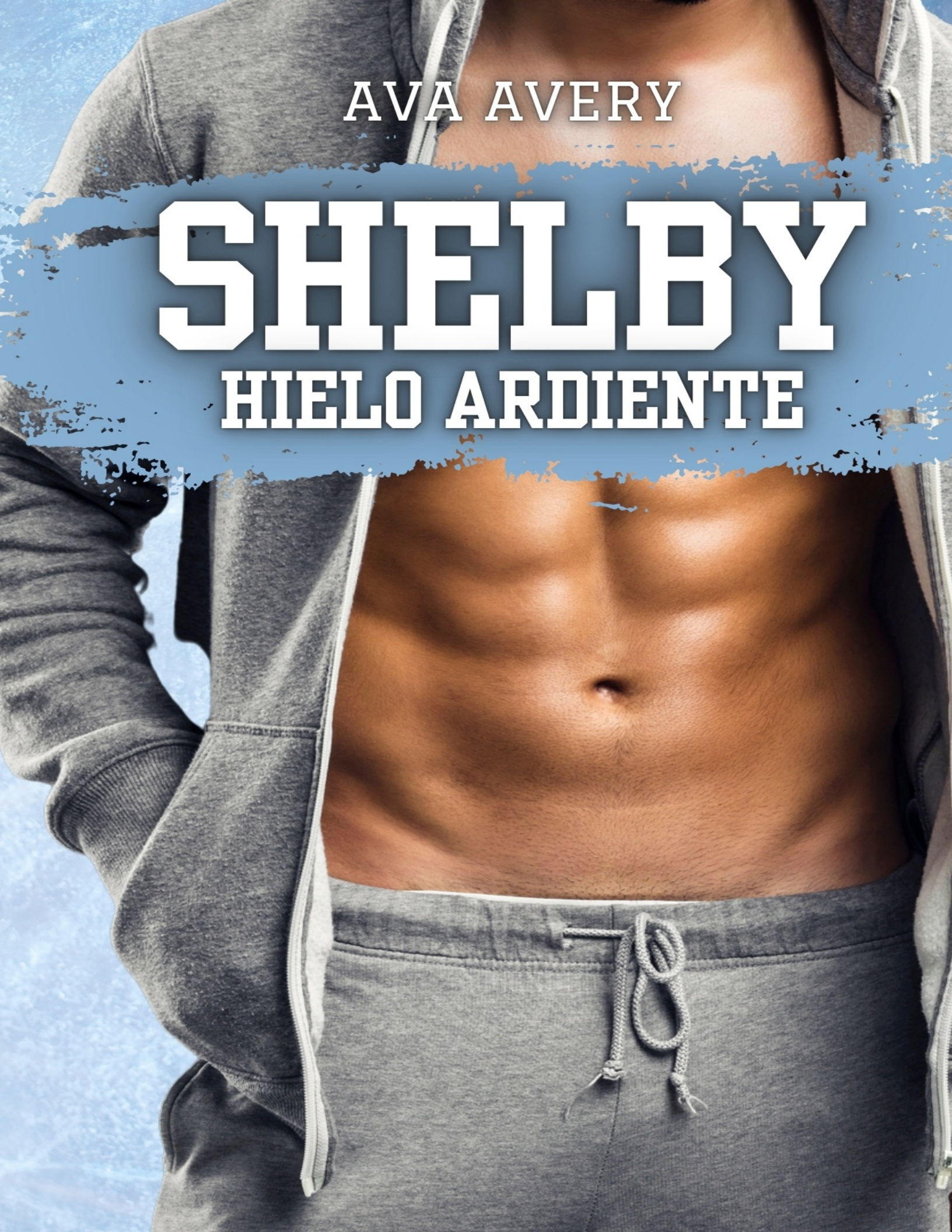


A close-up photograph of a man's bare torso. He is wearing a grey zip-up hoodie that is open, and grey sweatpants with a white drawstring. The background is a clear blue sky. The image has a torn paper effect across the middle where the text is located.

AVA AVERY

SHELBY

HIELO ARDIENTE

SHELBY

HIELO ARDIENTE

LOS HERMANOS SLOANE

LIBRO 1

AVA AVERY



Primera edición en español: septiembre 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de depositphotos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

GRATIS PARA TI

CAPÍTULO GRATIS PARA TI

¿Quieres conseguir **un capítulo secreto exclusivo y gratuito** sobre los tres hermanos Sloane?
Entonces haz clic [AQUÍ](#) o escanea este código QR:

Empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este **código QR:**



ÍNDICE

[Prólogo](#)

1. [Sienna](#)
2. [Shelby](#)
3. [Sienna](#)
4. [Shelby](#)
5. [Sienna](#)
6. [Shelby](#)
7. [Shelby](#)
8. [Sienna](#)
9. [Shelby](#)
10. [Sienna](#)
11. [Shelby](#)
12. [Sienna](#)
13. [Shelby](#)
14. [Sienna](#)
15. [Shelby](#)
16. [Shelby](#)
17. [Sienna](#)
18. [Shelby](#)
19. [Sienna](#)
20. [Shelby](#)
21. [Sienna](#)
22. [Shelby](#)
23. [Sienna](#)
24. [Shelby](#)
25. [Sienna](#)
26. [Shelby](#)
27. [Sienna](#)
28. [Shelby](#)
29. [Sienna](#)
30. [Shelby](#)
31. [Sienna](#)
32. [Shelby](#)

[Epílogo](#)

[Mis novelas de un vistazo](#)

[Libro y Capítulo Gratis](#)

[Antes de partir](#)

PRÓLOGO



SHELBY

HACE 7 AÑOS

SONRÍO CONFIADAMENTE mientras subo al avión en Boston, intentando por todos los medios que no se note lo emocionado e inseguro que estoy. Después de todo, no todos los días cruza el país entero en un avión en Primera Clase, por supuesto. Y no todos los días se acepta un trabajo como jugador profesional de hockey. Especialmente a los 22 años, sólo seis meses después de la universidad.

¡Joder! Todavía no puedo creer que esto me esté pasando a mí.

Quiero decir... sí, vale, el hockey es mi vida. Prácticamente lo llevo en la sangre. Mi padre también era profesional y mi hermano mayor Caiden lleva tres años jugando en un equipo de las grandes ligas. Pero eso no significa nada.

No se llega al hockey profesional por los lazos familiares. Al menos no como jugador.

O tienes lo que se necesita o no lo tienes.

Y parece que yo lo tengo.

Mi sonrisa se ensancha un poco más cuando me saluda la guapa azafata, que se presenta como Sienna, y me guía personalmente hasta mi asiento.

Aunque en realidad no se le puede llamar *asiento*.

Madre mía. Mi asiento es un palacio. No es broma.

Sienna abre la puerta del camarote y me muestra todo un piso.

Cama, sillón, escritorio, incluso su propio baño.

¿Qué demonios?

¿Así es como vuelan los súper ricos? ¿El uno por ciento de este mundo? ¡Ahora será mi mundo!

Hasta ahora, sólo había volado en clase turista y, en el mejor de los casos, sólo me habían guiado a través de la clase business un par de veces para llegar a mi asiento en clase turista.

El hecho de que algo así exista aquí... increíble.

—¿Este es mi asiento? —vuelvo a preguntar para asegurarme y echo un vistazo furtivo a mi billete.

Sloane. El asiento 1A está escrito ahí.

—Si usted es el señor Sloane, este es su camarote.

Sienna me da una cálida sonrisa, pensando que soy mucho más rico y sofisticado de lo que realmente soy.

En realidad estoy bastante arruinado.

Pero... ¡un momento! No, no es verdad.

Desde esta mañana, ya no lo estoy.

Porque esta mañana ha llegado a mi cuenta la prima de fichaje de los *Armadillos*. Así que ahora soy oficialmente millonario.

Soy. Millonario.

Empiezo a reírme histéricamente y Sienna me mira divertida. Debe pensar que estoy completamente loco.

La chica está muy buena.

Creo que tiene mi edad. Quizás será un poco mayor. Pelo largo y rubio recogido en una trenza. Ojos verde jade que me recuerdan a uno de mis destinos de ensueño: Palau. Uno de los últimos paraísos del mundo.

Sus curvas pecaminosas y sexys me excitan.

Sobre todo con su uniforme rojo oscuro: una sencilla blusa blanca bajo una americana roja entallada y una falda del mismo color. Lleva unos tacones negros sencillos.

Si hubiera sabido que las azafatas están tan buenas, habría volado inútilmente más a menudo los fines de semana que no tengo partido.

De alguna manera nunca me di cuenta de esto antes, probablemente porque no he volado mucho, o porque nunca he tenido una azafata para mí solo.

Es exactamente lo que Sienna me está diciendo ahora mismo.

Intento parecer tranquilo y no aspirar bruscamente mientras me hace saber que ella es la única responsable de mí en este vuelo de seis horas.

—Soy responsable de Primera Clase. Tenemos cuatro cabinas de Primera Clase a bordo de este avión, para las que normalmente se asignan dos tripulantes. Pero como usted es el único pasajero de Primera Clase hoy, me tiene toda para usted.

Las palabras de Sienna suenan profesionales y educadas, pero saber que será sólo mía durante las próximas seis horas trae a mi mente fantasías desinhibidas y prohibidas de sexo salvaje por encima de las nubes.

Cierro los ojos un momento y me trago la inapropiada lujuria.

Joder. Todo esto es demasiado para mí hoy.

Necesito urgentemente una copa para calmarme.

La cifra de seis ceros que he visto en el móvil esta mañana cuando he consultado mi cuenta bancaria me ha dejado totalmente alucinado.

En mi cabeza se formaron imágenes de Ferraris rojos, lujosas villas con piscina, mujeres en lencería sexy y elegantes jets privados. Mierda, creo que tengo signos de dólar en los ojos y posiblemente una enorme erección.

Esta cifra irreal con todos esos ceros me acelera el pulso y me deja completamente agotado.

Cuando me dijeron en la facturación del aeropuerto que volaría en Primera Clase y me condujeron a través de un control de seguridad prioritario especialmente designado, seguido de una sala VIP de lujo, mi autocontrol desapareció definitivamente.

Nervioso, pedí un whisky doble en la sala, en lugar de mi café matutino. Y luego otro.

Lo dejé así porque no quería subir al avión borracho, pero ahora que he entrado en mi camarote y he echado un vistazo a mi reino, necesito más whisky de alta graduación. Mucho más.

¿Por qué Caiden, el imbécil de mi hermano mayor, no me advirtió que ser un jugador profesional de hockey sobre hielo significaba ser cortejado y mimado de esta manera?

Probablemente porque él y papá saben lo rápido que me acostumbro a este tipo de cosas.

Me encanta el lujo. Aunque yo nunca lo haya tenido. Porque aunque mi padre ganó millones durante su activa carrera profesional, siempre llevamos una vida muy sencilla como familia.

Mis ruegos y súplicas por un Ferrari, o al menos un Porsche, siempre quedaron en nada. En su lugar, mis padres conducían un vergonzoso coche familiar para que cupiéramos mis dos hermanos, mi hermana y yo. Podríamos haber subido en dos coches guays en vez de en uno que no lo es... pero no.

¡Eso por fin es historia!

Porque ahora puedo comprar los coches con clase yo mismo. Y joder, sí, ¡lo haré!

En cuanto termine con éxito mi primera temporada como delantero de los *Arizona Armadillos* y cobre mis millones adicionales de sueldo anual, el speedster rojo de Italia será mío.

Pero hasta entonces, es hora de recuperar el aliento. Respirar hondo. Relajarme. Calmarme.

Me hundo en el mullido sillón de cuero y observo mi suite con curiosidad.

Un televisor casi exageradamente grande cuelga sobre el escritorio y me invita a ver películas.

No es mala idea. Quizá lo haga.

Pero primero necesito una copa para no morir de un infarto antes de aterrizar en Phoenix y empezar mi carrera profesional.

Estoy seguro de que no sería la primera persona que sufre un infarto porque se ha hecho rico y famoso de la noche a la mañana.

Pero eso sería un completo desperdicio. Al fin y al cabo, quiero sacar algo de provecho de mi dinero después de haberme dejado el culo trabajando toda la vida.

Dejo la mochila a mi lado y saco una revista de hockey sobre hielo. Normalmente siempre me tranquiliza hojearla y puedo pasarme horas en el retrete con ella. Pero hoy solo puedo pensar en que mi cara está a punto de aparecer en ella.

—¿Puedo traerle algo de beber, señor Sloane? —pregunta Sienna, que acaba de colgar mi chaqueta en algún sitio y se ha reunido conmigo en el cubículo.

—Una copa no estaría mal —respondo agradecido.

—Por supuesto. ¿Qué le apetece? —sonríe Sienna, imperturbable ante mi exigencia de beber alcohol a las once de la mañana.

—Sólo sorpréndeme —respondo, porque no tengo valor para tomar ninguna decisión ahora mismo.

Sienna vuelve a dedicarme esa sonrisa pícaro y cálida, pulsa un botón y desaparece por el pasillo. La puerta de la cabina se cierra lentamente y, antes de darme cuenta, estoy solo en mi castillo de las nubes.

Es increíble.

A partir de ahora podría recorrer el país así.

Tiro la revista descuidadamente a un lado, me doy la vuelta en el sillón y miro por la ventana. Y ya está.

Cuando el avión despegue, mi estancia en Boston habrá terminado oficialmente. Adiós a la universidad. Adiós ligas menores. Hola liga profesional.

Mi nueva vida comienza oficialmente hoy. Y aunque nunca lo admitiría, porque siempre presumo de lo bien que me va por mi cuenta, me alegro mucho de que mi hermano mayor Caiden también juegue en Arizona y conozca bien el terreno.

Primero voy a quedarme con él y luego me tomaré mi tiempo para familiarizarme con todo. Con la ciudad, con el equipo y con mi vida como profesional.

No sé cómo él y Elliott, mi otro hermano, se las arreglaron solos al principio de sus carreras profesionales sin volverse locos.

Mi respeto por ellos aumenta de inmediato, aunque nunca lleguen a oírlo.

Después de todo, soy oficialmente el más guay y relajado de los hermanos Sloane. Y no quiero que eso cambie en el futuro.

Lllaman a la puerta y, cuando presiono un botón, el sistema automático la abre de *un* empujón.

Sienna equilibra hábilmente una bandeja y coloca un vaso de líquido transparente y hielo sobre el escritorio. También hay un bol de frutos secos y una selección de bombones.

¡Vaya!

Si me como todo eso, saldré rodando del avión en Phoenix.

—Gin tonic con clavo, anís estrellado, hinojo, canela en rama, lavanda, romero y tomillo. Refrescante y calmante al mismo tiempo —dice Sienna, señalando la bebida.

Sospecho que me ha descubierto y se ha dado cuenta de mis nervios.

¡Qué mierda!

Quería parecer despreocupado y seguro de mí mismo.

Sus ojos se posan en mi revista, que yace descuidada sobre el escritorio.

—¿Le gusta el hockey sobre hielo?

Resoplo divertido, pero luego me repongo y asiento con la cabeza.

—Sí... me gusta. ¿Y a ti?

Mueve la cabeza con pesar.

—Me temo que no entiendo nada. ¿Puedo traerle algo más? ¿O quiere que le informe de las comodidades de su camarote?

—¿De verdad es tan obvio que no soy un pasajero experimentado de Primera Clase? —murmuro tímidamente, a lo que Sienna suelta una risita maravillosamente dulce.

—Llevo tiempo haciendo este trabajo, señor Sloane. Puedo ver las sutilezas.

Hago una mueca y me pongo de pie.

—En ese caso, supongo que ahora soy oficialmente un novato. De acuerdo. Entonces muéstrame cómo puedo pasar el tiempo durante las próximas seis horas.



Las tres primeras horas de vuelo pasan en un santiamén.

Despegamos a tiempo, Sienna me trae otro gin-tonic, esta vez con refrescantes rodajas de pepino, y toma nota de mi pedido de comida.

Una vez más, me maravillo ante las casi ilimitadas opciones disponibles en Primera Clase, ya que la oferta de comida es abrumadora.

Como, veo la tele, me echo una siesta en la amplia cama, me ducho y me lavo los dientes.

Me siento como nuevo.

Estoy aburrido y, a cada kilómetro que nos acercamos a Phoenix, resurge mi nerviosismo apenas sofocado.

Decido estirar las piernas y echar un vistazo más de cerca a la zona de Primera Clase, después de todo, soy el único pasajero en esta zona. No creo que a nadie le importe que me pasee por aquí.

La clase Business está separada de la Primera por una pared y una cocina, por lo que la Primera es realmente tranquila y casi aislada.

De hecho, no veo a ningún otro miembro de la tripulación mientras deambulo por la cabina.

Cuando llego a la cocina de Primera Clase, Sienna está sentada hojeando una revista de moda.

Se ha quitado los zapatos de tacón y ha cruzado los pies en la pared de enfrente. Se ha subido la falda, dejando al descubierto un par de medias de seda con una juguetona cinturilla y tirantes.

Trago saliva, pero el nudo que tengo en la garganta no se mueve ni un milímetro.

En mi fantasía, me arrodillo entre los muslos de Sienna y entierro la cara en su pubis para oler su centro y hundir la lengua en él. Sienna me agarra por el pelo y utiliza mi cabeza como juguete sexual para provocarse un sucio orgasmo. Respirando suavemente mi nombre, se corre en mi lengua, a miles de metros por encima de las nubes y en las inmediaciones de cientos de pasajeros ignorantes, sentados obedientemente en sus asientos.

Trago saliva de nuevo y la erección que he tenido esta mañana al mirar mi cuenta bancaria no es nada comparada con lo que se me hincha ahora en los pantalones.

Mi ronco gemido me delata, entonces Sienna se sobresalta y aparta la mirada de la revista.

—Señor Sloane —dice sorprendida—. Lo siento. No recibí ninguna notificación de que necesitara algo.

Sí, porque no pulsé ningún botón, te estaba espiando en secreto como un mirón.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

Se levanta apresuradamente, se pone los zapatos y se alisa la falda.

Sus mejillas se cubren de un fino rubor y de repente parece tan nerviosa y tensa como yo hace tres horas.

Se pone delante de mí y me sonríe amablemente. Sus ojos verdes brillan con confianza y no puedo evitar acariciarle la mejilla burlonamente con el dorso de la mano.

—Lo que quiero está prohibido y es muy indecente. Decirlo haría que me detuvieran a bordo y me llevaran esposado —murmuro con voz sombría porque estoy tan excitado que apenas puedo pensar con claridad.

—¿Vas a asaltar la cabina y secuestrar el avión? —bromea Sienna sin aliento.

Me sorprende que no me empuje la mano ni huya de mí.

Se queda quieta y deja que la acaricie suavemente.

—No —digo con dureza— te quiero a ti. Sentada sobre mí. Con los muslos bien abiertos. Con la falda levantada indecentemente. Tu blusa entreabierta. Tu trenza enrollada alrededor de mi mano. Quiero que me montes. Salvaje. Exigente. Codiciosa. Y quiero que gimas porque mi polla te está poniendo muy cachonda.

Debo haber perdido todo el autocontrol, para estar hablando como estoy hablando en este momento.

Definitivamente saldré en todos los periódicos de este país, sólo que de una forma completamente distinta a la que yo esperaba.

Me enfrento a cargos de acoso sexual en el trabajo combinado con poner en peligro el tráfico

aéreo, lo que casi con toda seguridad me llevará directamente a la cárcel.

Mi carrera en el hockey ha terminado. Se acabó mi vida de libertad.

Mierda.

Estoy jodido.

Pero extrañamente, Sienna no me domina con un puñetazo en la boca del estómago. Tampoco me pateo entre las piernas. Y no pulsa ningún botón de alarma oculto.

Se queda ahí de pie, mirándome fijamente con sus grandes ojos verde jade.

—¿Sexo por encima de las nubes? —susurra por fin, apenas audible, y se humedece los labios ligeramente entreabiertos con la lengua—. ¿Es eso lo que quiere, Sr. Sloane?

—Sí, Sienna —murmuro con una voz que nunca antes había oído—. Eso es lo que quiero. Pero no creo que esté incluido en mi billete de Primera Clase.

Sienna da un paso hacia mí y me agarra la mano.

—¿Dónde está?

La miro, irritado.

—¿Dónde está *qué*?

—Tu billete.

Oh, bueno, ha cambiado a “*tú*”. ¿Será una buena señal?

—En... en mi camarote.

—Entonces veamos qué servicios están incluidos en el precio del billete.

Me sonrío juguetonamente y creo que estoy soñando.

O eso, o se me han reventado los tímpanos durante el vuelo y la he oído mal.

Pero Sienna me empuja hacia el pasillo, rozándome deliberadamente con su cuerpo seductor y lanzándome una mirada que me acalora y me enfría a la vez.

¡Joder!

Ella... ella también quiere esto.

Sexo.

Conmigo.

Por encima de las nubes.

Con el corazón y la polla palpitando, la sigo hasta el asiento 1A y veo cómo cierra la puerta de la cabina tras nosotros y pulsa el botón de *no molestar*.

Susurra y se endereza.

—¿Qué me has dicho? Yo, sentada encima de ti, con las piernas abiertas. La falda levantada. ¿La blusa medio abierta?

Sienna empieza a desabrocharse la blusa mientras se pavonea provocativamente hacia mí con una pequeña sonrisa implícita.

Soy incapaz de apartar los ojos de ella. Es increíblemente sexy. Tan segura de sí misma. Tan... perversa y tan malditamente seductora.

Este es *su* espectáculo.

No *me* la *estoy* follando. *Ella* me folla a *mí*. Ella tiene el control porque hace tiempo que me enamoré de ella.

Me da un pequeño empujón en el pecho para que me tambalee y caiga sobre la silla.

Luego se sube la falda por encima de los muslos, lo que me permite echar otro vistazo a sus medias y tirantes.

Disfruta de mi mirada apreciativa y admirativa, que acaricia su piel desnuda y señala mi pantalón con la barbilla.

—¿No vas a abrirlo? ¿Cómo vas a follarme si no?

Aprieto los labios con fuerza y respiro profunda y lentamente.

En presencia de esta mujer, me siento como un principiante inútil. Ella sabe muy bien lo que quiere y yo... yo sólo la miro ociosamente, babeando y con una gorda erección en los pantalones.

Me apresuro a desabrochar la cremallera y saco mi polla hinchada.

Sienna la examina sin pudor y, aunque sé que estoy por encima de la media, espero sinceramente salir bien parado de su inspección. Porque realmente deseo a esta mujer.

Paso la mano izquierda por mi erección mientras veo a Sienna acortar la distancia que nos separa y sentarse en mi regazo.

Pone su mano sobre la mía y me coge la polla.

Me la masajea con hábiles movimientos mientras me mira fijamente a los ojos, viendo cómo mi mirada se nubla y se desdibuja mientras disfruto de sus eróticas atenciones.

Con una sonrisa de satisfacción, se inclina hacia mi oído y susurra:

—Ayúdeme a seguir, Sr. Sloane. Estoy sentada sobre usted. Con las piernas abiertas. La falda levantada indecentemente. La blusa entreabierta. ¿Qué era lo siguiente en su lista de deseos?

Nunca en mi vida he estado más cerca de un ataque al corazón.

—Tú... —me aclaro la garganta porque me falla la voz— me estás montando.

—Claro —susurra Sienna tentadoramente—. Me acuerdo. Salvaje, exigente y codiciosa, ¿verdad?

Joder.

Asiento con la cabeza porque no me sale otra palabra.

Se levanta un poco, se aparta las bragas, coloca mi polla y se acomoda sobre ella con un dulce suspiro de liberación.

Centímetro a centímetro, me deslizo dentro de su cueva húmeda y apretada, y nunca he deseado tanto que mi polla midiera cien centímetros para que este viaje tropical y húmedo al paraíso pudiera durar eternamente.

Sienna me pone las manos en los hombros e inclina ligeramente la cabeza hacia atrás. Gira la pelvis con hábiles movimientos y empapa mi polla con su humedad caliente.

Dejo que mi cara se hunda en su escote y respiro profundamente el seductor y único aroma a loto y osmanthus.

Entonces me atrevo a desabrocharle aún más la blusa, dejando al descubierto su sujetador de encaje, que revela más de lo que cubre.

Está claro que a alguien le gusta la lencería pecaminosa. Soy un tipo increíblemente afortunado.

Primero consigo un contrato profesional. Luego un millón. Luego un billete de Primera Clase a Phoenix para mi nueva vida, y para rematar, un polvo caliente por encima de las putas nubes a varios miles de metros de altura.

Aleluya. Mi vida puede seguir así. En el carril rápido. ¡Qué bueno!

Bajo la boca sobre la fina tela y paso la lengua por los tiernos pezones de Sienna, tan apetitosos que me encantaría chuparlos durante el resto del vuelo.

Pero esta succión se ve interrumpida por un gemido agónico mío cuando Sienna cambia de ritmo y ya no me cabalga en círculos, sino con empujones pélvicos dirigidos.

—Joder, cariño —murmuro sin aliento—, me vas a matar.

Sienna se ríe suavemente y vuelve a acercar mi cara a sus pechos.

Amaso sus suaves tetas, aparto la tela de su sujetador y me las llevo lujuriosamente a la boca.

Mhhhhhm. Simplemente celestial.

Mis manos vagan hasta las caderas de Sienna, que agarro y embisto contra mis lomos.

Profunda, salvaje y rápidamente, su pelvis se precipita sobre mi polla.

Lo hacemos tan fuerte y rápido como animales porque nuestra lujuria exige un orgasmo liberador y porque sabemos que no tenemos mucho tiempo si no queremos que nos cojan.

Me levanto con Sienna en el regazo y la dejo sobre el escritorio. Mis manos se deslizan por sus muslos desnudos, bajo su falda levantada y se posan en su cintura curvilínea.

Mientras me introduzco en ella, gimiendo con potentes embestidas, la atraigo hacia mí con cada penetración para intensificar los golpes.

Sienna se apoya en el escritorio y cierra los ojos. Sus labios se curvan en una sonrisa de satisfacción. Esta mujer sonrío increíblemente bien, y sonrío mucho.

Está disfrutando.

Le gusta que se la follen.

Disfruta de lo que yo le doy y lo que ella me da a mí.

Sin pensármelo dos veces, me inclino hacia delante y la beso. Conquisto su boca con un beso impetuoso e impaciente y hundo mi lengua en ella tan profundamente como mi polla.

La garganta de Sienna vibra bajo sus gemidos ahogados. Esto es jodidamente excitante.

—Sí, nena, déjalo salir —le murmuro, acercándome a ella y follándola con embestidas más pequeñas y más fuertes mientras deslizo una mano entre nosotros y froto su clítoris con ella.

Jadea contra mi boca y las sacudidas alrededor de mi polla me indican que está a punto de correrse.

El sudor me corre por la piel a chorros y la ropa se me pega como después de una maratón por las calles de Bangkok.

Tengo el pelo húmedo y la polla empapada.

Estoy completamente sin aliento y el corazón se me acelera en el pecho.

Pero nada en el mundo podría detenerme ahora.

Agarro el culo de Sienna, la aprieto contra mí y la penetro con pequeños empujones, rápidos y dirigidos, mientras su pubis se frota contra mi abdomen.

Los dedos de Sienna se clavan con fuerza en mis hombros mientras alcanza el clímax.

Nuestras bocas se aprietan con fuerza para ocultar nuestros gritos de liberación.

Siento cómo sale un líquido disparado de mí, caliente, feroz y desenfrenado, directamente hacia el vientre resbaladizo y abierto de Sienna.

Sin aliento, me derrumbo sobre ella, casi aplastándola con mi peso.

—Mierda —jadeo, completamente exhausto—. A partir de ahora siempre volaré en Primera Clase.

Sienna se ríe suavemente y yo me uno a ella.

Sacudiendo la cabeza, me separo de ella y miro hacia abajo.

—Creo que tú necesitas mi baño más que yo ahora mismo —murmuro y sonrío—. Si quieres, te lo dejo con mucho gusto.

Sienna se desliza fuera del escritorio y se sube la falda por encima de los muslos, que están húmedos de lujuria líquida.

—Dame cinco minutos, ¿vale?

Había temido que se arrepintiera de este rapidito prohibido conmigo, o que se avergonzara de ello ahora que su orgasmo ha remitido. Pero sigue tan segura de sí misma como siempre.

Se comporta como si no tuviera nada de malo acostarse con un desconocido en un avión a diez mil metros de altura.

Eso me impresiona, pero también me inquieta.

¿Es realmente tan dura y despreocupada como actúa por fuera, o está completamente loca por dentro?

Sienna entra en el pequeño cuarto de baño, pero yo la cojo del brazo y la atraigo suavemente hacia mí.

Me mira asombrada.

Le sujeto la cara con las dos manos y la beso. Pero esta vez con cuidado.

—¿Está todo bien? —le pregunto, escrutándola con insistencia.

Sienna asiente y se sonroja ligeramente.

—Tienes que saber... que no suelo hacer esto... para ser exactos, nunca lo había hecho antes... —confiesa tímidamente.

—¿Sexo por encima de las nubes? ¿Dormir con un pasajero? ¿Sin condón?

Ella asiente de nuevo y se muerde el labio inferior.

—Si te hace sentir mejor, yo tampoco —digo pasándome los dedos por el pelo sudoroso—. ¿Por qué lo has hecho hoy?

No puedo evitar preguntar.

Sienna responde sin vacilar. Por lo visto, no tiene que pensar la respuesta.

—Porque lo necesitaba. Y creo que tú también. Y porque a veces hay que desconectar la cabeza y dejarse guiar por el instinto.

Con estas palabras, se separa de mí y cierra la puerta del baño tras de sí.

Completamente agotado, me subo la cremallera de los pantalones, me dejo caer en el sillón y me quedo mirando la puerta cerrada del baño.

¡Qué mujer!

Es preciosa. Increíblemente simpática. Un talento indescriptible en la cama. Y también sabe leer la mente. Reconoció lo que necesitaba y me lo dio sin dudarlo.

Es más, no causó ningún drama porque tuvimos sexo sin protección en nuestro éxtasis. Seguramente toma la píldora y confía en que estoy sano, y por supuesto que lo estoy.

Mientras oigo correr el agua en el baño, pienso en su declaración.

Necesitaba acostarse conmigo.

La única pregunta es: ¿por qué lo necesitaba? ¿Qué había pasado en su vida para que accediera a sentir una emoción tan especial conmigo?

Por desgracia, nunca iba a averiguarlo.

Porque poco después de que Sienna hubiera salido del baño y yo me hubiera refrescado, se produjo una emergencia médica en la clase Business y el avión tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia no programado en Denver. Después de esto, los pasajeros fueron distribuidos rápidamente a otros aviones.

Esa fue la última vez que vi a Sienna, que fue llamada a la clase Business para administrar primeros auxilios.

CAPÍTULO 1

SIENNA



7 AÑOS DESPUÉS

MI COPA de vino choca con la de mi hermana. Brindamos la una por la otra y lo celebramos con un generoso sorbo del vino tinto que nos regalamos cuando nos mudamos.

Por fin, todas las habitaciones están amuebladas, las últimas cajas desembaladas y todos los servicios dados de alta.

Hemos llegado oficialmente a Silver Springs, un tranquilo suburbio de Phoenix.

—Ya estamos aquí —susurra emocionada mi hermana Susan para no despertar a Hannah, mi hija.

Hago un sonido para asentir y apenas puedo creer que se nos permita empezar de nuevo en Silver Springs.

En realidad, ya me veía muriendo de aburrimiento en Jefferson, un pueblecito tranquilo de Tennessee.

Sue y yo crecimos en Jefferson. Refugiadas, lejos del peligro y aisladas del mundo.

Así que no es de extrañar que, en cuanto terminamos el instituto, nos sintiéramos atraídas por la gran ciudad. Por Atlanta, para ser exactas.

Sue consiguió una beca para dar clases de primaria y yo me formé como azafata de vuelo.

Compartíamos un piso pequeño pero agradable, salíamos de fiesta y disfrutábamos de la vida al máximo.

Fueron cuatro años emocionantes, llenos de diversión y acción.

Mientras Sue estudiaba, yo trabajaba de azafata y ganaba el dinero que nos gastábamos en fiestas y locos viajes cortos los fines de semana y durante las vacaciones de Susan.

En ese entonces, vivíamos como si no hubiera mañana.

No nos inquietábamos por nada. No teníamos miedos. Ni preocupaciones. Lo probábamos todo.

Fue una época única, inolvidable.

Todo fué maravilloso, hasta el momento en el que me horroricé al enterarme de que estaba embarazada. De un atractivo desconocido con el que tuve un caliente y prohibido rapidito en un avión en algún lugar sobre Kansas.

Él era mi pasajero. Yo era la azafata asignada a él.

Lo habíamos hecho sin protección. Eso debería haberme alertado. Pero tal y como yo era

entonces, me lo tomé a la ligera y lo descarté como una experiencia guay.

Nunca solía acostarme sin preservativo con los chicos con los que salía y el desconocido no parecía el tipo de hombre que anduviera por ahí sin protección.

Además, en aquel momento tomaba la píldora. O eso creía yo. Porque como solía usar doble anticonceptivo, no siempre era muy cuidadosa a la hora de tomar la píldora.

Fue la única vez que no tuve un preservativo a mano, una cosa llevó a la otra y quedé embarazada.

En ese momento pensaba que eso me había destrozado la vida, por decirlo suavemente.

Ahora, mirando atrás, pienso que es lo mejor que me ha pasado nunca.

Mi pequeña es lo más preciado que tengo en el mundo y daría mi vida por ella en cualquier momento sin pestañear.

Sólo que entonces... bueno, entonces era adiós Atlanta. Adiós al trabajo de mis sueños. Adiós vida despreocupada sin responsabilidades. Y adiós libertad.

Volví a Jefferson, donde los alquileres eran sólo una fracción de los horrendos alquileres de Atlanta y donde mis padres podían relevarme con Hannah mientras yo servía mesas en el bar local para mantenernos a flote.

Tuve la mala suerte de que me había formado como azafata de vuelo y que esa formación no servía para nada en Jefferson, a doscientos kilómetros del aeropuerto más cercano.

Mi elección de trabajo en Jefferson era bastante limitada. O limpiaba o trabajaba de camarera. Hice las dos cosas, pero al final opté por la camarera porque ganaba mucho más con las propinas.

Cuando me preguntaban quién era el padre de la pequeña Hannah, siempre respondía que había sido un romance corto e intenso que había terminado tan tempestuosamente como empezó. En rigor, esa es la verdad.

Claro que podría haber buscado a mi Sr. Sloane. ¿Pero por dónde podría haber empezado? Los datos personales de los clientes privilegiados de Primera Clase estaban sujetos a un secreto absoluto en *Southeast Airways* en aquella época, así que en realidad sólo conocía su apellido. Para saber más sobre el hombre de pelo rubio rizado y ojos azul marino, habría tenido que dar explicaciones. Y la única explicación que podría haber dado era un delito penal.

Aparte de eso, el embarazo y el cambio de vida repentino y totalmente imprevisto que eso conllevó, me desviaron del camino y me mantuvieron en jaque hasta tal punto que en algún momento simplemente se hizo demasiado tarde para investigar.

Dejé la aerolínea, perdí el contacto con mis antiguos compañeros. Entre la vida cotidiana y las preocupaciones, la búsqueda del padre de Hannah se desvaneció cada vez más a un segundo plano hasta que, por fin, aparté de mi conciencia cualquier pensamiento al respecto.

El irresistible desconocido tenía más o menos mi edad. Tal vez veintidós o veintitrés años. Al igual que yo, no daba la impresión de querer formar una familia en aquella etapa de su vida. Lo suyo era la diversión. Quería emoción. La necesitaba. La ansiaba.

Yo se la di. Yo fui quien inició el sexo. Él había expresado el deseo, pero yo lo había llevado a cabo. Yo lo guí a su camarote y lo embarqué allí, hambrienta de sexo satisfactorio.

Fue el único pasajero con el que rompí las reglas. El único con el que me involucré y cuya fantasía escuché. Con todas las consecuencias que ello conllevaba.

Al principio, lloré lágrimas amargas por mi sueño hecho añicos, pero cuando Hannah vino al mundo y me regaló su dulce y desdentada sonrisa, todos los reproches y la autotortura quedaron en el olvido.

Desde entonces, estábamos las dos solas. Y eso fue suficiente.

Llevábamos una vida tranquila y con los pies en la tierra. Para una niña de la edad de Hannah, Jefferson era el mejor lugar para crecer segura y protegida.

Para mí, en cambio... bueno, no vayamos por ahí.

Me había hecho a la idea de que me quedaría en Jefferson pero recibimos la noticia de que la tía de mi madre, con la que Susan y yo pasábamos a menudo las vacaciones de verano cuando éramos niñas, había muerto. Nos había dejado, a Susan y a mí, su casa de Silver Springs.

Susan, que por aquel entonces acababa de separarse de su prometido y ya no quería quedarse en Atlanta, me convenció a su manera loca e infecciosa, de que nos mudáramos juntas a Silver Springs y empezáramos de cero.

—Estamos a menos de media hora de Phoenix. Tendrás los tranquilos suburbios y la emoción de la gran ciudad justo en la puerta. Todo sin tener que preocuparte por el alquiler porque la casa no tiene deudas.

Las palabras de Susan siguen tan vivas en mí como si fuera ayer.

A mis padres les pareció una buena idea y nos animaron a dar el paso, aunque eso significara que nos separarían muchos kilómetros.

Nos quieren y siempre nos apoyan en todo lo que hacemos. Incluso cuando tuve que volver a Jefferson a los veintitrés años, embarazada, sin trabajo y sin marido, me recibieron con los brazos abiertos.

Pero también opinan que tenemos que vivir nuestras vidas. Y ahora que Hannah empieza el colegio, es el momento perfecto para empezar de cero.

Así que Susan y yo volamos a Phoenix y preguntamos por trabajo allí.

Debido a la gran escasez de profesores, Sue encontró inmediatamente un trabajo en la escuela primaria local y, como si la vida intentara compensar algo, cayó en mis manos un anuncio de trabajo para auxiliar de vuelo en los *Arizona Armadillos*.

El nombre de *Arizona Armadillos* no significaba nada para mí al principio, hasta que me di cuenta de que era el equipo profesional de hockey sobre hielo de Arizona.

Como azafata de los *Armadillos*, acompañaría al equipo a los partidos fuera de casa en Estados Unidos y Canadá. Es un trabajo que implica mucha flexibilidad, trabajar los fines de semana, horarios irregulares y a veces horas extras. Además, me pagarían a tiempo parcial así que no era tan buen negocio.

Lo solicité de todos modos porque me permitía revivir mi viejo sueño de volar, al que tuve que renunciar gracias a mi embarazo.

Por supuesto, también había preguntado en el aeropuerto de Phoenix, pero por desgracia ninguna de las aerolíneas tiene un centro de operaciones allí, así que tendría que coger un vuelo de enlace a Los Ángeles o Denver cada vez para poder empezar mi trabajo. Además, actualmente sólo hay puestos a tiempo completo, lo que significa que tendría que viajar sin parar.

Y eso es imposible con una niña en edad escolar que necesita a su mamá. Con los *Armadillos*, en cambio, sólo viajaría uno o dos días de vez en cuando, y en casos excepcionales incluso tres.

Había un mundo de diferencia.

Para compensar los ingresos más bien bajos, acepté un trabajo en un coqueto café de las afueras de Phoenix.

A diferencia de mi anterior trabajo como camarera en un bar de Jefferson, no tendría gente mirándome los pechos y tocándome el culo todo el tiempo.

Si eso no es progreso...

Después de que Susan y yo encontramos trabajo, decidimos mudarnos, y trasladamos

nuestras vidas a Arizona.

Hace ya tres semanas de eso.

Tres semanas arreglando la casa y haciendo la mudanza con nuestros modestos medios.

Ahora empiezo a sentirme como en casa y disfrutar de la vida cotidiana.

Pasado mañana empezará mi primer turno en la cafetería y faltan menos de dos semanas para mi primer vuelo.

Nos esperaban días emocionantes.

Razón de más para apreciar la calma que precede a la tormenta en forma de una copa de vino tinto con mi hermana en el porche de nuestra casita a finales de verano.

—¿Crees que Hannah afrontará sin problemas el cambio de ubicación y la transición de la guardería al colegio? —le pregunto a mi hermana, dando un sorbo a mi vino.

Observamos cómo el sol dorado desaparece tras los tejados de las casas de nuestros vecinos y disfrutamos de las cálidas temperaturas que reinan en Arizona.

—Por supuesto. Ya lo has oído: le gusta estar aquí y está deseando aprender a leer por fin. Ya lo verás: Tus preocupaciones son completamente infundadas. Nos las arreglaremos.

Probablemente Susan tenga razón. Al menos, eso espero.

—¿Quién iba a pensar que nosotras dos volveríamos a vivir juntas? —suelto una risita y sacudo la cabeza con incredulidad.

—Sí, ¿verdad? —Susan sonríe y me pasa un brazo por los hombros—. Casi parece que el pasado nos esté alcanzando. No es lo peor, en mi opinión. Si nuestro futuro es la mitad de bueno de lo que fue nuestro pasado, seré perfectamente feliz.

CAPÍTULO 2

SHELBY



—HOLA CHICOS, ¿qué tal?

Choco las cinco con los chicos y me apoyo despreocupadamente en uno de los taburetes libres de la barra de *Frozen Delight*.

—¿Qué tal las vacaciones?

El equipo llevaba seis semanas de descanso estival y los jugadores se habían ido de merecidas vacaciones.

Yo mismo pasé tres semanas en Cabo y unas semanas más en México. Estoy casi más agotado ahora que antes de empezar las vacaciones.

¿Quién iba a pensar que el surf, la natación, el sexo y la fiesta podían ser tan agotadores?

Vale... quizá me he pasado un poco. Pero, ¿para qué sirven unas vacaciones en las que no se juega si no es para pasarse y dejarse llevar?

—Ha sido una pasada, tío —ruge Smithson, uno de los jugadores de Defensa—. Cuando me retire, me mudaré a Hawai. Las mujeres más guapas se pasean por allí, te lo aseguro.

—Imposible —me río entre dientes—, se pasean por México. Lo he visto con mis propios ojos.

—Entonces tendrás que venir a Hawai conmigo —replica Smithson—. Eso te hará cambiar de opinión, créeme.

—Bueno, entonces ya he planeado mis próximas vacaciones. Tranquilo —sonrío y brindo con él—. No veo la hora. ¿Cuándo queremos irnos?

—Antes de seguir soñando con cocos y tetas, tienes que ganarte el dinero para esas locuras. Mañana empieza otra vez el mundo real y no parece que te hayas recuperado, ni que te lo hayas tomado con calma —dice Caiden, como siempre, el aguafiestas.

—Eso sería suficiente como para dejarte helado, viejo —contraataco, aunque Caiden solo tiene tres años más que yo.

¿Por qué siempre tiene que hacerse el mayor?

—No es mi culpa que no sepas divertirme, Cai. Por eso tengo que trabajar el doble. Tengo que divertirme por dos de los tres hermanos Sloane. ¿Tienes idea de lo agotador que es eso?

—Oh, pobrecito —se burla de mí mi hermana Ruby, que acaba de entrar por la puerta con su novio, el novato de los *Armadillos* Chase Solomon—. ¿Quieres que me compadezca de ti?

Me da unas palmaditas en la cabeza y yo le sacudo la mano con rabia.

—No hagas eso. No soy un animal de compañía —le digo, y ella sonrío con picardía e imita los ladridos de un perro.

Le saco la lengua y me devuelve un maullido.

Haciendo una mueca, le señalo con el dedo corazón, lo que sólo le provoca una sonrisa cansada.

—Dios, sois peores que cualquier niño —suspira Caiden y pide otra agua, con lo que Ruby y yo nos miramos con disgusto y en silencio.

—No todo el mundo puede ser tan aburrido y adulto como vosotros —Ruby se burla de él y me guiña un ojo.

Es increíble lo rápido que los hermanos pueden pasar de enemigos a aliados y viceversa.

—Si todos fueran tan infantiles como tú, el mundo sería un circo de monos —replica Caiden.

—¿No lo es ya? —replico yo, sonriendo victorioso.

—Tu mundo, tal vez —Caiden no cede.

—¿*Mi* mundo? Eso significa que tú y yo vivimos en mundos diferentes, ¿no? —le sigo.

Caiden resopla con arrogancia y vacía su vaso de agua.

Pongo los ojos en blanco, irritado.

—Si es así, la verdad es que no quiero tener que vivir en tu mundo. Suena muy aburrido. Bostezo.

—Pues menos mal que vives en tu propio mundo, donde todos te conocen y te quieren —se burla mi hermano.

—Ahora que nos hemos quitado eso de encima —Chase interrumpe nuestra discusión—. ¿Pedimos algo de comer? Me muero de hambre.

—¿Ah, sí? ¿Mi hermana es tan dura contigo o qué?

Chase se sonroja y Ruby me lanza una mirada amarga.

Me río para mis adentros.

—Si vuelves a hacer ruido, te contaré con todo detalle cómo lo hemos hecho hoy en la lavadora. Cada sucio detalle, Shel —sisea Ruby en tono de advertencia, haciendo que levante las manos en señal de rendición.

—Por el amor de Dios, dame un respiro. Prefiero seguir creyendo que mi hermanita aún es virgen.

Chase resopla y se pasa la mano por la boca cuando la mirada amenazadora de Caiden y la mía se posan en él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto burlón—. Cuéntanoslo, novato. Cuéntanos, novato. Te reto. Tampoco te mataremos, te lo prometo.

—Sí —me da la razón Caiden—. Sólo te torturaremos y atormentaremos hasta que te desmayes, no te preocupes.

Ruby se coloca de forma protectora delante de su novio y entrecierra los ojos con rabia.

—Ya basta. Los dos. Si no, tendréis que pasar por encima mío.

—Bueno, ahora tengo miedo —me río entre dientes y recibo una patada en la espinilla—. Ay, ¿estás loca? Mis piernas son mi capital.

Ruby levanta una ceja provocativamente.

—Entonces será mejor que te asegures de que tu *capital* permanezca intacto, Shel querido. Y no me refiero sólo a tus espinillas.

—Parece que llegamos justo a tiempo para evitar una pelea de bar —bromea Carly Callahan, que entra en *Frozen Delight* antes que su marido y jugador de *Armadillos* Jordan Bishop—. ¿Qué nos hemos perdido?

—Sólo lo de siempre —Ruby sonrío de repente mansamente y abraza a su amiga. —¿Qué tal las vacaciones?

Carly sonríe. —Maravillosas. Podrían haber sido eternas.

Agarra la mano de Jordan y le lanza una mirada enamorada. Aunque llevan juntos desde la adolescencia, con algunos años de interrupción no deseada, siguen completamente enamorados el uno del otro.

Me parece fascinante y extraño al mismo tiempo.

Para mí no sería nada.

Soy más bien una mariposa feliz, saltando de una flor a otra y polinizándolas a todas incansablemente. ¿O son abejorros los que hacen eso?

No importa. En cualquier caso, soy más del tipo de flor silvestre cambiante que de la planta perenne de maceta, o incluso del eterno sauce llorón. Quiero decir... el nombre lo dice todo, ¿no?

—¿Vamos a nuestra mesa y pedimos? —sugiere Caiden en su papel de capitán del equipo.

A estas alturas, la mayoría de los miembros del equipo y su séquito ya han llegado, por lo que la zona de entrada del *Frozen Delight* empieza a estar abarrotada.

La multitud pasa del bar al restaurante contiguo, bañado en un azul oscuro y un morado intenso con la ayuda de focos ocultos.

Mientras tomamos asiento y las conversaciones vuelven a acelerarse, desconecto, me reclino y relajo en mi asiento.

Es uno de esos momentos preciosos en los que me doy cuenta de lo afortunado que soy.

Gano más dinero como jugador profesional de hockey del que puedo gastar. Aunque eso no es del todo cierto. Si comprara todo lo que se me ocurre, me arruinaría rápidamente. Pero eso me deja con dos Ferraris, un Lambo, un McLaren y un Porsche en lugar de la flota de Pagani, Bugatti, Rolls-Royce y otros muchos Ferraris de mi lista de deseos.

Sea como fuere, gano mucho dinero, puedo vivir muy bien de ello. He convertido mi pasión en mi profesión y juego en un equipo que también se ha convertido en mi familia. Los *Armadillos* son un grupo de gente estupenda que te hace sentir cómodo y bienvenido.

Llevo siete años jugando en este equipo y, aunque probablemente podría ganar más en otro sitio, realmente espero poder quedarme en Arizona hasta el final de mi carrera dentro de unos años. Porque aparte de mi familia de hockey, que incluye a mis padres y mis hermanos, no tengo nada en mi vida que importe.

Un pensamiento que alejo enérgicamente sabiendo que aún me quedan por delante al menos cinco o seis años en la liga profesional. Es tiempo más que suficiente para descubrir qué más me depara la vida.

CAPÍTULO 3

SIENNA



HOY ES mi tercer turno en la cafetería. La tienda bulle y está tan ocupada que no tengo tiempo para pensar. Me parece bien. Porque cuanto menos reflexione, menos podré preguntarme si fue la decisión correcta mudarme a Arizona y empezar de nuevo aquí.

En realidad, todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones, ya que sólo llevamos aquí algo menos de un mes y sólo han pasado unos días desde que Hannah empezó el colegio.

Como madre, te preguntas constantemente si lo has hecho todo bien, porque solo quieres lo mejor para tu hijo.

En lo que a mí respecta, me siento como en casa en Phoenix y Silver Springs.

Ya me gustaba la zona cuando era niña y disfrutaba pasando aquí las vacaciones. Aunque desde ese entonces han pasado ya unos cuantos años, nada ha cambiado. Silver Springs sigue siendo una pequeña perla verde y su proximidad a la gran ciudad la hace aún más atractiva.

Mi trabajo en la cafetería es agotador, pero mucho mejor que el del bar de Jefferson.

Aquí nadie me agarra el trasero y a nadie se le ocurre meterme el dedo por el escote y agarrarme accidentalmente los pechos.

Green Heaven es una cafetería especializada en bebidas y comida sanas. Hay batidos, smoothies, power shots, variedades de café, té, zumos, limonadas, tostadas de aguacate, huevos, granola, bollería y açai bowls. Y lo mejor de todo es que todos los ingredientes son de origen local y se recogen a mano.

Si vienes aquí, es que quieres hacer algo bueno por tu cuerpo, aunque tengas que pagar uno o dos dólares más que en la famosa cadena de cafés de la esquina.

Dios sabe que no soy una fanática de la salud, ni vegetariana, ni vegana. Pero desde que me quedé embarazada de Hannah, tengo cuidado con lo que como y me he esforzado por que mi hija también tenga una dieta equilibrada. Afortunadamente, Hannah me lo pone fácil y rara vez tiene antojo de comida rápida, así que puedo vivir con un pequeño pecado aquí y allá.

—Hola, ¿qué desea? —atiendo el pedido de una mujer vestida con ropa de yoga y se lo digo a mis compañeros, que enseguida se ponen manos a la obra para prepararlo.

La cafetería tiene muchos clientes de paso, pero no sólo eso. Muchos clientes también vienen aquí a desayunar, estudiar o trabajar.

Se pueden pasar fácilmente unas horas en los acogedores sillones. A mí también me encantaría pedir aquí un chai latte, acurrucarme en uno de los sillones de ala junto a la ventana y leer un libro tranquilamente.

Quizás algún día.

—Hola, ¿qué desea...? —empiezo de nuevo mientras la cola avanza y el siguiente cliente se acerca a mí.

—¿Sienna?

La incrédula mención de mi nombre me hace parpadear y mirar más de cerca.

—Ben —jadeo sorprendida—. ¿Eres tú?

Ben asiente y una sonrisa de felicidad se dibuja en su rostro.

—¿Qué haces aquí, Sienna? Creía que vivías en Atlanta y trabajabas allí como azafata.

Bueno... es evidente que Ben no está al tanto de mi vida. Para ser más precisos, parece haberse perdido siete años de mi currículum.

Pero están pasando demasiadas cosas en este momento como para ponerle al día.

Ya veo a la gente detrás de él dando pisotones de impaciencia y arqueando el cuello con fastidio.

—Lo hice. Durante un tiempo. Pero vivo en Silver Springs desde hace un mes. En casa de la tía Trina. Nos la dejó a Susan y a mí cuando murió. Así que nos mudamos aquí —le cuento la versión resumida de la historia.

—Eso... eso es... vaya... tan... eso es... estoy feliz —balbucea Ben, todavía mirándome, atónito. Como si no pudiera creer que soy real—. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —sonríó—. ¿Y tú?

—Yo también —se apresura a decir Ben—. Monté una empresa de informática hace unos años y ahora vivo en Phoenix. Pero sigo visitando a mi familia en Silver Springs a menudo.

—Qué bien. Escucha... no quiero ser grosera, pero hay una cola bastante larga detrás de ti y la gente está empezando a inquietarse...

—Sí... sí, por supuesto. El tiempo es oro, ¿no? —Ben se ríe y se acaricia el pelo nerviosamente—. Oye... me encantaría celebrar nuestro reencuentro. ¿Qué te parece? ¿Puedo invitarte a cenar pronto? Así podríamos charlar del pasado.

Me parece bien —acepto amablemente, aunque no sé de dónde voy a sacar tiempo. Lo encontraré de alguna manera.

—Vale... genial. Entonces... me gustaría un Boost Juice.

—Un Boost Juice —le digo a mi colega, le cobro la cantidad a Ben y deslizo la tarjeta de visita que me da en el bolsillo del pantalón. Me dice que lo llame.

Mientras tomo los siguientes pedidos, mi mente se remonta al pasado.

Ben vivía a dos calles de aquí. Sus abuelos tenían una piscina fantástica, en la que los niños jugábamos todo el verano, día sí, día también. Debíamos de ser unos diez en total, refrescándonos del despiadado calor del verano de Arizona y jugando juntos.

Muchas tardes hacíamos barbacoas y, cuando los adultos se sentaban juntos, a los niños se nos permitía quedarnos despiertos hasta bien entrada la noche y jugar al escondite en la penumbra.

Sí, fue una época realmente estupenda. Y quizás sea bueno que no nos diéramos cuenta entonces, cuando éramos niños, de lo fugaz que era. Que no nos diéramos cuenta de que no viviríamos una vida tan despreocupada para siempre. Que no se podía comer helado, saltar a la piscina y jugar a la pelota todos los días. Que la vida es cualquier cosa menos constante, fiable y predecible. Porque al menos podríamos vivir en la ilusión de un mundo perfecto durante unos años.

Durante los siguientes veinte minutos, me detengo en los recuerdos de mi infancia. Me quedo tan atrapada en el pasado que sólo me doy cuenta del desastre inminente cuando ya es demasiado tarde para escapar de él.

Debería haberme dado cuenta.

El susurro repentino. El cambio en el ruido de fondo. Las espaldas rectas, casi estiradas, y los pechos extendidos de mis colegas. Las caras radiantes.

Si hubiera estado un poco más atenta, me habría dado cuenta inmediatamente de que algo iba mal.

Tal y como están las cosas, voy directamente hacia mi perdición segura, sin control.

CAPÍTULO 4

SHELBY



ENTRO en mi cafetería favorita y me pongo pacientemente a la cola, fingiendo no darme cuenta de que la gente a mi alrededor me está haciendo fotos en secreto.

De vez en cuando alguien se me acerca y me pide un autógrafo o un selfie. Tampoco me quejo, simplemente sonrío y aguanto.

Al principio de mi carrera, me encantaba que los fans me reconocieran y se acercaran a mí. Me sentía como el gallo premiado del paseo. Rodeado de admiradores y colmado de cumplidos y muestras de cariño.

Ahora ha perdido gran parte de su fascinación y lo que más deseo es ir a algún sitio donde no me reconozcan.

Eso es casi imposible, sobre todo en Arizona.

Aquí casi todo el mundo conoce a los *Arizona Armadillos* y a sus jugadores, y por eso me fotografían y se me acercan constantemente.

La mayoría de las veces se trata de aficionados inofensivos, pero a veces hay alborotadores o molestas conejitas que ponen a prueba mi paciencia y mi autocontrol.

Por eso pongo mi sonrisa más encantadora, no miro a nadie a los ojos y espero con las manos metidas en los bolsillos del pantalón hasta que pueda hacer mi pedido.

El entrenamiento empieza dentro de una hora y, como mi nevera casi siempre está vacía, he decidido desviarme hasta *Green Heaven*, donde puedo conseguir todo lo que necesito.

Sin esta tienda ecológica, estaría realmente perdido.

¿Cuántas veces me digo a mí mismo que tengo que hacer la compra y aprender a cocinar? Luego sigo posponiéndolo hasta que me da hambre y voy a *Green Heaven*.

Vengo aquí tan a menudo que el personal ya se sabe de memoria mis pedidos y preferencias.

Cuando me toca a mí y saco la cartera, me encuentro con una rubia muy guapa con un corte de pelo recto, hasta la barbilla, que nunca antes había visto por aquí.

—Hola, ¿qué desea? —me pregunta amablemente mientras deposita los billetes de la persona que tengo delante en la caja y la cierra.

—Lo de siempre —respondo alegremente porque quiero ponerla a prueba y esperar a que levante la vista para poder ver más de esa cara tan dulce.

Efectivamente. Mi estrategia funciona. La rubia levanta la vista, irritada, y cuando sus brillantes ojos verdes se cruzan con los míos, se agrandan de asombro.

Mi sonrisa se amplía.

Eso es lo que me gusta de ser famoso.

A las tías buenas siempre se les ponen los pezones tiesos y las bragas mojadas cuando me reconocen. Aunque no me costaba nada ligar con mujeres en el instituto y la universidad, ahora que soy famoso es casi demasiado fácil conseguir una mamada guarra o un polvo caliente.

Ni siquiera estaría presumiendo o alardeando si dijera que a menudo sólo tengo que mover el dedo para que me chupen la polla.

Y sí ... la dulzura de enfrente es bastante apta para tomar mi polla de mis pantalones para satisfacer su hambre por ella.

En cuanto a esta sucia fantasía, creo que tengo una buena oportunidad. A juzgar por su cara de asombro, no hay duda de que me ha reconocido y, si me pongo en marcha ahora, sin duda podría conseguir su número de teléfono. El resto es un juego de niños, casi una obviedad. Llamar, concertar una cita, follar. Muy fácil.

—Hola —le digo confiado y le doy mi irresistible sonrisa—. Soy Shelby. Shelby Sloane.

Veo cómo se le mueve la garganta. Traga saliva al oír mi nombre.

Al parecer, se pone muy nerviosa de que una superestrella como Shelby Sloane esté delante de ella, porque me mira atónita con sus ojos verde jade y no emite ningún sonido.

—¿Cómo te llamas? —intento ayudarla.

Me encantan las mujeres tímidas. Me la ponen dura siempre. Sobre todo cuando se lamen los labios sin aliento con la lengua, como está haciendo ahora la rubia sin nombre.

Dios, qué caliente se sentirá esa lengua en mi capullo cuando lama mi yogur cremoso. Tengo que controlarme para reprimir un gruñido.

Por Dios. Por una vez, no tengo sexo durante unos días porque quiero ahorrar energía para el entrenamiento y mis glándulas de testosterona ya están tan cargadas que casi explotan bajo la creciente presión.

—Parks —responde finalmente la rubia—. Me llamo Parks.

Arrugo la frente, sorprendido. ¿Parks? Es un nombre poco corriente. Pero con las ideas locas que se le ocurren a la gente hoy en día, no me sorprende. Quiero decir... hay niños que se llaman Apple. O Norte. O Maní. ¿Por qué la gente llama a los niños como comida o puntos cardinales? Eso es una tontería.

Cómo a los padres de la rubia se les ocurrió Parks, de todas las cosas, está más allá de mi comprensión. Como no quiero ser indiscreto y poner en peligro mis posibilidades de tener una cita sexual con ella, no hago más preguntas.

—Encantado de conocerte, Parks —le digo con encanto y le ofrezco la mano por encima del mostrador.

Ella duda y mira mi mano como si fuera una serpiente venenosa a punto de morderla. Pero entonces me la coge y me la estrecha con una firmeza asombrosa.

Siento un cosquilleo en la piel y me meto la mano en el bolsillo del pantalón cuando ella afloja y se aclara la garganta.

—¿Quieres lo mismo de siempre? —continúa.

Asiento con la cabeza.

—Vengo a menudo. Es mi sitio favorito. Por eso los camareros saben mi pedido. Lo podrían preparar aunque estuvieran prácticamente dormidos, pero pídelo *tú* ¿vale?

—Lo siento. Soy... soy nueva aquí.

—Eso es lo que pensaba. De lo contrario, seguro que te habría reconocido —le guiño un ojo y veo con satisfacción cómo se queda boquiabierta.

Un cumplido susurrado aquí y allá, un toque aparentemente aleatorio en el brazo o la cadera, una invitación susurrada al oído y se desvanecen.

Es tan fácil.

—¿Así que vienes aquí a menudo? —pregunta con voz temblorosa, como si creyera haber oído mal.

Bueno, nena... ¿qué puedo decir? Hoy es tu día de suerte.

No lo digo para no inquietarla aún más y vuelvo a asentir.

—Así es. Casi todos los días. O a veces varias veces al día.

Parks vuelve a tragar saliva.

Está claro que es de las nerviosas.

Hay mucho ruido detrás de mí y algunos de los visitantes de la cafetería quieren saber si vamos a tardar mucho más y qué estamos haciendo aquí adelante.

Me dan ganas de girarme y mandarles a la mierda si no pueden esperar ni un minuto. Pero antes de que pueda actuar, Daisy, la estridente encargada de la tienda, se acerca a Parks y la empuja suavemente a un lado.

—Yo te sustituyo. ¿Por qué no te tomas un descanso? Debes de tener sed —le dice a Parks y, muy a mi pesar, Parks acepta agradecida la oferta.

Veo cómo Parks dice *adiós* en voz baja y, con la cabeza gacha, desaparece por la parte trasera de la cafetería, que no puedo ver desde aquí.

Vaya mierda.

—Lo siento, Shel. Está recibiendo formación y aún no conoce los pedidos de nuestros clientes habituales —explica Daisy mientras teclea algo en la caja registradora.

—No importa —murmuro, apartando la mirada de la trastienda por la que acaba de desaparecer Parks—. Bonito color, por cierto.

Daisy es la mujer más rara que conozco. Parece como si tuviera un peinado diferente y un nuevo color de pelo cada semana. Pero no algo aburrido como rubio o castaño. No, con Daisy también puede ser morado o rosa. Esta semana, el rojo parece estar a la orden del día. Rojo con puntas amarillas.

—Parece que tu pelo se ha incendiado —comento con una sonrisa, a lo que ella me sonríe entusiasmada—. ¿Eso que llevas en el pelo son llamas?

—Lo has reconocido. Eres todo un experto en arte —exclama entusiasmada.

—Soy lo que tú quieras que sea, cariño —le digo bromeando, aunque sé que Daisy es lesbiana y no tiene ningún interés en mí. Pero eso no me impide burlarme de ella.

Una sonrisa delatora se dibuja en la comisura de sus labios mientras le pasa el pedido a su colega.

Estoy a punto de despedirme cuando Caiden entra corriendo por la puerta.

—¿Llego tarde? ¿Ya has pedido? —pregunta sin aliento.

Le miro asombrado.

¿Por qué está tan acelerado? Suele ser muy tranquilo. Y no es propio de él llegar tarde. Pensé que no vendría cuando no lo vi aquí cuando llegué. Normalmente siempre es el primero en llegar.

El Sr. Empollón-en-Jefe.

—Lo hice. Pero si se lo pides a Daisy amablemente, quizá puedas pedir otra cosa.

Caiden pone los ojos en blanco y se gira hacia Daisy.

—Hola Daisy. Lo siento, yo...

—No pasa nada —ella lo aparta—. ¿Lo mismo de siempre?

Caiden asiente.

—Gracias.

Aunque, a diferencia de mí, es un cocinero con mucho talento y su nevera está casi a reventar, sigue viniendo a menudo para hacerme compañía.

—Dos minutos —nos avisa Daisy y se despide con la mano.

Arrastro a Caiden a un rincón tranquilo conmigo mientras esperamos nuestro pedido y dejo que mis ojos recorran su cara con preocupación.

—¿Está todo bien? Pareces tan... no sé... diferente, supongo.

—Se rumorea que va a haber un cambio en la dirección —me dice.

—¿En la *dirección*? —repito, sin comprender—. ¿En qué dirección?

—En la de *Armadillos*, por supuesto. ¿Dónde si no, idiota?

Ignoro generosamente su insulto y entrecierro los ojos.

—¿Y eso te preocupa *porque*...?

—John Remington nunca entregaría voluntariamente el cetro. No sólo es *dueño* de los *Armadillos*, son todo su *propósito en la vida*. ¿Crees que está enfermo?

Miro a Caiden en silencio durante un rato, pensando en sus palabras.

—Estás preocupado por Arielle, ¿verdad?

Arielle Remington es la hija de John Remington, el propietario y director general de *Arizona Armadillos*. Ella y Caiden mantienen un romance secreto desde hace años, a pesar de que Arielle vive en otro estado y trabaja para un equipo rival.

En mi opinión, para Caiden es mucho más que una aventura, pero la familia de Arielle es complicada y las circunstancias hacen que una relación sea casi imposible.

Me molesta mucho ver a Caiden sufriendo todo el tiempo por esto, pero es un adulto y no se deja convencer por Arielle.

Es más, cada vez que saco el tema, lo bloquea de inmediato.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo te sentirías *tú* si nuestro padre estuviera tan enfermo que ya no pudiera dedicarse a su pasión?

—Más espacio —respondo, pero me interrumpe la camarera gritando mientras nos entrega nuestro pedido—. Ni siquiera sabes si John está enfermo. Ni siquiera sabes si el rumor es cierto. Hay muchas habladurías. Un montón de basura. Como capitán del equipo, no tengo que decírtelo, ¿verdad?

Caiden respira hondo y bebe un sorbo de su batido.

—Tienes razón. Debería mantener la calma y esperar a ver qué pasa. Aun así... algo pasa.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Qué te hace estar tan seguro?

Caiden abre la boca para decir algo, pero la vuelve a cerrar.

—Oh, nada. Olvídalo, ¿vale? Siento haberte molestado con esto.

Como suele ocurrir cuando se trata de la familia Remington, Caiden se encierra en sí mismo, prefiriendo lidiar con ello por su cuenta antes que confiar en nadie.

No me gusta, pero lo respeto.

Sabe que puede venir a hablar conmigo en cualquier momento. Se lo he ofrecido y no me canso de repetirlo.

Pero no puedo obligarle a abrirse a mí.

Tiene que hacerlo él mismo.

Y hasta entonces, lo vigilaré. Hermano mayor o no.

CAPÍTULO 5

SIENNA



—¿SE ha ido?

Estoy sentada desplomada en una de las sillas de la sala de descanso y levanto la vista, cuando entra Daisy.

Se ríe divertida.

—¿Quién, Shelby Sloane? Sí, se fue hace cinco minutos.

Exhalo ruidosamente y murmuro:

—Gracias a Dios.

—Déjame adivinar: nunca has servido a una superestrella, y mucho menos a un bombón como Shelby Sloane, ¿verdad? —Daisy sonríe con complicidad y se sienta a mi lado.

—¿Superestrella? ¿Por qué superestrella? —pregunto y me pongo de pie, porque llevo demasiado tiempo aquí sentada sin hacer nada y escondiéndome.

No quiero causar una mala impresión en mi primera semana. Ya es hora de volver al trabajo. Sin embargo, con mis dedos temblorosos, con los que estoy segura de que teclearé mal el pedido cien veces, sólo podré trabajar de forma limitada. Mis piernas tambaleantes también amenazan con ceder en cualquier momento.

Daisy se da cuenta, porque me tira de la manga y me dice que vuelva a sentarme.

—Tienes derecho a un descanso de media hora. Queda mucho tiempo, así que respira hondo y tómate otro vaso de agua.

Me sirve un poco más y me mira, negando con la cabeza.

—He visto muchos comportamientos extraños cuando viene Shelby Sloane. Las mujeres le tienen ganas y hacen las cosas más locas a su alrededor, pero ninguna se ha puesto tan nerviosa como tú. No te habría tomado por una conejita, Sienna Parks.

¿Conejita? No lo entiendo.

—¿Por qué conejita?

Hay un caos sin límites en mi cabeza.

Todos mis pensamientos vuelan salvajemente y chocan en explosiones ensordecedoras.

¡Ha estado *aquí*! ¡En la cafetería donde trabajo! No hay duda de que es él. ¡El padre de Hannah!

Lo reconocería entre un millón de hombres y, aunque no estaba segura de su aspecto, he tenido la confirmación de mi suposición cuando se me presentó como Shelby Sloane.

Sloane. Como el pasajero de Primera Clase con el que me acosté en el vuelo de Boston a Phoenix.

Phoenix.

Otra pista bomba de que es él.

Estaba de camino a Phoenix en ese momento. Presumiblemente porque vivía allí. Y aparentemente aún vive aquí. En cualquier caso, dijo que era un habitual de *Green Heaven*. Así que está aquí a menudo.

Dios mío.

Me aferro a mi corazón que late incontrolablemente.

Tengo que dejar el trabajo. ¡Inmediatamente! Y luego salir de aquí.

Parece que hoy no me ha reconocido. Pero, ¿y si lo hace la próxima vez? ¿O si descubre mi nombre de pila por casualidad?

Hoy me he librado porque, a pesar del susto, he reaccionado con serenidad y sólo le he dicho mi apellido. Pero eso no funcionará a largo plazo. Por una estúpida casualidad, se enteraría de mi nombre y entonces... quizá *le vendría a la cabeza* aquella noche y lo recordaría.

¿Y después qué?

Ay, Dios. Preferiría ni siquiera pensar en eso.

—Sienna, sabes quién es Shelby Sloane, ¿verdad? Claramente estabas muy nerviosa por su culpa —Daisy me saca de mi simulación de pesadilla.

—No... yo... yo...

Oh, mierda. ¿Cómo voy a explicarle esto sin revelar mi secreto?

Respira hondo, Sienna, me recuerdo a mí misma. *Inhala y exhala. Despacio.*

—Tiene un parecido asombroso a alguien a quien preferiría no volver a ver. Por eso me asusté tanto cuando lo vi —digo.

—¡Es increíble! ¿Shelby Sloane tiene un doble? ¿También es famoso?

Daisy se inclina hacia mí con interés y mi confusión aumenta.

—¿Por qué sigues hablando de famoso? Es que sh... Shel...

—Shelby —me ayuda Daisy.

—Shelby. Shelby. ¿Ese Shelby es famoso o es un pez gordo?

Daisy suelta una risita divertida y tarda un rato en volver a calmarse.

—Podría decirse que sí. Shelby Sloane es un profesional de los *Arizona Armadillos*. Es uno de los mejores jugadores de hockey sobre hielo del país.

Se me desencaja la mandíbula.

¿Jugador profesional de hockey sobre hielo?

¿Uno de los mejores jugadores del país?

¿*Arizona Armadillos*?

¿*Cómo dice*?

La cabeza empieza a darme vueltas y se me revuelve el estómago.

Tiene que ser una broma.

Debo estar soñando. Sin duda. Esto no es más que una pesadilla de la que estoy a punto de despertarme sudando frío.

Nada de esto es real. Nada de esto está ocurriendo de verdad.

—Estás de broma —jadeo sin voz, sin aliento—. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

Una mirada a los ojos irritados de Daisy es suficiente para darme cuenta de que no.

Habla en serio.

Totalmente en serio.

Daisy saca el móvil del bolsillo y lo pulsa antes de dármele.

—Toma. Si no me crees, quizás le creas a Wikipedia.

Le cojo el teléfono con manos temblorosas y me quedo mirando la foto de Shelby Sloane con una camiseta de los *Arizona Armadillos*.

Dios. Dios.

Es él. Definitivamente es él.

El padre de Hannah es una estrella del deporte. Una estrella del deporte con un salario anual de ...

¡Vaya! Tengo que frotarme los ojos para contar todos los ceros de esta horrenda suma.

—Es rico —murmuro, atónita.

—Eso es quedarse un poco corto. El tipo tiene dinero para regalar. Tienes que ver los coches deportivos en los que siempre aparece. Los cambia tan a menudo como yo cambio de color de pelo.

Le entrego el móvil a Daisy y me reclino en la silla, agotada.

Por si no fuera suficiente que después de tantos años me haya encontrado con el padre de Hannah precisamente en mi lugar de trabajo, ahora resulta que es un rico jugador profesional de hockey sobre hielo del más alto nivel.

Si alguna vez se entera de que Hannah es su hija, sus hábiles y bien pagados abogados utilizarán sus contactos en los tribunales para que me la quiten.

Me pongo pálida y una desagradable sensación de tirón se extiende por mi pecho. Empiezo a sudar y no me extrañaría que me diera un infarto.

—Necesitas un poco de aire fresco, vamos.

Daisy se levanta, me pone en pie y me sostiene mientras salimos por la puerta trasera, donde nos golpea el aire cálido de la mañana de Arizona.

Eso no mejora las cosas. No tengo fuerzas para volver a entrar.

—Tu turno termina dentro de hora y media pero por tu aspecto, no podrás terminarlo. Siéntate aquí hasta que te sientas mejor y luego vete a casa. Podrás recuperar las horas perdidas en otro momento. Y si pasa algo, si crees que te vas a desmayar o necesitas un médico, llámame enseguida, ¿vale? Estoy a pocos metros y te vendré a ver.

—No puedes hacer eso —murmuro en voz baja.

—Sí que puedo. Soy la encargada y me encargo de organizar al personal. Si decido que necesitas un descanso, no es asunto de nadie más que mío saber por qué.

—Lo siento mucho, Daisy...

—No pasa nada. Ni siquiera quiero saber qué te hizo ese tipo al que te recuerda Shelby Sloane para darte semejante susto.

Realmente no quieres eso, creo.

—Pero Shelby es un habitual aquí. Así que será mejor que te acostumbres a verle...

O dejaré el trabajo, pienso, pero no lo digo.



Estoy sentada en el porche de nuestra casa, con la mirada perdida en la distancia y sumida en mis pensamientos, cuando mi hermana entra y Hannah salta del coche.

Me saluda entusiasmada, se acerca a mí, se sube a mi regazo y me cuenta cómo le ha ido el día en el colegio.

Me esfuerzo por escucharla y no dejar que sienta lo mal que estoy, lo cual no es nada fácil.

Puede que Hannah sólo tenga seis años, pero su radar es como el de un adulto. Es muy empática y suele darse cuenta enseguida cuando alguien no se encuentra bien.

Entonces es la primera en ofrecer un abrazo reconfortante y palabras de ánimo.

Afortunadamente, hoy está tan abrumada por las impresiones del colegio que no se da cuenta de mi mal humor.

Cuando por fin desaparece riendo hacia el interior de la casa para cambiarse, me froto la cara con cansancio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Susan, que me ha estado observando atentamente. Deja su bolso y se sienta a mi lado en el banco.

—Le he vuelto a ver. Ahora sé quién es.

—¿Él? ¿De quién estás hablando? ¿De quién hablas, Sienna?

Respiro hondo y la miro.

—El padre de Hannah.

—¿¡Qué!?

Las palabras de Sue cortan el aire como si fueran un cuchillo de filetear.

El horror está escrito en toda su cara. Debo de haber tenido un aspecto parecido esta mañana. Pero mil veces peor.

—Entró en la cafetería. Pidió algo. Probablemente es un cliente habitual —le explico.

—Y... ¿te reconoció?

Sacudo la cabeza.

—Creo que no

—¿Estás segura? —pregunta Susan con escepticismo.

—Fue hace siete años. Entonces tenía un aspecto completamente distinto. Tenía el pelo largo, no tenía arrugas y era dos tallas más grande. Y llevaba mi uniforme. Además...

Me interrumpo porque necesito reunir valor para confesar la condición VIP de Shelby Sloane, de la que no tenía ni idea hasta hace cinco horas.

—Puedo contar tus arrugas con una mano y, aunque ya no tienes tantas curvas como antes porque tienes que perseguir a tu hija todo el tiempo, eres mucho más atlética. Y si es pelo corto o largo... no sé... ¿estás realmente segura de que no estaba fingiendo que no se acordaba de ti?

—Es famoso, Sue. Es una estrella del hockey. ¿Con cuántas mujeres crees que se ha acostado en los últimos siete años? Por supuesto que no recuerda cada cara. Eso sería simplemente imposible

—¡Espera! —Susan levanta una mano directamente delante de mi cara, bloqueando mi vista—. ¿Acabas de decir que es *famoso*?

—Sí. Eso es exactamente lo que he dicho. Se llama Shelby Sloane. Es jugador profesional de hockey sobre hielo de los *Arizona Armadillos*. Desde hace siete años.

A Sue se le escapan por fin los rasgos de la cara. Saca su teléfono móvil y hace lo que Daisy hizo esta mañana. Busca a Shelby en Google, con los ojos cada vez más abiertos, acompañados de exclamaciones de desconcierto como: “¡Oh!”, “¡Ah!”, “¡No puede ser!” y “¡¿Qué demonios?!”.

Estaba demasiado nerviosa, disgustada y asustada como para acosar a Shelby Sloane en Internet. A juzgar por la reacción de Susan, el tipo probablemente merece una búsqueda.

—Sienna... —Susan me mira con los ojos muy abiertos— te ha tocado la lotería. Eres rica. Asquerosamente rica.

Resoplo.

—Yo no soy rica, *él* es rico.

—¿Tienes idea de cuánto tiene que pagarte de pensión alimenticia? —susurra Susan con reverencia y casi me parece ver signos de dólar parpadeando en sus ojos.

—Eso no va a ocurrir —detengo la calculadora imaginaria de su cabeza, que en estos momentos funciona a toda velocidad.

—¿Y por qué no? —pregunta, como si estuviera fuera de sí.

—Porque nunca sabrá que Hannah es su hija. Hoy ha sido un encuentro aislado. Voy a dejar el café y buscaré otro sitio. Algún lugar al que *él* definitivamente no vaya. En un restaurante de comida rápida, por ejemplo.

—¿Sabes cuántos deportistas pecan en secreto?

—En un casino, entonces.

—Hay muchas estrellas adictas al juego.

—En un bar de mala muerte.

—¿Para que te metan mano otra vez unos tíos asquerosos por dos dólares de propina? No, Sienna. No harás nada de eso. Además, tendrías que dejar tu trabajo de azafata. Y eso sería una verdadera lástima.

Tonterías.

El trabajo de azafata.

Ni siquiera había pensado en eso en todo el caos. Ese trabajo alberga un riesgo aún mayor que el trabajo en la cafetería.

Puedo evitar a Shelby en la cafetería. En el avión, no.

—Tienes razón —susurro sorprendida—, tendré que cancelar ese curro también.

—No, Sienna. No. Una vez más no. No vas a dejarlo todo por *él* de nuevo. Ya lo hiciste una vez. No voy a ver cómo repites lo que hiciste. Iré a *él* antes de que lo hagas y le contaré todo.

—No vas a hacer eso —jadeo alarmada—. ¿Te has vuelto loca? Me va a quitar a Hannah.

—¿Por qué iba a hacerlo? Como mucho, querrá verla y, como padre, está en su derecho.

Mis ojos se entrecierran hasta convertirse en estrechas rendijas.

—Puede que sea su padre biológico, pero eso es todo lo que es.

—Porque nunca tuvo la oportunidad de ser más que eso. Porque te recuerdo que no sabe nada de su hija. De eso se trata esta absurda conversación sobre dejar el trabajo.

Me rodeo con los brazos y tiemblo, a pesar de que la temperatura es de unos treinta grados centígrados.

—Escucha, Sienna. Te has sacrificado durante los últimos siete años. Renunciaste a la antigua vida que amabas y te lanzaste al papel de madre, para el que no estabas preparada en lo más mínimo. Aunque en ese entonces te enfrentaste a los pedazos rotos de tu vida, los recogiste con valentía y los juntaste en algo hermoso. Ahora Hannah por fin tiene edad suficiente para que vuelvas a pensar en ti y en tus sueños. Así que, por favor, no la tires por la borda por culpa de los fantasmas del pasado, ¿vale?

Me muerdo el labio inferior y pienso en las palabras de Susan.

—¿Qué estás sugiriendo? Que siga así y espere que no me reconozca?

—Si no quieres decírselo por ahora, soy partidaria de que sigas con tu plan, disfrutando de tu nueva vida y esperando a ver qué pasa. Estate abierta a todo y confía en que todo saldrá como tiene que salir. No intentes forzar nada y deja que todo venga a ti.

¿Dejar que todo venga a mí? Eso no suena precisamente tranquilizador.

De todas formas es mala idea.

—No conozco a Shelby. No sé lo que le mueve, Sue. No tengo ni idea de si es una buena o

mala persona, de si sería un buen padre o no. Entonces, ¿por qué me quedaría voluntariamente cerca de él y me arriesgaría a ser expuesta? Eso es suicidio voluntario.

—Ahora que sabes quién es, ya no puedes fingir que no existe. No ha hecho nada malo, Sienna. No es un asesino, no es un matón y no te abandonó. A menos que se demuestre lo contrario, merece una oportunidad. Así que no veo más que ventajas en permanecer cerca de él. Así podrás averiguar en paz y de incógnito si debe conocer a Hannah. Si aún no te ha reconocido, tampoco lo hará en un futuro cercano. Créeme, los hombres son unos cabrones cuando se trata de eso.

—No lo sé, Sue...

—Pero yo sí lo sé. Así que escucha a tu hermana mayor y haz lo que te digo.

Le dirijo una mirada escéptica, que la hace suspirar.

—Acordemos que al menos lo intentarás. Dale un mes y luego ya veremos, ¿vale?

—De acuerdo —acepto el compromiso con el corazón encogido.

Susan tiene razón.

Sería irresponsable tirar por la borda dos trabajos seguros antes de tener algo más. Dicho esto, disfruto mucho trabajando en *Green Heaven*. Tener un trabajo que además te divierta es raro.

Aún no sé cómo será el trabajo por encima de las nubes, pero si lo disfruto tanto como en *Southeast Airways*, sería muy estúpido si lo dejara.

Y en cuanto a Hannah... hemos pasado seis años sin una figura paterna en su vida. Sin embargo, también es cierto que de vez en cuando pregunta por su padre y que se han burlado de ella varias veces en el pasado.

Así que, en realidad, lo más sensato sería dejar que todo fluya, sobre todo porque juego con ventaja y tengo todas las cartas en la mano. Sólo yo decido cómo jugarlas. A menos, por supuesto, que Shelby tenga una inspiración y de repente se acuerde de mí. Incluso entonces, lo único que sabe es que soy la azafata con la que tuvo sexo en Primera Clase. No sabe cuáles fueron las consecuencias de ese sexo.

—¿Qué más pasó en el trabajo? —pregunta Sue, estirando las piernas.

Hago un sonido de desaprobación.

—¿No es suficiente? Aunque... Shelby no es el único fantasma del pasado que me he encontrado hoy.

—¿Ah, no? —Sue levanta los párpados—. ¿A quién más?

—¿Te acuerdas de Ben?

—Claro que me acuerdo de Ben. Era el de la piscina, ¿no?

Sonrío en señal de acuerdo.

—Así es. Hoy también ha aparecido por el café.

—¿Qué pasa con ese café? Parece ser el sitio de moda. ¿Seguro que allí sólo venden estimulantes naturales?

—Sue... —la reprendo—, ¿qué más vamos a vender?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Sexo? ¿Drogas? ¿Las dos cosas juntas?

—Ja, ja. ¿Cómo te aguantan los niños?

—En primer lugar, ellos *no* me aguantan a mí, yo los aguanto a *ellos*. Aunque tenga que hacerlo. Y segundo, no puedo hacer bromas así con ellos. Por eso tienes que escucharme.

Sonrío y le doy un codazo a mi hermana en el hombro.

—Eres realmente imposible.

—Me lo dicen mucho. Y me lo tomo como un cumplido. Pero vayamos al grano: ¿qué quería Ben? ¿Qué dijo?

—No mucho. Sólo que sigue viviendo y trabajando en el barrio. Probablemente ahora tenga su propia empresa.

Sue chasquea la lengua.

—Dos tipos ricos en una mañana. Debería ir a *Green Heaven* más a menudo. Parece que allí puedo encontrar al hombre de mi vida.

—¿Te importa tanto el dinero? —pregunto escéptica.

—Y la apariencia. Si Shelby Sloane está la mitad de bueno en la vida real que en las fotos, no sólo es asquerosamente rico, sino también muy sexy. Y Ben también estaba guapo por aquel entonces, si no recuerdo mal.

—Entonces tenía diez años, Sue.

—Y ahora tiene treinta. Bien maduro. Ni demasiado joven, ni demasiado viejo. Perfecto para la cosecha.

Suspiro. Algunos días dudo seriamente de que seamos hermanas.

—¿Lo volverás a ver?

—Me dio su tarjeta de visita y dijo que le gustaría celebrar nuestro reencuentro.

Sue silba apreciativamente.

—Vaya, vaya, vaya. Una cita, entonces.

—Tonterías. En todo caso, sería sólo una charla entre amigos de la infancia.

—¿Por qué *sería sólo eso*?

—Porque aún no sé si le llamaré. Realmente no tengo tiempo para eso. Tengo dos trabajos y Hannah me necesita.

—Todo son excusas. No hay nada malo en tener una cita caliente. Ve cuando Hannah esté dormida y yo la cuidaré mientras tanto. A cambio, después me cuentas todos los sucios detalles de tu licenciosa aventura sexual.

Resoplo divertida.

—Olvidalo. No tengo intención de irme a la cama con Ben. No tengo intención de irme a la cama con *ningún hombre*.

—¿Pero por qué no? ¿Cuánto hace que no tienes sexo? Desde siempre. Es hora de que enciendas tu máquina de nuevo y sigas con tu vida.

—Eso es lo que estoy haciendo. Estoy viviendo mi vida. Día tras día —contradigo indignada.

—Las dos sabemos que funcionas muy bien, pero no vives. Siempre estás pendiente de los demás. Profesional y privadamente. Pero, ¿quién cuida de ti, Sienna?

—Te tengo a ti. Y a Hannah.

Sue levanta una ceja con desaprobación.

—Sabes que no me refería a eso.

—Quizás sea cierto. Pero antes de empezar a preocuparme por mi vida amorosa, necesito controlar la locura del día a día. Y después de los acontecimientos de hoy, no parece que eso vaya a ocurrir pronto. Así que dejemos el tema, por favor.

—De acuerdo —concede Susan—. Por el momento. Pero no para siempre.

CAPÍTULO 6

SHELBY



ESTA TARDE HAY un partido amistoso en Denver, así que en lugar de conducir mi Ferrari hasta el estadio de los *Armadillos*, lo llevo a la terminal de jets privados del aeropuerto de Phoenix.

Antes del comienzo oficial de cada temporada, participamos en una serie de partidos amistosos que nos ayudan a prepararnos para el próximo campeonato.

El aparcamiento ya está bastante lleno cuando atravieso la puerta de seguridad porque, como de costumbre, llego tarde.

No me gusta esperar. Prefiero que me esperen otros. El avión no despegará sin mí, aunque el entrenador me ha amenazado varias veces con hacerlo.

Es pura palabrería.

Salgo, cojo mi bolsa de viaje del asiento del copiloto y suelto un silbido de admiración cuando veo el coche nuevo de mi compañero Colton aparcado tres plazas más allá.

—Estás asombrado, ¿verdad, Sloane? —exclama, apoyándose despreocupadamente en él con la cadera.

La platija plana es tan elegante que no sé ni cómo cabe ahí dentro.

—Cuando volvamos de Denver, deberíamos dar una vuelta —sugiere.

—Cuenta conmigo —sonrío y le doy un puñetazo.

—Sloane y Hallaway: si no estáis en la terminal en diez segundos, haré que se lleven vuestros carritos y os iréis a casa a pie —grita enfadado el entrenador a través del aparcamiento.

Miramos a nuestro alrededor asombrados y, efectivamente, no hay nadie más que nosotros.

Nos apresuramos a correr hasta la entrada del elegante y sencillo edificio y facturamos nuestro equipaje antes de pasar por el control de seguridad.

Todo el proceso dura menos de diez minutos, así que en un abrir y cerrar de ojos estamos en la sala VIP y nos reunimos con el resto de la tripulación charlando, atiborrándonos de frutos secos y bebiendo Coca-Cola.

Ser saludable y no beber se siente diferente.

No pierdo de vista a Caiden, que se ha puesto la gorra del equipo y está apoyado en la pared, un poco alejado del grupo. Está mirando el móvil.

De buen humor sí que se le ve diferente.

Empiezo a moverme para hablar con él cuando el anuncio del personal de tierra me hace detenerme.

—Señoras y señores. Su vuelo ZX436 con destino a Denver está listo para embarcar. Por

favor, tengan preparada su tarjeta de embarque y diríjense a la zona de embarque.

Dejo pasar a los demás jugadores de *Armadillo* y espero a que se despeje la multitud. Por fin llego hasta Caiden, que no hace ningún movimiento para subir al avión.

—¿No te apetece coger el vuelo? —le pregunto, echando una mirada furtiva a su teléfono móvil, que se mete en el bolsillo cuando llego.

—¿Ya está embarcando? —se pregunta levantando los ojos.

—Tío, el anuncio se ha oído hasta Denver. Deberías hacerte revisar los oídos.

—Lo siento, tenía la cabeza en otro sitio.

Suspiro y tiro de él conmigo hacia el avión.

—¿Qué pasa? Normalmente tienes unas ganas locas de volar a Denver, y hoy parece que vas a tu propio funeral.

Arielle trabaja para los *Denver Demons*, por lo que un partido en Denver siempre es una cita secreta de Caiden con su amada.

Pero a juzgar por su expresión, hoy no va a ser así.

Mostramos nuestra tarjeta de embarque y caminamos por la pasarela hasta el avión.

En nuestros billetes figuran los números de asiento, pero nadie se atiene a ellos.

La regla de oro es: la directiva y los directivos se sientan en las tres primeras filas. Los jugadores y el resto del personal se sientan en las filas posteriores.

Por eso no presto atención a la azafata que nos saluda en la puerta del avión, sino que me centro en mi hermano, cuya cara de vergüenza me preocupa mucho.

—No se ha puesto en contacto —susurra mientras buscamos asiento y nos sentamos—. Le he escrito preguntándole si nos veríamos y no me ha contestado. Tampoco me ha devuelto la llamada.

—A lo mejor está en una reunión. Siempre dices que Elle es tan brillante y ambiciosa que trabaja las veinticuatro horas del día. Ya te llamará.

—Eso fue ayer, Shel. Le escribí *ayer* por la mañana. ¿En serio me estás diciendo que no va a encontrar tiempo para contestarme en 24 horas?

Sí, eso es realmente extraño.

No sé mucho sobre el romance de Caiden y Elle. Sólo sé esto : es complicado y ha estado sucediendo desde siempre. Ya no es una aventura, pero tampoco es una relación.

Como dije, es complicado.

—Si se preocupa por ti, se pondrá en contacto contigo. De cualquier manera. Si no lo hace, sabrás a qué atenerte y, con suerte, asumirás las consecuencias que tanto necesitas —le siseo y me abrocho el cinturón.

No entiendo por qué Caiden se complica tanto la vida en vez de limitarse a divertirse y pasarlo bien, como yo.

¿Qué sentido tienen todas estas idas y venidas con Elle?

Creo que su estado actual habla por sí mismo. Así que no estaría de más que alguien le hablara sin rodeos.

—¿Crees que ha conocido a alguien más?

Pongo los ojos en blanco, molesto.

—Cai, vosotros dos os acostáis juntos de vez en cuando. ¿Vuestro acuerdo incluye no acostaros con nadie más?

Niega con la cabeza y aprieta los labios en un resoplido.

—Ya está. Ahí lo tienes. Que tú no te acuestes con otras personas no significa que Elle se comporte igual. Esa mujer es un auténtico bombón. Todo el mundo quiere tener una oportunidad

con ella. Así que sí, es posible que haya conocido a alguien que no viva a miles de kilómetros.

—Eres un imbécil —gruñe.

—Estoy siendo honesto. Tú me preguntaste, Cai. ¿Y quién, si no tu familia, para decirte la verdad, eh?

No es fácil para mí ver sufrir a mi hermano por lo que dije, pero no me gustan las mentiras y el hecho de que la verdad a veces sea incómoda no me impide decirla.

El avión se desliza hacia la pista y despegue poco después.

Caiden está callado y yo tampoco estoy de humor para seguir con esta tediosa conversación.

Me pongo los auriculares y subo el volumen de la música.

Dejo vagar la mirada por la cabina y abro los ojos con sorpresa cuando veo que sirven bebidas unas filas delante de mí.

¡Parks! La camarera del *Green Heaven*.

Es ella. Sin duda es ella.

¿Qué demonios *hace aquí*?

Observo, perplejo, cómo sirve a los miembros del equipo con una sonrisa y avanza fila a fila con otra azafata.

Aún nos separan unas cinco filas de asientos. Tiempo suficiente para pensar en una frase chula y ocultar mi sorpresa.

Cuando por fin nos alcanza a Caiden y a mí, le dirijo mi sonrisa más ganadora.

—Nos conocemos. Parks, ¿verdad?

—Sí. Hola —sonríe tímidamente y esconde las manos detrás de la espalda.

¿Está temblando? Después de todo, no muerdo. A menos que me lo pida expresamente, claro.

—¿Tu trabajo en la cafetería era demasiado aburrido y ahora escoges trabajar por encima de las nubes?

Menea la cabeza y su colega me tiende una bolsa de aperitivos salados.

—Este es mi segundo trabajo.

—¿Tu *segundo* trabajo? —pregunto incrédulo—. ¿Cuántos trabajos tienes?

—Dos.

Me mira insegura e instintivamente me pregunto por qué vuelve a reaccionar de forma tan extrema conmigo.

—¿Qué te apetece beber? —interrumpe mi deliberación educada pero firmemente, instándome indirectamente a que me calle.

Pido un agua para Caiden y otra para mí, y espero a que Parks y su colega hayan dado de comer al resto del equipo y desaparecido en la cocina.

Me desabrocho el cinturón y voy tras ellas.

Están rellenando las bebidas y están tan absortas en su trabajo que al principio ni siquiera se fijan en mí.

Debería hacerme notar, pero en lugar de eso me quedo mirando a Parks, que mantiene el servicio en marcha con una sonrisa satisfecha en los labios y movimientos rutinarios de las manos. Hay algo extrañamente familiar en lo que hace y en cómo lo hace. Pero no consigo ubicarlo.

Extraño.

—Dime, Parks, ¿nos conocemos? —suelto antes de poder contenerme, casi matándola del susto.

Suelta la botella de agua que lleva en la mano, chillando, y todo el contenido se derrama por el suelo de la cocina.

Por suerte, sólo es agua.

—Lo siento —me apresuro a decir y cojo las servilletas del carrito para agacharme y limpiar el agua.

—No pasa nada. Yo lo haré —me dice Parks y me quita las servilletas. Su mano roza la mía y un cálido cosquilleo se extiende por mi piel. De nuevo.

—¿Necesitas algo? —me dice su colega mientras Parks limpia el agua.

—No... no necesito nada. Sólo quería hablar con Parks.

—¿Con quién? —la segunda azafata frunce el ceño.

—Bueno, con Parks —señalo a la rubia arrodillada en el suelo—. Tu colega.

—Ah, quieres decir... —continúa la azafata.

—Iré a verte en cuanto acabe aquí —la interrumpe Parks—. ¿A menos que sea urgente?

Sacudo la cabeza con asombro.

—No. Sólo quería charlar un rato.

—Ya veo. Es un vuelo corto y estamos a punto de servir otra ronda de bebidas...

Está intentando librarse de mí.

Eso es interesante.

Eso es nuevo.

Una mujer que no quiere coquetear y bromear con Shelby Sloane... ¿existe alguna mujer así?

—Sin estrés. No quiero apartarte de tu trabajo. Estoy seguro de que nos veremos más a partir de ahora.

—Desde luego —murmura Parks y me dedica una sonrisa tensa que no tiene nada que ver con la sonrisa genuina y feliz de hace un momento, cuando la estaba observando a escondidas en el trabajo.

Parece que a Parks no le caigo demasiado bien, por la razón que sea.

Pero, ¿por qué?

Bueno... supongo que eso tendré que averiguarlo yo.

CAPÍTULO 7

SHELBY



SIEMPRE ME SORPRENDE lo poco que tienen que ver los amigos con la amistad. Porque aquí nadie se trata como si fueran amigos.

Luchan tanto por ganar como si fuera el campeonato.

No es que eso me importe. Un partido de hockey sobre hielo no es un concierto de Taylor Swift. No voy al hielo a regalar pulseras de la amistad, sino a demostrar lo que puedo hacer.

El partido es agotador, consume mucha energía y a veces es realmente brutal.

Los *Demons* están decididos a ganar. Nosotros también. Como normalmente siempre consigo lo que quiero, voy a darles unos buenos azotes.

Afortunadamente, Caiden ha dejado su mal humor en el vestuario. El capitán de los *Armadillos* parece otro hombre sobre el hielo y dirige al equipo con confianza y aplomo.

Caiden y yo jugamos en una línea. Siempre lo hemos hecho. Desde el día en que nuestro padre nos puso sobre el hielo por primera vez, cuando éramos pequeños.

Por eso nos entendemos a ciegas y sabemos exactamente lo que planea el otro sin ni siquiera mirar.

Sólo se vuelve crítico cuando jugamos contra Elliott, el tercer hermano Sloane.

Tiene contrato con un equipo contrario y a veces coincidimos en el hielo.

Le conocemos a la perfección. Pero, por desgracia, él también nos conoce a nosotros, y por eso tenemos que hacer un esfuerzo especial para ser más astutos que él cuando jugamos en contra.

Por suerte, hoy no ha sido así.

Hundo el disco que me pasa Caiden en la portería contraria y salgo patinando en el hielo para que la segunda línea pueda saltar al campo.

El cambio de línea es rapidísimo y el respiro dura poco.

El médico echa un vistazo rápido a todos para descartar la posibilidad de que alguno de nosotros esté gravemente herido. No es el caso.

Doy un sorbo rápido a mi botella de agua y observo la acción sobre el hielo y el siguiente cambio de línea antes de volver a la lucha.

Durante un partido, pierdo la noción del tiempo y me concentro únicamente en lo que ocurre en el campo.

Me olvido de todo lo demás.

Como siempre, me pilla desprevenido el final del segundo periodo.

Miro el marcador con los números rojos.

El partido está empatado.

Qué tontería.

Salimos patinando del hielo, donde ya nos espera el entrenador, que nos prepara para el último periodo.

La sangre me corre por los oídos. Mi respiración se agita. Mi corazón late desbocado contra mi caja torácica.

Estoy realmente agotado porque lo he dado todo. Aun así no es suficiente para tomar la delantera.

¡Maldita sea!

—Que nadie vaya al hielo con la actitud de que esto es sólo un partido amistoso, ¿de acuerdo? —Caiden nos dice—. Quiero que jueguen como si fuera un partido por la copa, ¿entendido? Que nadie dé menos del cien por cien o tendrá que responder ante mí.

Siguen murmullos de acuerdo.

—¿Qué ha sido eso? No los he oído —grita Caiden—. ¿Así es como se escucha el cien por cien? De nuevo. ¿Está claro?

—Yaaaaaah —gritamos alto y claro.

Nos damos palmaditas en los hombros y en los cascos y nos preparamos para el saque inicial.

Ahora todo está por decidir. Quedan veinte minutos para decidir la victoria o la derrota.



Suspirando, mi cabeza cae contra la taquilla, haciendo un ruido metálico.

Hemos perdido.

Por poco, pero no importa.

Una derrota es una derrota.

El ambiente en el vestuario está apagado. Casi nadie dice una palabra y las bromas que suelen hacerse en el vestuario al final del partido están ausentes hoy.

El entrenador ha salido del vestuario hace unos diez minutos. Para mi sorpresa, estaba mucho menos cabreado de lo que esperaba. Ha dicho que lo habíamos hecho bien y que podíamos mejorar nuestra actuación.

Ya veo.

Bueno, si él lo dice...

Caiden animó de nuevo a los chicos, pero probablemente el mal humor sólo se disipará cuando todos hayan dormido bien.

Mañana, en el vuelo de regreso a Phoenix, el mundo volverá a parecer completamente distinto.

Cojo mi kit de limpieza y me dirijo a la ducha, donde me lavo el sudor de las últimas horas del cuerpo y con él la rabia, la frustración y la decepción de perder el partido.

No creo en las palizas por un partido perdido. Por eso siempre tiro mi rabia por el desagüe con el agua de la ducha y salgo de la cabina con una sonrisa y la intención de hacerlo mejor la próxima vez.

Como he dicho antes: una derrota es una derrota. No hay nada que pueda hacer al respecto. El resultado sigue siendo el mismo, independientemente de si me paso toda la tarde y toda la

noche dándome la paliza por ello o si lo tacho y miro hacia el futuro.

Opto por la opción más sana y me concentro en lo que puedo cambiar e influir: el futuro.

—Oye, Shel, ¿vas a ir a la pista esta noche?

Caiden abre el grifo de la ducha a mi lado y espera a que el agua alcance la temperatura adecuada.

—Para tomar una copa o dos, sí —respondo—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Puedo ir contigo?

Cierro la ducha y miro a Caiden con escepticismo.

—¿Por qué?

Desde que tengo uso de razón, Caiden siempre había quedado con Elle cuando jugábamos contra los *Denver Demons*.

Después del partido, siempre desaparecía y pasaba la noche con Arielle Remington sin que nadie se enterara.

¿Podría ser esta noche la primera vez en la historia en la que ese no sea el caso?

Qué asco.

—Elle no ha contestado y no estoy de humor para sentarme estúpidamente en mi habitación de hotel.

—Ya veo —respondo secamente—. De acuerdo, entonces. Como quieras. Pero te diré una cosa: *no* vamos a hablar de Elle y tú *no* vas a ahuyentar con tus lágrimas de cocodrilo a las señoritas a las que me pienso ligar. No estoy de humor para que te sientes en un rincón a llorar y sorber agua aburrida como un tonto, sobre todo después de haber perdido hoy el partido.

—Qué perspicaz eres —resopla Caiden burlonamente.

—Así soy yo. La empatía personificada. Entonces, ¿qué me dices?

—Trato hecho. Me comportaré, lo prometo.

—Bien, entonces reúnete conmigo en el vestíbulo a las nueve.



Es sólo cuando Caiden sale del ascensor que realmente puedo creer que viene conmigo.

Hasta el último minuto, había asumido que se acobardaría. Pero no. Mi hermano realmente lo consigue.

Con unos elegantes vaqueros azul claro, una camisa blanca informal y discretamente desabrochada, y una cazadora de cuero a la moda, levanta la mano en señal de saludo y se acerca a mí. Su pelo castaño, algo más largo, le cae suelto sobre la cara.

No me gustan los hombres, pero mi hermano puede ser un verdadero galán cuando quiere.

Y esta noche, obviamente, quiere serlo.

—¿Podemos irnos? —pregunto, a lo que él asiente.

Cogemos un taxi, contentos de que no nos reconozcan, y nos llevan al bar al que suelo ir cuando estoy en Denver.

Algunos de los chicos ya están allí, aunque la mayoría prefiere relajarse en el hotel y ver Netflix después del partido perdido.

—Jo, ¿qué tal? —saludo a los demás y me uno a ellos.

Pido una cerveza para Caiden y otra para mí y dejo que mi mirada recorra la sala abarrotada.

Como siempre, el local está lleno de gente y no faltan las chicas guapas.

Como de costumbre, el primer pez pica en menos de cinco minutos, sin que ni siquiera hayamos lanzado el sedal.

No es ningún secreto que solemos pasar el rato aquí cuando estamos en la ciudad, por lo que las persistentes conejitas incluso viajan desde las ciudades vecinas con la esperanza de ligarse a un jugador de hockey sobre hielo.

Por mucho que me hubiera gustado aliviarme un poco y que me relajaran: estaré pendiente de Caiden esta noche.

En contra de mis expectativas, parece que se lo está pasando en grande.

Está flirteando con tres señoritas al mismo tiempo y está que se sale.

Normalmente mantiene un perfil muy bajo y rara vez sale. Por eso me resulta inusual cuando sale a relucir el lado más salvaje de Caiden.

Pide otra ronda de bebidas para las tres señoritas y para él, y choca las copas con ellas, riendo.

Una de ellas le aprieta provocativamente el brazo con sus tetas semidescubiertas. La segunda le pone la mano en el pecho, riéndose. Y la tercera le susurra algo al oído que le hace sonreír sucio.

De acuerdo.

¿Qué está pasando aquí?

Cojo mi cerveza y me acerco despreocupadamente a ellos.

—Hola —ronroneo encantadoramente—. Soy su hermano pequeño.

Las chicas sueltan una risita tonta e intercambian una mirada significativa entre ellas.

Si esto es lo que parece, están a punto de ofrecernos algo muy caliente.

En mis círculos lo llaman orgía.

Y así es. La morena toma la palabra y nos sonríe coquetamente.

—¿Qué os parece, chicos guapos? ¿Os apetece una noche juntos y mucha diversión?

Miro a Caiden y enarco una ceja interrogante.

Por lo que a mí respecta, no tengo compromiso y estoy dispuesto a casi todo. ¿Y él? No puede decirme que no le importa Elle de un momento a otro.

Puede que se esté haciendo el duro aquí y yo confío en él para que vaya a por todas y se folle a las chicas como es debido, pero mañana se arrepentiría amargamente.

Si yo fuera un imbécil -y de hecho lo soy- no se lo impediría y esperaría que esta acción pusiera fin de una vez a este estúpido juego del escondite con Elle.

Pero Caiden es mi hermano y dejarlo a la intemperie sólo porque la situación con Elle me molesta no estaría bien.

—¿Por qué no? —dice Caiden encogiéndose de hombros.

—¿Qué pasa con Elle? —siseo, apenas audible para que sólo los dos podamos oír.

—Creía que no íbamos a hablar de ella esta noche. Palabras *tuyas*, Shel —replica mi hermano, cabreado.

—Tampoco me había dado cuenta de que te apetecía una orgía, maldita sea. ¿Es eso lo que realmente quieres? Me encantaría seguirte la corriente y follar toda la noche. Pero, ¿estás seguro de que mañana no te odiarás por ello?

Caiden me mira sin decir palabra. Yo le devuelvo la mirada.

—Oh, joder —gruñe al cabo de un rato y coge su chaqueta del taburete de la barra—. Me largo de aquí. Es una mierda.

Respiro hondo, pero no dejo traslucir mi alivio por su decisión.

—Lo siento, señoritas, ha sido un día duro. Ya lo compensaremos en otra ocasión —las dejo a medias y sigo a toda prisa a Caiden fuera.

Subimos a un taxi y estoy a punto de darle la dirección del hotel cuando Caiden se me adelanta y le dice otro destino.

¿Pero qué demonios?

CAPÍTULO 8

SIENNA



SUSPIRO, me levanto, me pongo un jersey y unos leggings, me calzo las zapatillas y bajo en ascensor.

Es casi medianoche y, aunque ya debería estar dormida, no consigo descansar.

Aterrizamos a mediodía. Preparé el avión con la tripulación para el vuelo de vuelta del día siguiente y me llevaron al hotel.

Una vez allí, mis obligaciones terminaron y fui libre de hacer lo que quisiera.

En otras palabras: tiempo libre.

Un lujo que nunca antes había experimentado.

El único problema es que después de siete años ya no puedo hacer nada con este lujo.

¿Qué haces cuando no tienes nada que hacer?

¿Cuando no hay niños que pregunten por ti? ¿Cuando no tienes que trabajar? ¿Cuando no hay nada que ordenar o reparar en casa? ¿Cuando no hay que llenar la nevera? ¿Cuando el coche no hace ruidos extraños y no hay cita con el médico?

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuve tiempo para mí misma que he olvidado cómo disfrutarlo.

Durante un rato, me senté en la cama del hotel y me quedé mirando el reloj de la pared de enfrente.

Las agujas se movían tan despacio que en algún momento se me cerraron los ojos y debí quedarme dormida.

Cuando me desperté, ya era por la tarde.

Decidí ir al gimnasio y sudar mi inquietud en la cinta.

Y así lo hice.

Con la música sonando en mis oídos, huí de mis problemas durante una hora y, de hecho, conseguí relajarme a medias.

Sin embargo, todo cambió cuando hablé por teléfono con Susan y Hannah a primera hora de la tarde. Cuando Hannah se despidió de mí para prepararse para ir a la cama, Susan se coló en otra habitación para preguntarme por Shelby. Y la distracción terminó de inmediato.

El encuentro con Shelby, que había sido minuciosamente postergado, ocupó un lugar en la primera fila de mi conciencia y se abrió paso ruidosamente.

Cuando Shelby no me vio al subir al avión debido a su animada conversación con un compañero de equipo, sentí un enorme alivio.

Tenía la esperanza de que se durmiera durante el vuelo para que yo pudiera seguir con mi

trabajo sin que se diera cuenta.

Pero nada más lejos de la realidad.

Estaba despierto, escuchando música con una gran sonrisa en la cara y me reconoció inmediatamente. Eso no es todo: incluso corrió detrás de mí para entablar conversación y casi me mata del susto.

Al menos conseguí librarme de él y mantener intacta mi tapadera.

Al menos eso creo.

Porque no sé de qué quería hablarme Shelby.

—Si quieres averiguar qué clase de persona es, tendrás que hablar con él tarde o temprano —dijo Susan en tono de reproche.

—Exactamente —respondí—. Tarde o temprano. En este caso, más bien tarde.

Susan comentó con un “cobarde”, pero lo dejó pasar.

Menos mal. Porque por mucho que quiera a mi hermana, no tiene ni idea de cómo me siento ahora mismo. No es tan simple y sencillo como ella se imagina. Pero, claro, siempre es más fácil juzgar una situación desde fuera y desde la distancia que cuando estás en medio de ella y te ves afectada.

Después de la conversación con Susan, hojeé un rato los canales de televisión, pero no encontré nada que me cautivara.

Así que decidí dar una vuelta a la manzana.

El hotel está en un barrio tranquilo y seguro de Denver, así que no tengo que preocuparme de que me roben o asalten por la noche.

Y el aire fresco me viene bien.

Salgo del ascensor del vestíbulo y salgo por la puerta automática cuando un taxi se detiene a unos cinco metros delante de mí y Shelby se baja.

Rodea el taxi y abre la puerta trasera del coche. Luego se inclina como si quisiera ayudar a alguien a salir del coche.

¿Posiblemente una mujer?

Su atuendo elegante y deportivo sugiere sin duda que ha estado fuera esta noche.

Me detengo y observo con curiosidad quién sale del coche tras él.

Para mi sorpresa, no es una mujer, sino el tipo del avión con el que ya había entablado conversación durante el embarque.

—Gracias por traernos, tío. Buenas noches —le dice Shelby al conductor.

—No hay problema, la próxima vez volverás a ganar —le responde él y se marcha a toda velocidad.

Shelby apoya al otro jugador, que obviamente tiene problemas para caminar en línea recta por sí solo, y le pasa el brazo por los hombros.

—¿Vamos a nadar? —murmura el otro, algo mayor pero no menos atractivo.

—Ahora nos vamos a la cama —responde Shelby, molesto, y se balancea en mi dirección con su compañero.

Escondarse sería una tontería y ya es demasiado tarde para huir.

Así que levanto la mano tímidamente y sonrío amablemente.

—Hola. ¿Estáis bien?

Los ojos de Shelby se iluminan al verme, como si se alegrara de verme.

—Parks. ¿Todavía despierta tan tarde?

Me encojo de hombros.

—No podía dormir.

—¿Tú también tienes el corazón roto?

Frunzo el ceño confundida. ¿Dolor de corazón? ¿Mal de amores?

—Eh... ¿no? —respondo y cojo el otro brazo de su compañero, que me paso por encima del hombro.

—¿Puedo presentarte a mi hermano Caiden? —Shelby resopla con una mezcla de fastidio y diversión—. Me temo que esta noche ha bebido demasiado.

¿Su *hermano*?

¡Cielos! Realmente debería seguir el consejo de Susan y echar un vistazo más de cerca a Shelby en Internet. Al menos así sabría con qué, o más bien con quién, estoy tratando.

De alguna manera siempre he conseguido evitarlo. Hasta ahora. No es precisamente una ventaja, como me estoy dando cuenta.

—¿No ha ido bien el partido? —pregunto, disimulando mi sorpresa al enterarme de que Caiden es su hermano.

Shelby se ríe y me mira con diversión en sus ojos traviesos.

—¿Trabajas para un equipo de hockey sobre hielo, pero no sabes si han ganado o perdido? Podrías ser más...

Me sonrojo sutilmente y bajo la mirada.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me parece refrescante conocer a una mujer a la que no le interese el hockey sobre hielo.

—No es que no me interese... —contraataco.

—¿Pero? —contraataca Shelby.

—Pero... —pienso en cómo salir de esta embarazosa situación.

—Pero no te interesa —se ríe.

—De acuerdo. Pero siempre se puede aprender.

—Si quieres, te invito a mi próximo partido. Podrías ser mi propia animadora. —Me guiña un ojo con una sonrisa.

—Creo que ya tienes suficientes —le respondo y pulso el botón del ascensor con la mano libre.

—En primer lugar, nunca hay suficientes animadoras y, en segundo, ninguna es tan guapa como tú.

En contra de mi buen juicio, hago una mueca burlona.

—¿En serio puedes ligar con una mujer con esa frase tan poco convincente?

Entramos en el ascensor y Shelby pulsa el botón de la décima planta. Caiden está tan borracho que no se da cuenta de nada.

Si le dejáramos ir ahora, probablemente dormiría la borrachera en el ascensor y ni se daría cuenta.

—Estás en el ascensor conmigo. De camino a mi habitación. Diría que mis frases para ligar están funcionando a la perfección.

Shelby mueve las cejas sugerentemente y sonríe con descaro.

Este hombre sonríe todo el tiempo. Y lo hace de una forma tan encantadora que no puedes culparle por sus comentarios tontos.

—¿Vamos a tu habitación? Creía que íbamos a llevar a tu hermano a la cama.

—Ah, es verdad. Así que no te gusto yo, sino él.

Pongo los ojos en blanco.

—No me vengas con esas tonterías. Hablo en serio. Es evidente que tu hermano no está bien.

—Precisamente por eso dormiré en *mi* habitación. Al menos así puedo echarle un ojo y limpiarle el vómito si hace falta.

Nos miramos y ambos hacemos una mueca de disgusto.

Las puertas del ascensor se abren y sacamos a Caiden al pasillo.

—Esa es mi habitación más adelante. —Shelby señala una puerta al final del pasillo y a mi sesión de cardio de la tarde se une ahora una buena dosis de entrenamiento de fuerza, porque la masa muscular de Caiden sobre mis hombros es realmente pesada.

—¿Estás bien? —quiere saber Shelby y me mira—. Tienes la cara roja.

—Estoy bien —jadeo entre dientes apretados.

Por fin llegamos a la habitación de Shelby. La abre con su tarjeta y arrastramos a Caiden hasta la enorme cama.

Apoyo las manos en mis muslos y respiro.

—Gracias por ayudarme. Si no, habría tenido que ponerlo en el carrito del equipaje y esperar a que nadie me pillara llevándolo rodando a mi habitación.

La comisura de mis labios se levanta y reprimo una carcajada.

—Hablas en serio, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a hablar en serio? —se ríe Shelby.

Sí, por supuesto. Por qué no empujar a su hermano borracho por el hotel con el carrito del equipaje como si fuera una maleta que llevan a la habitación.

Es más o menos lo mismo, ¿no?

—¿Hay algo más que pueda hacer? Tal vez... ¿te traigo un cubo? Debería haber agua en el minibar.

—Un cubo sería genial —dice Shelby—. Pero sólo si no te importa. No quería arruinarte la noche.

—No te preocupes. No lo has hecho. Ahora vuelvo.

Voy en busca de un cubo y saco dos pastillas para el dolor de cabeza y las náuseas.

Caiden las necesitará en la mañana.

Cuando vuelvo a la habitación de Shelby, Caiden ya está profundamente dormido.

Le doy a Shelby el cubo y las pastillas y me despido. Me acompaña hasta la puerta, pero me sujeta del brazo cuando me giro para salir.

—Gracias por tu ayuda. Te lo agradezco de verdad.

—De nada. Todos hacemos estupideces a veces.

Estoy aludiendo a una estupidez muy concreta que hice hace siete años, pero por suerte Shelby no lo sabe.

Se pasa los dedos por el pelo y me dedica su sonrisa de Shelby, que hace que se me erice el vello de los brazos.

¿Por qué tiene que seguir siendo tan guapo y atractivo después de todos estos años?

Por suerte, llevo un jersey, así que no se da cuenta.

—Sabes, Parks...

—Sienna —le interrumpo— me llamo Sienna. Bueno... Sienna Parks. Parks es... mi apellido.

Hago una pausa, sobresaltada, y rebobino mis pensamientos durante diez segundos.

¿Acabo de...? ¡No! No le he dicho mi nombre de pila, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Sienna —repite, con lo que su sonrisa siempre presente se ensancha un poco más—. Y todo este tiempo he estado pensando qué nombre de pila tan raro es Parks.

Se ríe roncamente.

—Realmente me habías engañado.

Me estremezco ante su comentario y bajo los ojos avergonzada.

Si él lo supiera...

—Lo siento... ese día estaba un poco agobiada con todo... —respondo disculpándome.

—No pasa nada. No pasa nada —ríe Shelby, visiblemente divertido—. Buenas noches entonces, Parks... er... Sienna.

Me guiña un ojo.

—¿Y podrías guardarte este episodio para ti? Caiden es el capitán de los *Armadillos* y no es precisamente bueno para su imagen que lo lleven por el hotel borracho.

—No te preocupes. Me callaré como una tumba. Espero que tu hermano se mejore pronto.

—Yo también lo espero —murmura Shelby—. Yo también lo espero...

CAPÍTULO 9

SHELBY



—AY, joder —maldice Caiden somnoliento mientras le tiro una almohada y le quito las mantas de la cama.

—Levántate o perderás el avión.

—¿El avión? —Caiden abre los ojos, parpadeando, y mira asombrado alrededor de mi habitación—. ¿Dónde estoy? Esta no es mi habitación...

—Oh, no —comento secamente—. No me digas.

—¿Es ésta *tu* habitación? ¿Por qué me he quedado en tu habitación?

—Hmmm... déjame pensarlo. Tal vez... porque estabas borrachísimo y no podías mantenerte en pie por ti mismo.

—Mierda. —Caiden se endereza torpemente y entierra la cara entre las manos. Tiene un aspecto terrible. Cansado, agotado y con resaca—. ¿Alguien se ha dado cuenta?

—Aparte de mí, sólo la nueva azafata. Sienna Parks. Ella me ayudó a arrastrar tu cuerpo empapado en alcohol a mi habitación. Pero no te preocupes, no se lo dirá a nadie.

—¿Seguro? —pregunta Caiden con escepticismo.

—Seguro. Ella está realmente bien. Toma, bebe esto —le tiendo el vaso de agua con la pastilla para el dolor de cabeza y las náuseas—. Y ve a darte una ducha. Iré a por tus cosas a tu habitación mientras tanto.

—No hace falta. —Caiden se levanta de la cama y busca sus zapatos con los ojos entrecerrados—. Me ducharé en mi habitación. Nos vemos en el autobús.

Debería detenerle porque es obvio que está muy mal, pero le conozco lo suficiente como para saber que ahora necesita algo de tiempo para sí mismo.

Así que le dejo marchar.

—Salgo en media hora —le digo.

Esto es realmente surrealista.

Normalmente, Caiden siempre es el hermano Sloane responsable y fiable, y yo soy el que la caga.

Los papeles invertidos son un poco raros y cuesta acostumbrarse.

Parece que ahora yo soy el adulto, aunque Caiden siga diciendo que nunca maduraré.

Si vuelve a decir eso de mí en el futuro, le recordaré lo de anoche.

Aunque... creo que yo haré lo mismo y diré lo mismo sobre él. Cada vez que tenga una oportunidad. Y si no se presenta ninguna oportunidad, crearé una.

Tengo que divertirme con esto.

Preparo mi mochila con una sonrisa y la balanceo sobre mi hombro, silbando.

No me he traído mucha ropa, así que acabo enseguida de prepararla.

De camino a la planta baja, me detengo en la sala de desayunos y cojo algo de fruta antes de hacer el check out y subir al autobús que nos llevará al aeropuerto.

Caiden ya está allí.

Está sentado en la última fila, lleva una sudadera negra con la capucha recogida sobre la cara. Unas gafas de sol espejadas le cubren los ojos y la música en sus oídos está tan alta que puedo oírle sin auriculares.

Parece que no está de humor para charlas.

Así que le dejo en paz.

Como el ambiente general en el autobús es bastante decaído y deprimido, el mal humor de Caiden al menos no se nota.

Todo el mundo piensa que está de mal humor porque ha fastidiado el partido.

Soy el único que camina entre las filas sonriendo feliz.

¿Y por qué no?

El sol brilla. Todos nos hemos despertado de nuevo esta mañana. Y estamos de camino a casa.

Condiciones ideales para un gran día.

A menos, por supuesto, que tengas el corazón roto. Como Caiden.

¿Y qué nos dice eso? No te enamores, a menos que quieras mutar en el idiota de la nación y arrastrarte patéticamente como un vampiro huyendo del sol.

No tardamos en llegar a la terminal del aeropuerto privado, desembarcar y facturar.

Esta vez, Caiden y yo somos de los primeros en subir al avión, o mejor dicho: Caiden corre delante, yo corro detrás de él.

Debería mandarlo al carajo, porque ni siquiera se ha disculpado por lo de anoche, y mucho menos me ha dado las gracias.

No es propio de él.

No sé lo que está pasando dentro de él en este momento. Pero está hirviendo. Así que me trago mi rabia y le observo en silencio.

Cuando veo a Sienna Parks junto a la puerta abierta del avión, le guiño un ojo.

Ella sonríe y me resulta tan familiar y conocida que creo que la conozco desde hace mucho más que una semana.

—Hola, Parks —la saludo—, ¿cómo estás?

Me da una pequeña sonrisa y baja los ojos, sorprendida.

—Hola de vuelta —murmura y nos tiende un paño húmedo—. Bienvenidos a bordo.

—Gracias —murmura Caiden y desaparece en el interior del avión.

Sienna le sigue con el ceño fruncido.

—¿Cómo está hoy?

—Sigue hecho una mierda —le digo— pero se pondrá bien. Gracias otra vez por lo de anoche. Te has portado muy bien conmigo.

Sienna le quita importancia.

—Vamos, eso no es nada.

No lo creo. ¿Quién hace algo hoy en día sin un motivo oculto, aparte de la familia y los amigos?

Para Sienna, lo de anoche parece haber terminado. Sin más.

Me hubiera gustado continuar la conversación con ella, pero el gruñido impaciente de mis

compañeros detrás de mí me obliga a seguir adelante.

Sin más dilación, pospongo mis planes para más tarde, cuando no estemos en una estrecha lata y rodeados de curiosos jugadores de hockey sobre hielo ávidos de testosterona.



—Parks —grito, corriendo tras Sienna.

La estaba esperando en la sala VIP, pero no me había dado cuenta de que había más de una salida de la terminal privada.

Casi se me escapa y habría estado media hora dando vueltas por aquí para nada, como una maleta a la que nadie ha recogido.

Todos los demás, incluido Caiden, hace rato que se han largado.

Sienna ya ha salido y se gira hacia mí sorprendida.

Salgo del edificio por las puertas correderas automáticas y la alcanzo.

—¿Estás bien?

Me mira como si me pasara algo.

—Te he esperado porque quería hablar contigo.

Sienna se estremece ante mi afirmación y me mira con los ojos muy abiertos, como si temiera que fuera a gritarle en cualquier momento.

No hay razón para ello, por no mencionar el hecho de que no grito a las mujeres, en todo caso.

No soy un imbécil.

Bueno ... no ese tipo de imbécil, de todos modos.

—Quería volver a lo de anoche. Fue muy amable de tu parte ayudarnos. ¿Puedo invitarte a un café para agradecerte? ¿O... invitarte a cenar?

Sienna agarra las asas de su bolso como si fueran un salvavidas en medio de una tormenta en el océano.

—No es necesario —dice sin aliento y se da la vuelta para marcharse.

Perplejo, la sigo con la mirada.

¿Hola?

¿Cuándo terminamos esta conversación? Yo aún no había terminado. No había previsto un “no” como resultado de esta conversación.

—¿Vienes en coche? —le pregunto y salgo corriendo tras ella.

Sí... así es. Corro detrás de ella. Yo. De una mujer.

Empiezo a pensar que he aterrizado en un universo paralelo donde todo funciona al revés: no es mi hermano mayor el que me cuida, sino yo a él. Y las mujeres ya no me persiguen a mí, sino que yo las persigo a ellas.

Aterrador.

Tengo que admitir que no me gusta esta evolución.

—No, no voy. Voy a coger el autobús desde la terminal principal. Las tarifas de estacionamiento aquí son horribles.

¿Lo son?

No me había dado cuenta.

—De acuerdo. Una sugerencia: ¿qué tal si te llevo a casa y renegociamos durante el viaje?

—¿Renegociar? ¿Renegociar qué?

—Mi sugerencia de llevarte a tomar un café o a cenar.

Sienna suelta el bolso y se aparta el pelo de la cara.

Su mirada escéptica hace que mis esperanzas se desvanezcan.

¿Cuándo he tenido que esforzarme tanto para que me dejen invitar a una mujer a tomar un café?

Es realmente agotador. Pero también divertido. Ayer mismo seguía enfadado porque las mujeres se me echaban encima en tropel y entonces mi plegaria es escuchada y conozco a una mujer que me mira como si fuera una tarántula peluda a la que más vale no dejar salir del tarro.

Simpática.

—Me alegró ayudarte. Además, en realidad no he hecho nada. Realmente no me debes nada, Shelby.

Se estremece de nuevo al mencionar mi nombre, aunque es ella quien lo dice.

¿Qué le pasa?

¿La estoy poniendo tan nerviosa?

¿Por qué?

Anoche estaba bastante... relajada.

Pero entonces, por supuesto, se trataba principalmente de ayudar a Caiden.

—¿Me dejarás llevarte a casa? ¿Como agradecimiento? Además, tengo que ir en la misma dirección.

—¿Cómo sabes...? —empieza Sienna, pero es interrumpida en mitad de su pregunta.

—Ella ya tiene chófer. Hola, Sienna. ¿Qué tal el vuelo?

Sienna no está menos sorprendida que yo por el larguirucho que de repente se presenta a nuestro lado y actúa como si fuera el dueño del aeropuerto.

—¿Y tú eres? —refunfuño con suspicacia.

—El novio de Sienna —responde con seguridad y rodea la cintura de Sienna con un brazo.

Levanto las cejas, incrédulo, y miro a Sienna con curiosidad.

No parece precisamente una mujer feliz de volver a ver a su amor después de un largo día de trabajo.

Todo lo contrario.

Le aparta el brazo y sonrío educada y distendidamente.

—Amigo —le corrige—. Ben y yo somos amigos de la infancia.

No le contesto nada, solo miro a *Ben* con los ojos entrecerrados.

¿Qué demonios es esto?

¿Por qué finge ser su novio? ¿Y por qué demonios va a recogerla al aeropuerto?

—¿Qué haces aquí, Ben?

Ya veo. Obviamente no soy el único que se pregunta esto.

¿Puede alguien darme una bolsa de palomitas?

Espero con impaciencia su respuesta.

—Estuve en tu casa, pero solo encontré allí a Susan, que me dijo que hoy volvías de Denver y cogías el autobús para volver a casa. Así que pensé en recogerte y llevarte a almorzar tarde. Susan pensó que era una buena idea y me dio los datos de tu vuelo.

¡Qué vago tan astuto!

¡Robándome la idea!

¿Y quién demonios es Susan?

¿Por qué Sienna vive con una mujer?

¿Es lesbiana? ¿O... bisexual?

Preferiría lo segundo.

—Es amable de tu parte hacer el esfuerzo, pero ya *le* ofrecí a Sienna llevarla y la invité a cenar. Y eso fue *antes de* que aparecieras. Así que me temo que has venido para nada.

Nos miramos con odio e intentamos superarnos con nuestras miradas de advertencia.

Lo que este Ben quiere de Sienna es obvio.

Pero no lo conseguirá porque sé cómo impedirlo.

CAPÍTULO 10

SIENNA



¿DE VERDAD ESTÁ PASANDO esto ahora?

Resisto el impulso de frotarme los ojos o pellizcarme para despertarme de esta ensoñación completamente descabellada.

Tengo delante a dos hombres atractivos y seguros de sí mismos que se miran furiosos y discuten sobre quién me llevará a casa.

Yo no tendría ningún problema en coger el autobús. Al fin y al cabo, así es como he llegado hasta aquí.

Los ojos de Shelby brillan con beligerancia. En contraste con el delgado Ben, el cuerpo atlético de Shelby es puro músculo.

No me cabe duda de que Ben se llevaría la peor parte en caso de altercado físico.

Para evitarlo, decido intervenir antes de que sea demasiado tarde.

—Shelby... Ben vive a la vuelta de la esquina. Así que no es incómodo para él llevarme a casa. Estoy segura de que todavía estás cansado del partido de ayer.

—Me alegra incomodarme y no, estoy en plena forma —responde Shelby imperturbable y me sonrío, como si no hubiera estado apuñalando a Ben con su mirada amarga hasta hace dos segundos.

—Es muy amable por tu parte, pero no me sentiría bien por ello.

—¿Por qué no? —la decepción se extiende por el rostro de Shelby, mientras que Ben sonrío victorioso.

—No quiero que te tomes molestias por mi culpa porque creas que me debes algo.

Eso es sólo la mitad de la verdad, pero al menos no es mentira.

La otra mitad de la verdad es que no puedo arriesgarme a que se encuentre con Hannah.

—Realmente me gustaría llevarte, Sienna...

—Te lo agradezco. Te lo agradezco de verdad. Pero ya que Ben hizo el viaje extra al aeropuerto sólo para recogerme, me voy con él.

No hay duda de que a Shelby no le gusta nada esta respuesta. Pero se limita a asentir y parece aceptar mi decisión.

La sonrisa de Ben rebosa alegría, pero mi mirada de advertencia se la borra de la cara al instante.

Esto no es una competición, aunque los dos obviamente lo vean como tal.

—De acuerdo. Vamos, Ben —le digo y me pongo en marcha—. Hasta pronto, Shelby.

Shelby se queda de pie, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, frunciendo el

ceño tras nosotros como si esperara que cambiara de opinión.

Pero no lo hago.

Sigo a Ben hasta su coche, un todoterreno negro de gama media, y subo.

Un minuto después, salimos del aeropuerto en dirección a la autopista.

—Gracias de nuevo por recogerme, pero no tenías por qué hacerlo. Me conformo con coger el autobús.

Ben me mira y sonríe alegremente.

—Sólo quería verte. ¿Qué tal tu primera misión como azafata? ¿Es como la recuerdas?

—Estuvo bien. Gracias por preguntar.

Aunque Ben y yo nos conocemos desde que éramos niños, probablemente no nos hayamos visto en 15 años, aparte del encuentro en el café hace unos días. Por eso me parece un poco raro que me recoja en el trabajo, me lleve a casa y me pregunte por mi día.

Parece como si fuéramos pareja.

Y sin embargo no hemos intercambiado ni diez frases desde que nos reencontramos.

No soy tan ingenua como para pensar que Ben sólo intenta ser amable. Está bien, no hay duda. Ya lo hacía en el pasado y, si me fío de mi instinto, nada ha cambiado. Pero su insistencia en pasar tiempo conmigo es algo más que un deseo de reavivar una vieja amistad, y para ser honesta, todo está sucediendo demasiado rápido para mí. Me siento presionada y acorralada. Hubiera preferido decidir por mí misma si quedaba con él, cuándo y, sobre todo, dónde.

—¿Damos un paseo hasta *Green Heaven*? Podríamos comer y beber algo.

—No te enfades conmigo, Ben, pero prefiero volver a casa.

Hoy es sábado y, por tanto, no hay colegio. Hannah está en casa con Susan, esperando a que vuelva. Desde que nació, nunca hemos estado separadas más de un día.

Incluso cuando volé a Phoenix con Susan para organizar todo para nuestra mudanza, Hannah vino conmigo porque no quería estar sin ella durante una semana.

Así que definitivamente no voy a retrasar más nuestro reencuentro para ir a comer y tomar algo con Ben.

—¿Ni siquiera algo rápido?

Sacudo la cabeza.

—Hoy no. Lo siento.

—Vale. No hay problema. Otro día entonces.

Ben está molesto, pero disimula su decepción charlando y hablándome de cosas triviales.

Le sigo el juego, pero me alegro muchísimo cuando por fin giramos en mi calle y nos detenemos delante de la antigua casa de la tía Trina.

Debería invitar a Ben a tomar un café en vez de dejarlo tirado delante de la casa.

Después de todo, debe de haber sacrificado una hora de su día para recogerme.

Pero no me siento cómoda presentándoselo a Hannah.

No está acostumbrada a que haya hombres en mi vida y no quiero que saque conclusiones erróneas, que se sienta confundida por el aspecto de Ben o incluso que se inquiete por él.

Antes de que pueda tomar una decisión definitiva, la puerta principal se abre de golpe y Hannah sale riendo exuberantemente.

—Mamá, mamá —grita entusiasmada y viene corriendo hacia nosotros.

Salgo corriendo y la abrazo con una sonrisa.

—Hola. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, mamá. Pero ya has vuelto.

La suelto y acaricio su cara tierna e inocente.

—¿Tienes... una *hija*? —pregunta Ben, completamente cogido por sorpresa.

Me había olvidado por completo de su presencia cuando apareció Hannah.

La pregunta de si debería presentarle a Hannah es probablemente superflua ahora.

Así que pongo mis manos sobre los hombros de Hannah y le dedico una sonrisa cariñosa.

—Esta es Hannah, mi hija. Hannah, este es Ben, un viejo amigo de tía Susan y mío. Conocemos a Ben desde que teníamos tu edad.

—Hola Ben —dice Hannah a su manera abierta y cálida.

—Hola, Hannah —balbucea Ben, aún visiblemente sorprendido—. No sabía que tenías una hija, Sienna...

—¿Cómo lo sabrías? Hace siglos que no nos vemos. Pero ahora ya lo sabes.

Sue aparece en la puerta y sonríe.

—Hola, Ben. Veo que has encontrado a Sienna.

Ben devuelve el saludo tímidamente.

—Sí, la he encontrado. Gracias de nuevo.

—Hannah, entra en casa y ayúdame con la tarta, ¿quieres? Mamá no tardará en entrar.

Asiento animada y señalo a mi hermana.

—Ve tú delante. Enseguida estoy contigo.

—Vale. Adiós, Ben —Hannah saluda a Ben con la mano y vuelve corriendo a la casa.

Nos quedamos uno frente al otro, indecisos.

—¿Estás casada? —pregunta finalmente Ben—. Bueno, por Hannah, quiero decir.

Sacudo la cabeza.

—¿Pero estás con su padre?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Pero... hay un padre, ¿no?

—El Espíritu Santo no la engendró, en todo caso —le guiño un ojo a Ben—. El padre de Hannah no juega ningún papel en nuestras vidas. A eso querías llegar, ¿no?

Un atisbo de esperanza germina en los ojos de Ben.

—¿Así que no hay ningún hombre en tu vida?

—Simplemente no ha habido espacio para un hombre en mi vida en los últimos años. Hannah es mi prioridad número uno. Eso nunca cambiará. Y con una niña y un trabajo a tiempo completo, no hay mucho tiempo para nada más —le digo sincera y sin rodeos.

—Ya veo —murmura, no muy contento.

Bueno... ese es el destino de una madre soltera. A la mayoría de los hombres no les gusta tener un hijo que no sea suyo.

Pero yo sólo vengo en paquete doble. O completamente o no.

Ben saca mi maleta del coche y la deja en la acera.

—Bueno, entonces... será mejor que me vaya. Tengo mucho trabajo que hacer... ya sabes cómo es.

Se acaricia el pelo tímidamente y de repente parece tener mucha prisa por volver al trabajo.

No le detengo.

Su reacción vale más que mil palabras.

Y de alguna manera me hace sentir mejor, si soy sincera conmigo misma.

Ben es simpático. Pero no siento ningún aleteo nervioso en su presencia. Ni una sola mariposa. Ni un cosquilleo. Ni un crepitar. Nada.

Nada excepto una polvorienta y amistosa conexión.

Y eso es definitivamente demasiado poco.

Si volviera a involucrarme con un hombre, tendría que ser con timbales, trompetas y todo el coro del cielo. Con Ben estoy tan lejos de eso como la tierra está de la luna.

—Por supuesto. Gracias por recogerme y hasta pronto —me despido educadamente y sin dejar entrever que lo tengo calado.

—Eh, sí... hasta pronto —dice Ben, sube a su coche y se marcha a toda velocidad.

Entro en casa, donde Susan ya me está esperando con una amplia sonrisa.

—Por favor, no vuelvas a hacer eso —siseo con reproche y dejo la maleta en un rincón.

—Sólo quería ahorrarte el autobús. Y además, Ben no parecía poder esperar para volver a verte.

—Y después de conocer a Hannah, no podía esperar a emprender la huida con los neumáticos chirriando.

La sonrisa de Susan se apaga.

—¿En serio?

Asiento con la cabeza.

—Sí. De verdad.

—Lo siento, cariño. Quería...

—Sólo tenías buenas intenciones. Lo sé. ¿Pero podemos estar de acuerdo en que yo decido por mí misma qué y quién es bueno para mí? Tampoco voy a interferir en tu vida.

Ella suspira.

—No hay nada en lo que interferir. Estoy en un punto totalmente bajo en lo que se refiere a hombres guapos con potencial.

—Eso volverá a cambiar. Dale tiempo. Acabamos de mudarnos aquí.

Susan levanta las comisuras de los labios en un gesto conciliador y asiente.

—Tienes razón. Ahora dejemos de deprimirnos y de fantasear con que voy a morir sola con un montón de gatos y que mi cuerpo solo aparecerá semanas después, medio descompuesto.

Hago una mueca de disgusto.

—¿Algo así te ronda por la cabeza? ¿En serio?

—Eso es inofensivo... —admite Susan.

—Son tonterías. Me tienes a mí. Y a Hannah. No te dejaremos sola. Ni ahora, ni en el futuro. Somos una familia y eso nunca cambiará. Además, estoy segura de que conocerás a un hombre que se dé cuenta de lo especial que eres. Y entonces formarás una familia, construirás una casa y desearás estar sola con él...

Susan se ríe en voz baja para que Hannah, que está ocupada decorando la tarta en la cocina, no se dé cuenta de nuestra conversación.

—Hablando de formar una familia y construir una casa: ¿cómo fue con Shelby? Seguro que os tropezasteis, ¿no?

Resoplo divertida.

—En un avión con sesenta pasajeros, a los cuales tengo que servir, es difícil no hacerlo.

—¿Y qué? ¿Cómo fue? ¿Te reconoció? ¿Te habló? ¿Se dio cuenta de algo?

—Me reconoció y me habló, sí. Pero eso es todo.

Eso no es todo, pero como le prometí a Shelby que no le contaría a nadie el incidente con su hermano, me guardo este secreto.

Susan sólo haría un montón de preguntas y -tan maravillosa como es- posiblemente lo iría contando por ahí.

—¿Sabes ya si quieres decirle que Hannah es su hija?

—Es demasiado pronto para eso. Primero quiero conocerle mejor.

—Tal y como yo lo veo, lo estás evitando siempre que puedes. ¿Cómo vas a conocerle mejor?

Bueno, Susan no está del todo equivocada.

Si hubiera aceptado su invitación a tomar un café o a comer juntos, habría sido la oportunidad perfecta para conocerle mejor.

Por desgracia, la propia Susan se encargó de que esa cita no se materializara. En cierto modo, al menos.

Eso también me lo guardaré para mí.

No quiero que se reproche a sí misma: es muy buena en eso y tendría que contarle cuál es el trasfondo de la invitación de Shelby.

Eso, a su vez, significaría que tendría que romper la promesa que le hice a Shelby.

Así que me callo y me voy a la habitación de Hannah para disfrutar con ella de su obra de arte.

CAPÍTULO 11

SHELBY



—¿POR qué insistes en salir a cenar con ella si no quiere? Hay muchas otras mujeres que matarían por cenar contigo —pregunta Caiden sin comprender, mientras entramos en *Green Heaven* y encontramos asiento en un rincón tranquilo.

Gracias a mi excelente trabajo de espionaje, sé que Sienna trabaja hoy y que estará en la sala. En otras palabras, en lugar de estar de pie junto a la caja, hoy se está formando como camarera.

Eso es bueno. Al menos no tendré que volver a lidiar con los impacientes clientes tosedores de la cafetería que se quejan de que tardo demasiado charlando con ella.

Hoy en día, las personas no tienen paciencia.

—Ella es especial: es simpática, es servicial, es discreta, y es muy trabajadora. Trabaja aquí y en el avión. Sin embargo, siempre está sonriendo. Yo estaría demasiado cansado para usar los músculos de las comisuras de los labios.

—Dejaremos de lado el hecho de que es guapa, ya que obviamente has adquirido un gusto por los valores interiores, y estás pasando bastante de las tetas bonitas últimamente —se burla Caiden.

—No seas tan infantil —me burlo de él y sabe exactamente a qué me estoy refiriendo.

Sí, mi querido hermano se muerde el culo cada día por haberse dejado llevar así en Denver. Nunca pierdo la oportunidad de recordárselo.

—Sabes que me lo debes, Cai.

—No te debo nada. Eres mi hermano. Espero que me ayudes cuando estoy mal y sin pedirme nada a cambio.

—Nada funciona sin algo a cambio en estos días. Despierta, bicho raro. Serías un hombre de negocios realmente miserable. Alégrate de ganar tu dinero con el hockey sobre hielo. Si no, te irías a la mierda.

—Eres un criminal podrido, Shel —gruñe Caiden—. Y un chantajista, para colmo.

—Me han llamado cosas peores. Puedo vivir con eso. ¿Y ahora qué? ¿Me ayudarás? Caiden exhala ruidosamente.

—Si tengo que hacerlo...

—Ya está. No pasa nada.

—¿Pero por qué es tan importante para ti, Shel? Apenas la conoces.

Es verdad. Pero no lo parece.

—Ya te lo he dicho: no sólo es guapa, sino también amable y cariñosa. Es más, no me persigue como un perro jadeante, sino que huye de mí como un ciervo tímido. ¿Qué cazador no

sacaría su rifle?

—¿Quieres matarla?

—Conocerla.

—Eso es más o menos lo mismo cuando se trata de tí... —murmura Caiden con escepticismo.

—Al menos no soy tan estúpido como para matarme accidentalmente —contraataco—. No bebo vodka hasta perder el conocimiento.

Caiden refunfuña malhumorado.

—¿Vas a empezar con eso otra vez?

—¿Quién ha dicho que vaya a dejar de hacerlo? —sonríe inocentemente.

—Te odio.

—Lo sé. ¿Ahora también odias a Elle? ¿O sigues en esa fase de niño pequeño en la que andas lloriqueando bajo la lluvia como el último tonto con el corazón roto y los ojos tristes?

—Shel...

La voz de Caiden tiembla amenazadoramente y me doy cuenta de que estoy exagerando peligrosamente. Pero es muy divertido divertirse a costa de otra persona.

—Muy bien. Veo que he dado en el clavo. Tú también eres sensible, hermano.

—No lo soy. No tienes ni idea de lo que estás hablando. Así que mejor cállate y métete en tus asuntos.

—Eso es lo que estoy tratando de hacer ... ¿por qué crees que estamos aquí?

—Porque no puedes arreglártelas solo para ligarte a la señorita. Necesitas ayuda de tu hermano mayor.

—Vete a la mierda, Cai. Sabes que eso no es verdad —le digo bruscamente.

—¿Ah, sí? En ese caso, puedo irme.

—Puedes. Pero entonces llamaré a Elle y le preguntaré por qué te tiene llorando como un bebé con dolor de muelas.

—No te atreverías.

Sonríe arrogantemente a Caiden.

—¿Es eso lo que crees?

—Algún día te mataré... —gruñe.

—Sólo si no te matas tú primero, y para ser honesto, creo que ese es el escenario más probable.

Caiden sonríe amargamente y me hace un gesto con el dedo corazón, lo que me hace soltar una risita divertida.

—Entonces, ¿listo? —continúo burlándome de él.

—Sí. Cuanto antes salga de aquí, antes me libraré de ti. Eso es un gran incentivo.

—Entonces será mejor que te esfuerces. Porque no saldremos de aquí hasta que acepte cenar conmigo.

—Que Dios me ayude —murmura Caiden, frotándose la cara.

Pongo mi sonrisa más simpática y miro a mi alrededor en busca de Sienna.

Cuando sirve las bebidas tres mesas más allá y levanta la mirada, la saludo alegremente.

—Hola, Parks. Si tienes tiempo, nos gustaría pedir.

Me mira sorprendida, aunque su reacción no es tan exagerada como cuando nos conocimos quince días atrás.

Parece nerviosa.

—Enseguida voy —nos hace saber y se reúne con nosotros un poco más tarde.

—Parks, ¿te acuerdas de mi hermano Caiden? Ciertamente, parecía un poco maltrecho y golpeado la otra noche, pero...

—Hola Sienna. Encantado de conocerte. Siento haberme pasado de la raya la otra noche. No es mi estilo —me interrumpe Caiden, se levanta y le da la mano amablemente.

Sienna le dedica una sonrisa genuina, que nunca antes había visto, y aprieta suavemente la mano de Caiden.

Eh... ¿hola?

Si hubiera sabido que le gustaba Caiden, no lo habría traído a bordo.

Qué putada.

Miro fijamente sus manos entrelazadas y les disparo dardos venenosos imaginarios. Funciona. La conexión se afloja.

—No pasa nada —responde ahora Sienna—. Todo el mundo tiene un mal día.

—Puede que sí. Pero realmente me he dejado llevar, y a costa de Shelby y de ti. Me gustaría mostrar mi agradecimiento por ello.

Adelante, digo discretamente a Caiden. *Continúa*, formulo con los labios.

—Si Shelby y tú no me hubierais ayudado, incluso podría haber perdido mi puesto como capitán del equipo. Los *Armadillos* no dejan que errores como ese queden impunes. Así que en ese sentido, ambos me salvaron. Y por eso estaría encantado de que salierais a comer a mi costa. A algún lugar súper lujoso y caro. Después de todo, tienes que pagar por tus errores. Y este fue un error caro. Así que... ¿qué me dices?

Sienna parpadea incrédula y luego mira de Caiden a mí.

Es una chica lista y sospechaba que pensaría que yo estaba detrás de esta idea.

Y lo estoy.

Pero ahora mismo parezco tan inocente como un cordero piadoso recién parido. Incluso voy un poco más allá para hacerlo todo más creíble.

—Estuvimos felices de hacerlo, Caiden. Nunca esperamos nada a cambio. Fue puramente un acto de caridad.

Caiden aprieta los labios con rabia y por un momento temo que pueda hacerse descubrir.

Pero me lanza una mirada fulminante y sigue su juego.

—Eres demasiado amable, Shelby —insiste—. Así que si no lo haces por ti, hazlo por mí. Si no, me sentiría culpable para siempre. Y no podría vivir con eso.

Ahora soy yo el que aprieta los labios. No con rabia, sino con diversión.

Sin duda Caiden me pateará el culo en el hielo por esta broma tan poco masculina.

Me da igual el resultado.

Miro con impaciencia a Sienna, que parece luchar consigo misma.

Parece necesitar un empujoncito, que yo estoy encantado de darle.

—Si ese es el caso... por supuesto que no quiero ser responsable de si tienes remordimientos eternos por culpa de Sienna y mía, que incluso podrían afectar a tu rendimiento en el hielo y costarte el puesto. Eso sería egoísta, por no hablar de irresponsable. Así que acepto agradecido tu oferta. ¿Y tú, Sienna?

Sienna cruza los brazos delante del pecho y me fulmina con la mirada.

Quizá he sido demasiado duro con mi última afirmación.

Me estremezco por dentro al ver que no me rechaza en frío y agradezco el apoyo de Caiden. A veces los hermanos mayores no son tan malos después de todo.

—Por favor, Sienna. Hazme el favor. Es muy importante para mí.

Suspira y mueve la cabeza con resignación. Si no me equivoco, una pequeña por no decir

diminuta sonrisa se dibuja en sus labios.

—De acuerdo. Como quieras. Me apunto.

Las comisuras de mis labios suben hasta mis orejas y cada uno de mis dientes es atrapado por la corriente de aire.

¡Sí! ¿Quién lo hubiera dicho?

Tengo una cita con Sienna Parks.

CAPÍTULO 12

SIENNA



—LLEVAS media hora delante de esa cosa, con la mirada fija en ella. ¿Te pasa algo?

Aparto la mirada del interior de mi armario y la cierro con un suspiro.

—No sé qué ponerme esta noche.

—¿Para tu cita con Shelby?

—No es una cita, sólo una cena.

Susan sonríe con complicidad.

—Si tú lo dices.

—Sí, eso es lo que digo. Pero de alguna manera no tengo nada adecuado que ponerme.

—¿En serio? ¿Ningún corpiño con tirantes? ¿Cuándo te deshiciste de ellos?

—Muy gracioso, Sue —siseo.

—¿Por qué gracioso? Pensé que irías allí en ropa interior caliente y escasa y le darías una probadita del postre que le espera durante la cena. ¿Por qué, si no, está tu gabardina sobre la cama?

—Susan —la regaño— eres realmente una tonta.

—Y tú estás en un periodo de sequía, que espero que por fin acabes esta noche —contraataca descaradamente—. No puedes volver a casa hasta que te lo hayas tirado. Te das cuenta, ¿verdad?

—Dime, ¿has tomado algo? Déjame ver tus pupilas.

Me acerco a Susan, pero ella retrocede, chillando. Sabe exactamente lo que le haré si le pongo las manos encima.

Nadie tiene tantas cosquillas como Susan.

—En serio... ¿qué me pongo? Unos vaqueros y una blusa me parecen demasiado informales. Y no tengo muchos vestidos. Tengo ropa más informal, pero nada realmente elegante. Al menos, nada que me quede bien. Antes tenía muchas más curvas. Lo que aún tengo de entonces me cuelga como un saco.

Susan aplaude feliz.

—Si es así, tendremos que ir de compras. Para tí.

—¿De *compras*? ¿Para *mí*?

Miro a Susan con escepticismo. ¿Cuándo fue la última vez que fui de compras para mí?

Siempre que veo algo que me gusta para Hannah, o que creo que le puede gustar a ella, lo compro, siempre que nuestro presupuesto nos lo permita. ¿Pero para mí? No.

A diferencia de Hannah, yo ya no estoy creciendo y no me interesa el último disfraz de Barbie o de princesa.

Por eso mi guardarropa se limita a lo básico y a algunos toques de estilo para los que nunca hay realmente una oportunidad.

Por supuesto, podría elegir uno de mis vaqueros y mi elegante blusa de seda con un sofisticado escote. Pero después de que Shelby me enviara el nombre y la dirección del restaurante, no creo que sea una buena idea.

El lugar parece bastante elegante en las fotos.

Shelby es realmente un granuja astuto.

No sólo consiguió que saliera con él al *Green Heaven* con la ayuda de su hermano, sino que también consiguió que le diera mi número de teléfono.

Desde entonces, he recibido regularmente imágenes GIF extrañas, a veces completamente fuera de lugar, vídeos divertidos de animales y hoy, por fin, los detalles de nuestra próxima cita.

Shelby se ofreció a recogerme en casa, pero yo decliné la oferta y le contesté que nos veríamos en el restaurante.

Hay tres razones para ello: en primer lugar, no quiero que sepa dónde vivo, porque no me extrañaría que se presentara aquí sin avisar y liara las cosas. En segundo lugar, no puedo arriesgarme a que se tope con Hannah. Al menos no todavía. Primero tengo que conocerlo mejor y averiguar qué clase de persona es. Y tercero, una mujer siempre debe ser independiente, esté donde esté. Vengo cuando quiero y me voy cuando quiero.

En realidad esperaba que protestara, pero se limitó a escribir:

Está bien. Pero no se te ocurra acobardarte. A Caiden se le rompería el corazón.

Dudo mucho que sea a Caiden a quien le rompa el corazón mi ausencia, pero de todos modos no pienso acobardarme.

Después de todo, he decidido conocer mejor a Shelby.

Por Hannah.

Así que voy a comerme mi orgullo y seguir adelante.

Susan agita las llaves del coche delante de mi cara y me saca de mis pensamientos sobre esta noche con el sonido metálico.

—No tenemos que recoger a Hannah de su grupo de teatro hasta las cuatro. Eso nos da tres horas. Así que vámonos.

Me agarra de la muñeca y me arrastra con ella para que no tenga oportunidad de contradecirla.

Parece que nos vamos de compras...



—¿Segura que no es demasiado atrevido?

Me giro indecisa frente al espejo del vestuario y no puedo creer lo que estoy viendo.

Por primera vez en años, vuelvo a sentirme realmente femenina y deseable.

Llevo una falda ceñida a la cintura de color verde oscuro. Llevo un top cruzado a juego que deja al descubierto un triángulo de piel en la parte superior del vientre y deja entrever el

comienzo de mis pechos.

No se puede llevar sujetador debajo. Las aberturas delante y detrás lo confirman.

Un par de tacones negros completan el conjunto, que me parece muy sexy, pero también demasiado atrevido para una cena con casi desconocidos.

—La falda y el top son del mismo color que tus ojos. Los hacen brillar de verdad. Y si sigues ocultando tus bonitas tetas al mundo, acabarán volviéndose feas y flácidas. Por si no te has dado cuenta, el tejido conjuntivo no se reafirma con la edad —dice Susan.

Está sentada en un sofá de felpa en un rincón del vestuario y se lo está pasando en grande.

Susan fue también quien me preparó este conjunto después de que mi elección fuera demasiado recatada y aburrida para ella.

—Olvidas que no quiero acostarme con él, sólo quiero conocerle —protesto.

—Eso no lo he olvidado en absoluto. Tendrá tanta fijación con tus pechos que serás capaz de sonsacarle el pin de su tarjeta de crédito sin que se dé cuenta.

Resoplo divertida.

Quizás Susan debería ir a esta cena en mi lugar. Parece mucho más adecuada que yo.

—Eso es demasiado para una cena con un desconocido...

—Es el padre de tu hija. Eso lo hace parte de la familia. Así que es cualquier cosa menos un extraño. Y si te metes en la cama con él, no tienes que sentirte mal ni tacaña porque tienes todo el derecho del mundo a acostarte con el papá de Hannah. Tal vez ustedes dos hagan otra Hannah. Un tiro, un acierto. Shelby parece tener una excelente tasa de aciertos, y no sólo en el hielo.

—Susan —siseo avergonzada y miro a mi alrededor frenéticamente—. Se supone que no debes mencionar su nombre en público. Olvidas lo que puede pasar si cae en los oídos equivocados.

—Lo siento, cariño. Es que me cuesta tanto creer que el padre de Hannah sea una megaestrella ultra rica. Por eso tengo que decirlo en voz alta regularmente para convencerme de que no es un sueño.

—No lo es. Es difícil no darse cuenta del parecido, ¿verdad?

Hannah es la viva imagen de Shelby. Tiene los mismos rizos rubios e idénticos ojos azules.

Su sonrisa también es tan traviesa y ganadora como la de su padre.

—En eso tienes razón. De todos modos, estoy a favor de que lleves este conjunto. Es perfecto. Además, se nos acaba el tiempo. No tenemos tiempo para otra tienda y los conjuntos que has elegido son todos horribles.

Exhalo ruidosamente.

—De acuerdo. Me lo llevo.

Susan aplaude entusiasmada y se levanta de un salto.

—¡Esa es mi hermana! Ahora sólo necesitamos ropa interior seductora.

—No necesitamos eso. No tengo intención de desnudarme delante de él.

—¿Y qué pasa si *él te* desnuda? ¿Quieres quedarte delante de él en bragas después de haberle excitado con este disfraz de martillo? Entonces todo el esfuerzo habría sido en vano.

—Susan... —respiro hondo—. Una vez más, no tengo intención de acostarme con Shelby.

—Eso lo dices ahora. Pero cuando le diste la bienvenida a bordo, tampoco pensabas acostarte con él. Cuando se paró allí y te dijo que quería follarte, no pudiste quitarte las bragas lo suficientemente rápido.

—¿Cómo lo sabes? Después de todo, no estabas allí.

—¿Estás diciendo que no fue así?

—No fue así.

Susan levanta una ceja escéptica.

—No fue así —repito.

—¿Ah, no?

—No. Lo hice a un lado y él rompió accidentalmente las bragas durante el sexo.

En contra de mi buen juicio, sonrío al recordarlo y Susan hace lo mismo.

Sabe que tiene razón sobre mi debilidad por Shelby. Y yo también lo sé.

—De todas formas, no puedes llevar sujetador debajo de ese top. Así que llegamos a un acuerdo: nada de medias y tirantes, sino un tanga sexy. Por si acaso. ¿De acuerdo?

Cedo con un suspiro porque, de todas formas, no tengo ninguna posibilidad contra ella.

—Elige algo para mí. Mientras tanto, me cambio y nos vemos en la caja.

—Lo haré. Puedes confiar plenamente en mí —Susan chirría y se aleja flotando llena de entusiasmo por la acción.

Quizá no debería haberle dejado elegir mi ropa interior... pero probablemente ya es demasiado tarde.

¿En qué me he metido?

CAPÍTULO 13

SHELBY



AL CONTRARIO QUE DE COSTUMBRE, llego al restaurante que he elegido para Sienna y para mí veinte minutos antes de la hora acordada.

Tener que esperar a los demás en lugar de al revés es una experiencia totalmente nueva para mí.

Cojo el móvil y miro los últimos vídeos de animales que son tendencia en las redes sociales.

Me río a carcajadas varias veces y, sin querer, atraigo la atención de las mesas vecinas. Esto es muy contraproducente por mi parte. Aunque se trata de un restaurante de lujo con comensales selectos y discretos, ahora la gente me hace fotos a escondidas aquí y allá.

No siempre es agradable ser famoso. A menudo te sientes como Tarzán, que viene directamente de la selva a la gran ciudad por primera vez, sin bragas.

Normalmente consigo ignorarlo.

Como hoy, cuando Sienna entra en el restaurante y al verla me quedo sin aliento.

Dejo el móvil a un lado mientras una de las camareras la acompaña a nuestra mesa.

La cara de Sienna tiene esa sonrisa cálida y relajada, tan típica de ella, que se gana a todo el mundo sin esfuerzo.

Se detiene frente a nuestra mesa y se abre su fino abrigo, ligeramente avergonzada.

Tiene las mejillas sonrojadas, no sé si por la emoción o por el frío. Lleva maquillaje, más llamativo y atrevido que de costumbre. Y su pelo brilla tan dorado como el sol poniente en el horizonte.

—Has venido —digo en lugar de saludarla, y veo cómo se quita el abrigo y se lo entrega a la camarera que espera pacientemente.

—No tenía elección, ¿verdad? —responde Sienna sin dejar de sonreír.

Me quedo mirándola con los ojos muy abiertos.

¿Qué demonios lleva puesto?

Veo piel. Mucha piel. Piel bonita. Piel sedosa. Piel que quiero tocar, acariciar, saborear y besar.

¡Un cielo!

Sacudo la cabeza enérgicamente, pero no puedo apartar los ojos de este top de corte ingenioso, que abraza perfectamente las curvas de Sienna y fluye casi a la perfección hacia la falda de cintura alta, que da la impresión de que Sienna es una botella viviente de refresco de cola.

—¿Puedo sentarme? —pregunta Sienna, con una pizca de incertidumbre en su cálida sonrisa.

—Eh... por supuesto. Por supuesto. Por favor, discúlpame... no soy yo mismo en este momento.

—¿Estás bien? —pregunta Sienna con ansiedad y se sienta a mi lado en el sofá redondo de la mesa, de modo que ahora sólo nos separan unos centímetros.

Estamos tan cerca que me llega a la nariz el aroma de su pelo.

Loto y algo igualmente exótico...

Floral. Pesado. Y seductor.

Inmediatamente se cuele en mis nervios y provoca cortocircuitos en mi cerebro.

Joder.

Me inclino hacia delante para coger el vaso de agua de Sienna y servirle un poco. Sienna piensa lo mismo y también se inclina hacia delante.

Estamos tan cerca que su pelo me hace cosquillas en la nariz y mi boca roza la concha de su oreja.

Sienna se estremece pero no se inmuta, sorprendiéndome una vez más.

¿Será que esta noche se ha arreglado?

¿Para mí?

—Este perfume... —susurro, ronroneando aterciopeladamente contra su oreja— es nuevo, ¿verdad?

Sienna se muerde el labio inferior y niega con la cabeza, sin darse apenas cuenta.

—La verdad es que llevo usándolo mucho tiempo. Pero hoy es la primera vez que me lo pongo en años.

—¿Y por qué precisamente hoy?

Mi nariz roza suavemente su pelo, hasta la unión de su cuello.

Sienna respira ruidosa y rápidamente.

No se mueve. Y tampoco dice nada.

Así que supongo que tengo que adivinar.

No tengo ni idea de cuándo esta cita tomó un rumbo provocativo y excitante. Probablemente cuando Sienna entró aquí con este atuendo pecaminoso y me sonrió.

¿Qué hombre no pensaría inmediatamente en sexo?

—¿Será que te me estás insinuando, Parks? ¿Estás intentando seducirme?

Mi voz suena ronca y áspera y necesito toda mi fuerza de voluntad para no poner la mano en su muslo.

Sienna sigue sin responder. Permanece sentada, congelada como el ácido clorhídrico. Sus pupilas están dilatadas y su pecho sube y baja con su respiración superficial.

Estoy acostumbrado a que alguna que otra mujer se ponga nerviosa a mi alrededor, sobre todo cuando me pongo en modo ligón.

Pero Sienna... no es sólo nerviosa o tímida.

Hay algo más.

Parece estar luchando consigo misma. Luchando una batalla interior. De qué se trata es un misterio para mí.

En realidad no hay nada malo en coquetear un poco como solteros, burlarse el uno del otro y divertirse. A menos, claro...

—Ese chico del otro día... ¿estás con él?

Me echo hacia atrás y mi voz, que hace un momento destilaba excitación, adquiere un tono peligroso, casi cortante.

Sienna parpadea, despierta de su estado de shock y se endereza distraídamente los hombros

desnudos, que están realmente sexys bajo ese tentador top.

—¿Ben? No... es... es solo un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo con el que compartes cama?

Sienna se gira bruscamente hacia mí y su mirada se centra.

—En realidad pensaba que era una cena informal.

—Lo es.

—¿Entonces por qué me haces esas preguntas?

—¿Qué tienen de malo las preguntas?

—Son privadas.

—¿Y qué?

Aguanto su mirada despectiva y espero su respuesta.

El hecho de que evite la pregunta sobre Ben me enfada. ¿Qué quiere decir eso? ¿Que hay algo entre ellos? ¿La llevó a casa el otro día y luego se la folló?

¡Ese puto gilipollas!

—¿Por qué te importa, Shelby?

—Porque *me* importas —respondo la pregunta inmediatamente.

—¿Y por qué?

—Porque me encanta tu sonrisa, me fascina tu amabilidad. Me impresiona tu esfuerzo y tu actitud realista. Además... si me permites decirlo... eres un bombón, Parks.

Sienna resopla incrédula ante mi última frase y mira al suelo avergonzada.

Le agarro la barbilla y la obligo a mirarme.

—No es nada de lo que debas avergonzarte. Era un cumplido. Creo que eres guapa. Estés en vaqueros, de uniforme, o con ese pecaminoso atuendo.

—Atuendo pecaminoso, ¿eh?

Ella sonríe y sus hombros tensos se relajan un poco.

—Los dos sabemos que te pones eso para excitarme, Parks.

Sienna aprieta los labios y se tira incómoda de la blusa.

Cojo su mano entre las mías y la pongo en mi entrepierna.

—Parece que tu conjunto está funcionando.

Su mano quema a través de la tela de mis pantalones y quiero levantarme inmediatamente, arrastrarla a los lavabos y echar un polvo rápido contra la pared.

—Shelby, yo... yo... sólo quería...

Me inclino hacia ella y apoyo la barbilla en el dorso de la mano.

—¿Sí? —murmuro con curiosidad—. ¿Qué querías?

—Hablar —dice con dificultad—. En realidad, sólo quería hablar.

—Hablar, ¿sí?

Levanto la comisura de los labios y asiento con la cabeza.

—En ese caso, hablemos. ¿De qué quieres hablar? ¿O pedimos primero? El camarero no deja de mirarnos. Se estará preguntando por qué no hemos prestado atención al menú hasta ahora.

Por un lado, lamento que nuestro pequeño flirteo no acabara en un caliente polvo rápido. Por otro, me alegro. Después de todo, la anticipación es la mayor alegría. Y una victoria se siente mejor cuando has luchado duro por ella.

No tengo ningún problema en ir a la batalla.

No se puede negar que Sienna Parks eligió este atuendo para complacerme, igual que el ambiente cargado de sexualidad que hay entre nosotros.

Así que es sólo cuestión de tiempo que ella entre en mi red.

Y hasta entonces, voy a tener una buena charla con ella. Por extraño que parezca, incluso lo estoy deseando. Mi comunicación con las mujeres que no son mi madre ni mi hermana suele limitarse a: *¿cómo lo quieres, duro o blando? Y... chúpala más fuerte.*

Pero ya sea a la hora de elegir nuestra comida o la posterior conversación sobre el nuevo disco de una conocida cantante, que ni siquiera sé cómo empezó, no me aburro ni un minuto. Disfruto hablando animadamente con la ajetreada rubia de sonrisa cálida, que tiene mucho más que ofrecer que una atractiva coraza exterior.

Y con cada minuto que pasa, crece mi deseo de conquistar a esta mujer no sólo físicamente, sino también a nivel emocional.

CAPÍTULO 14

SIENNA



¿CUÁL ES la mejor manera de describir la cena con Shelby Sloane?

Inesperada y llena de sorpresas.

De camino al restaurante estaba inquieta, por no decir al borde de un ataque de nervios.

No todas las noches ceno con el padre de mi hija, que no sabe nada de la existencia de su hija y al que también oculto el hecho de que somos cualquier cosa menos extraños, al menos físicamente.

Para prepararme para la velada, investigué un poco en Internet y me di cuenta de lo que ya sospechaba: Shelby Sloane es un mujeriego de libro.

Le encantan las mujeres. En plural. Por eso nunca dura mucho con una antes de pasar a la siguiente.

No se mencionaba en ninguna parte una relación estable, ni ahora ni en el pasado. Pero sí de conocidas fugaces, aventuras calientes y numerosos rollos de una noche.

Shelby ya tenía en ese entonces carisma, sex appeal y confianza en sí mismo. No ha perdido nada de eso en los últimos siete años. Al contrario. Parece como si hubiera perfeccionado sus dotes de seducción.

Coquetea totalmente desinhibido, sin miedo y sin tabúes.

Aunque llevamos dos horas hablando de todo tipo de temas, como de una encuesta del *New York Day* según la cual, al parecer, el diez por ciento de los estadounidenses cree que el cacao lo producen las vacas pardas y la leche normal las vacas blancas, Shelby no pierde la oportunidad de tocarme casualmente.

Me acaricia la mano, deja caer su pierna contra la mía y me toca en el hombro y los brazos desnudos. Todo por pura casualidad, claro. ¿Y qué más?

¿Por qué acepté llevar este atuendo tan atrevido?

Ofrece tantos blancos para la afrodisíaca atención de Shelby que el calor me seca la boca.

Comemos la pasta y Shelby me limpia despreocupadamente un poco de salsa de la comisura de los labios, que luego se lame en el dedo con un guiño.

Es obvio que me está intentando excitar.

¿Y yo? Me uno...

Es irracional, imprudente y contraproducente.

Tanto en ese entonces como ahora, Shelby Sloane ejerce una atracción sobre mí a la que me cuesta resistirme.

Es guapísimo, sí. Con sus rizos rubios, sus hombros anchos y sus ojos azul cielo, es un

auténtico chico soleado. Pero eso no es todo.

La picardía en sus ojos. La boca ligeramente torcida y burlona. La ligereza traviesa que despliega. La despreocupación con la que se mueve. La confianza en sí mismo que utiliza para encender a su contraparte.

Shelby Sloane es un jugador.

Lo que le diferencia de los jugadores con los que me he cruzado en el pasado es la sinceridad con la que puede entusiasmarse con algo. Cuando habla de algo, lo hace con las manos y los pies, y es tan exagerado y exuberante que no puedo evitar reírme.

Shelby es encantador, pero también bromista. A veces es el seductor perverso que me pone la mano en su entrepierna para que sienta su dureza y a veces es el payaso con salsa untada por toda la boca, que me regala una sonrisa de tomate.

No hay duda: me gusta Shelby.

Disfruto pasando tiempo con él y, al contrario de lo que me temía, no siento el impulso de salir corriendo o de acabar con la cena lo antes posible.

Me divierto. Me río mucho. Me gusta poder charlar relajadamente con una botella de vino.

Después de la digresión inicial sobre mi vida privada, en la que me preguntó por Ben con un tono cortante, no me ha hecho más preguntas desagradables.

Se lo agradezco mucho porque no quiero negar a mi hija, pero si le digo que tengo una hija, empezará a indagar. Entonces inevitablemente tendría que mentirle.

Cuando el dueño del restaurante italiano se acerca a nuestra mesa para decirnos que van a cerrar dentro de media hora, levantamos la vista sorprendidos.

Somos de los últimos comensales de la noche y cuesta imaginar que llevamos tres horas enteras sentados y charlando.

Estoy zumbada y avivada.

Zumbada por la segunda botella de vino blanco que hemos pedido, que está medio vacía en la cubitera de al lado.

Y avivada por las caricias casuales que Shelby me da sin cesar.

Hacía siglos que un hombre no me tocaba así el cuerpo. Aunque siempre me he convencido de que hay cosas más importantes, ahora me doy cuenta de lo beneficiosa que es la intimidad para el cuerpo y el alma.

Estoy literalmente ardiendo y saboreo el hormigueo que palpita entre mis piernas, deseando más.

Probablemente no lo consiga.

Cuando Shelby se me insinuó y me retó, mi reacción fue decirle que sólo quería hablar.

Shelby sonrió ante eso, pero lo respetó.

Desde entonces espero en vano insinuaciones provocativas y estimulantes burlas verbales.

Por desgracia.

Debería alegrarme de ello.

Acostarme con Shelby Sloane, de todas las personas, sólo complicaría más las cosas. Especialmente cuando descubra quién soy en realidad... o mejor dicho, quién es Hannah.

Shelby le da su tarjeta de crédito al camarero que se ha acercado corriendo y me guiña un ojo divertido cuando se da cuenta de la cara de desconcierto que pongo.

—No te preocupes. Se lo cargaré a Caiden. El hecho de que quiera mostrar su agradecimiento no era sólo una excusa para atraerte a una cita conmigo.

—¿Esto es una cita?

Mi voz suena una octava demasiado alta y probablemente estoy haciendo el ridículo ahora

mismo dándole demasiada importancia a la palabra *cita*.

—Por supuesto que lo es. ¿Qué pensabas? —Shelby se ríe divertido.

—¿Una cena entre... conocidos?

—¿Te viste así cada vez que cenas con alguien conocido?

Shelby sonríe al captar mi mirada sorprendida.

—Ya ves, Parks. Me tienes ganas. Me doy cuenta por la piel de gallina de tus brazos, tus pezones ultra sexys deseándome y tus muslos apretados pidiendo a gritos envolver mis caderas... o mi cabeza, según cómo te lo esté haciendo.

Exhalo con un suspiro y recibo a cambio un bufido cómplice.

—Gran idea, ¿verdad?

Desde luego que sí.

Abrumada por la idea de que Shelby me lama, trago saliva para humedecer mi garganta seca.

—¿Qué te parece si volvemos a mi casa y hablamos allí? Porque eso es lo que querías, ¿no? *Hablar*. Por ejemplo, podríamos hablar de qué postura hace que te corras especialmente fuerte. O sobre dónde te gusta que te follen. En la cama... en el sofá... en la mesa de la cocina... en el balcón... en el coche... en la ducha...

Me zumban los oídos y las piernas me laten tan fuertes y calientes que me levanto bruscamente.

—Perdona... tengo que ir al baño.

—¿Te sigo? —Shelby sonríe ampliamente y se echa hacia atrás en su silla—. Estaba bromeando. Ve tú delante. Yo te espero.

Desaparezco hacia los aseos tan erguida y segura como puedo en mi estado actual, y me aseguro de que estoy sola.

Luego me apoyo en la puerta, gimiendo, y marco el número de Susan.

Ya es tarde, casi las once, pero estoy segura de que aún está despierta y casi muriéndose de curiosidad.

—¿Me llamas para decirme que esta noche no vienes a casa? —me saluda dulcemente y suelta una risita al otro lado de la línea.

—¿Cómo lo sabías? —susurro en voz baja.

—Me di cuenta cuando me dijiste después de tu turno que habías aceptado tener una cita con él.

—Imposible. Ni siquiera me di cuenta en ese momento de que yo misma me lo estaba planteando.

—Si te hubiera puesto un espejo delante, se te habrían caído las escamas de los ojos. Estabas tan emocionada y acalorada que no podía haber sido más claro.

Permanezco en silencio y me pregunto si realmente soy un libro abierto o si mi hermana me está tomando el pelo.

—¿Quieres pasar la noche con él? —me pregunta cuando no respondo nada.

—No lo sé —suspiro—. Me preguntó si quería ir a su casa y los dos sabemos lo que implica esa pregunta.

—¿Café, tarta y charla? —Susan finge hipocresía.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Sue! Pronto se preguntará si me he caído por el retrete, así que no digas tonterías y ayúdame.

—¿Con qué? —puedo imaginar la sonrisa de mi hermana delante de mí—. Ya sabes lo que pienso. Vete con él y echa un polvo. Regálale tus orgasmos. Realmente tienes que ponerte al día.

—¿Qué pasa con Hannah?

—¿Qué pasa con ella? Estoy aquí mismo.

—¿Y si pregunta dónde estoy?

—Cariño... está profundamente dormida. Y si se despierta antes de que llegues a casa, le diré que has tenido que trabajar con poca antelación.

—Sabes que no me gusta mentirle...

—Bien, entonces le diré que estás en casa de su padre y que te está haciendo pasar un mal rato.

—¡Susan!

—¡Ay! —se queja—. ¿Quieres que me revienten los tímpanos?

—Eso te vendría bien.

—No seas así, Sienna. Ve con él. Diviértete. Déjate mimar. ¿Cuál es el problema?

—*¿Cuál es el problema?* A veces me pregunto si Susan y yo vivimos en el mismo planeta.

—Es el padre de Hannah. Y yo trabajo para el equipo en el que él juega. Además, no tiene citas. No permanentemente, al menos. Me dejará después de esa noche y entonces será raro entre nosotros... aún más raro de lo que ya es.

—En primer lugar, porque es el padre de Hannah, sabes lo caliente que es el sexo con él y que sabe un par de cosas al respecto. Créeme, en estos tiempos, eso es como ganar la lotería. Segundo, como dijiste, no trabajas para *él*, trabajas para el *equipo*. Y en tercer lugar, si después te ignora o pierde interés en ti, por ti no hay problema. Facilitaría muchas cosas, o las solucionaría.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero... tal vez tengas razón —murmuro distraídamente—. Las posibilidades de que quiera de mí algo más que una aventura son casi nulas. Los artículos sobre él lo han dejado muy claro. Así que podría, en teoría, ceder a mi deseo y dejarme llevar por una noche. Sólo una noche. Eso es perdonable, ¿no?

—Por fin lo has conseguido —chilla Susan—. Ve con él y fóllale el alma. Exprímelo hasta dejarlo seco. Acaba con él. Ponte encima...

—Sí. De acuerdo. Gracias, Susan. Lo entiendo —interrumpo a mi hermana y me toco las mejillas acaloradas—. Tengo que dar por terminada la llamada. Nos vemos dentro de unas horas.

—Pásalo bien —oigo que Susan grita exultante. Luego cuelgo.

Me lavo las manos, me echo agua en la cara, me retoco el pintalabios y me arreglo el pelo.

Miro mi reflejo en el espejo con ojos febriles y no puedo creer lo que estoy a punto de hacer.

No es razonable, por no decir irresponsable. Y es poco sincero.

Respiro hondo y me apoyo en el lavabo.

Aún puedo echarme atrás. Aún puedo pedir que me den la chaqueta, llamar a un taxi y que me lleven a casa.

¿Quedarme o huir?

¿Qué elijo?

CAPÍTULO 15

SHELBY



CUANDO SIENNA VUELVE A NUESTRA MESA, puedo ver la indecisión en sus ojos.

Quizás he sido demasiado atrevido.

Debería haberme contenido en lugar de atropellarla con mi evidente oferta.

En realidad no quería acostarme con ella después de esta cita, quería invitarla a otra cena.

Después de conocernos mejor hoy y charlar sobre todo tipo de temas disparatados, me gustaría saber más sobre ella. Más sobre Sienna Parks como persona.

Cuando antes, al principio de la cena, dudó en abrirse a mí, no indagué más y dirigí la conversación en una dirección no comprometida en la que no tenía que hablar de sí misma.

Noté que se relajaba notablemente. Así que decidí mantener este rumbo seguro.

Por hoy.

Porque no hay duda de que quiero volver a ver a Sienna Parks y saber más de ella.

No sé lo que hay entre nosotros. Es totalmente extraño... apenas nos conocemos y sin embargo hay esta familiaridad que siento a su alrededor. Por no hablar de la tensión sexual que pide a gritos ser liberada, preferiblemente en el húmedo coño de Sienna.

Cuando salgo, normalmente es con la intención de tener sexo. Hoy no ha sido necesariamente diferente: quiero tener a Sienna. Pero decidí contenerme en lugar de complicar innecesariamente la fase de conocernos con sexo.

Bueno... no funcionó del todo.

Tampoco soy bueno en eso. Nunca suelo albergar un interés duradero en una mujer. Es diferente con Sienna.

No quiero decir que pueda imaginarme algo serio con ella, ¡Dios me libre! Algo como una relación es más para aburridos como Caiden.

Tampoco creo que me canse de ella después de una noche.

Me gusta pasar tiempo con ella y me siento cómodo en su presencia.

¿Quizás podríamos ser amigos con derecho a roce? Quedar para cenar y charlar de vez en cuando y luego meternos juntos en la cama.

Sí, me gustaría.

Pero no sé si a Sienna también le gustaría.

Los últimos comensales que quedan abandonan el restaurante, por lo que nosotros también tenemos que salir despacio y tomar una decisión.

—Entonces, ¿has pensado en si quieres venir a mi casa?

Le sonrío alentadoramente y elijo deliberadamente un tono neutro, sin ningún atisbo de

excitación o tentación.

—Si prefieres irte a casa, te llamo un taxi. No hay problema.

Me inclino hacia delante y aprieto la mano de Sienna para tranquilizarla. No quiero que haga nada que no quiera.

—Creo que será mejor que me vaya a casa. Deberíamos dejarlo en la cena —dice con voz temblorosa y se levanta de la silla.

La decepción me invade, pero no dejo que se note.

Si Sienna prefiere irse a casa, la respeto, por mucho que lo sienta.

No he podido quitarle las manos de encima en toda la noche. Su top, recortado en los lugares justos para volverme loco, me provocaba tanto que quería meter la cara en el pecaminoso escote entre sus pechos.

Como eso no es posible en un lugar público, me limité a caricias fugaces y besos furtivos.

Y para ser sincero, supuse que a Sienna le gustarían. En cualquier caso, su cuerpo respondió de forma inmediata e inequívoca.

O yo estaba equivocado o ella se acobardó. Probablemente porque fui demasiado atrevido y directo.

Estoy acostumbrado a expresar mis fantasías sexuales porque las mujeres con las que me relaciono normalmente son bastante perversas y abiertas.

Debería haber pensado en que Sienna es bastante reservada y tímida antes de abrir la puerta.

Sigo a Sienna hasta la salida, donde recogemos nuestras chaquetas y la ayudo a ponerse el abrigo.

Cuando salimos, alargo la mano para llamar a uno de los taxis que esperan, pero Sienna me agarra del brazo y me detiene.

La miro inquisitivamente.

—¿Sigue en pie tu oferta?

La sorpresa aparece en mi rostro. ¿Acaba de...? ¿Quiere... después de todo?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Sienna asiente.

—Sí, estoy segura.

—¿En serio? No pasa nada si prefieres...

—De verdad —me interrumpe y se lleva los dedos a los labios, como si no pudiera creer que esas palabras estén saliendo de su bonita boca pintada de rosa.

—En ese caso, vámonos a casa.

Le cojo la mano con una sonrisa y la estrecho con fuerza entre las mías. Con la otra mano, pido un taxi.

Mañana me recogerán el coche. Está claro que he bebido demasiado como para ponerme yo al volante.



No suelo llevarme a mis conquistas a casa. Mi piso es sagrado para mí. Y, bueno, no está particularmente ordenado.

A nadie tiene que gustarle excepto a mí. Y soy perfectamente feliz con mi desorden.

Normalmente prefiero alojarme en una habitación de hotel. Es anónimo, no crea expectativas poco realistas y todo el mundo puede irse cuando quiera.

Pero llevar a Sienna al hotel no me parece bien.

Ella no es como las mujeres que suelo ligarme.

Es más reservada. Más tímida. Yo diría que también más inocente.

A veces las mujeres empiezan a chupármela en el coche. O ponen mi mano en sus tetas y se acarician. O me abren los pantalones y empiezan a frotarse con diligencia.

Qué puedo decir... los preliminares en el coche también tienen su encanto. Y no, no siempre llego al hotel. Sé por experiencia que un Ferrari no es demasiado incómodo para tener sexo caliente dentro.

Sienna no hace ningún movimiento para desnudarme en el taxi.

Se sienta a mi lado, con una pierna cruzada sobre la otra y mira por la ventanilla, ensimismada.

Le acaricio suavemente el pelo por detrás de la oreja, lo que la hace estremecerse.

—¿Estás bien? —le murmuro y la escruto con insistencia.

—Estoy bien —sonríe. Conozco tan bien su encantadora sonrisa que la distingo claramente de esta sonrisa falsa.

Paso el índice por el dorso de la mano de Sienna y la cojo, apoyándola posesivamente en mi muslo.

—No haces esto a menudo, ¿verdad?

Sin preguntar qué quiero decir con eso, sacude la cabeza casi imperceptiblemente.

—Entonces debo de ser algo muy especial. Me siento honrado.

Resopla divertida.

—No te hagas ilusiones.

—Claro que sí.

Le guiño un ojo y pago al taxista, que para delante del edificio donde vivo.

Nos bajamos y, naturalmente, vuelvo a coger la mano de Sienna para entrar con ella.

—Así que vives aquí —murmura, más para sí misma que para mí.

—Sí, aquí es donde vivo. ¿Esperabas algo más?

—No esperaba nada. Y menos que vendría aquí contigo esta noche.

—¿Has cambiado de opinión?

Sienna niega con la cabeza.

—No.

—Bien, entonces entremos. Hace frío aquí fuera.

La conduzco a través de la puerta principal, saludo al portero, que no puede ocultar lo sorprendido que está de verme con una mujer, y me dirijo al ascensor, que ya nos está esperando.

Salimos en la décima planta y abro la puerta de mi piso con mi tarjeta chip.

—Adelante.

Entro, busco el interruptor de la luz y tiendo la otra mano para invitar a Sienna.

Ella la coge, da un paso adelante y tropieza con mis zapatillas, que me he quitado descuidadamente después de la sesión de gimnasia de hoy.

—Uy —grito y la agarro por las caderas para evitar que se caiga.

Antes de darme cuenta, Sienna ya está en mis brazos.

No sé quién de los dos está más sorprendido. Nos miramos fijamente con los ojos muy abiertos mientras intentamos procesar la repentina cercanía del uno al otro y la atracción sexual entre nosotros se estira hasta el punto de ruptura.

CAPÍTULO 16

SHELBY



AÚN NO HE CONSEGUIDO ENCENDER las luces del piso y, cuando las luces automáticas de la escalera se apagan en el pasillo, nos quedamos el uno frente al otro a oscuras.

Noto la respiración acelerada de Sienna en mi cuello. Sus manos siguen enredadas en mis brazos, aunque hace tiempo que ha recuperado el equilibrio.

Sin más preámbulos, la levanto y la llevo a través de la oscuridad hasta el salón. Afortunadamente, nos ahorramos más tropiezos en el camino.

La dejo en el sofá de piel y enciendo la lámpara de pie que hay junto al televisor para que el salón quede bañado por una luz cálida y agradable.

Cuando me giro hacia Sienna, veo que se ha levantado y se está quitando la falda ajustada.

Fijo los ojos en ella y veo embelesado cómo la falda cae al suelo y Sienna se queda delante de mí vestida solo con bragas, tacones y un top.

—Uhhh... ¿Te apetece una copa? —pregunto con torpeza, porque desde luego no esperaba que ella tomara la iniciativa—. Podemos tomarlo con calma. Hablemos primero y eso...

—¿Sobre qué posturas sexuales me gustan? —responde coqueta Sienna, aludiendo a mi coqueteo en el restaurante.

—Por... ejemplo —digo, estirándome.

—¿Y si me gusta duro o suave?

Trago saliva.

—Sí... también podríamos hablar de eso.

Sienna engancha los pulgares en la fina cinturilla de las bragas y se las quita con un movimiento fluido.

Joder.

Empiezo a babear al ver su sexy coño adornado con un pequeño triángulo y siento mi polla presionando incómoda contra la cremallera de mis pantalones.

—Me gustaría que lo hiciéramos en el sofá. Tú detrás de mí. Para empezar, preferiría hacerlo suavemente porque yo... porque yo... —se aclara la garganta y mira al suelo, avergonzada— porque hace tiempo que no tengo sexo y necesito acostumbrarme de nuevo.

—Eso... —toso porque tengo la garganta más seca que el asfalto de Phoenix después de dos meses sin llover en agosto— puedo arreglarlo.

—Entonces tenemos un trato.

Sienna se sube la blusa por la cabeza y se queda desnuda frente a mí, salvo por los tacones.

La cálida luz hace brillar su piel. Su pelo rubio hasta los hombros brilla como el oro y sus

ojos verdes centellean como jade precioso.

Mi mirada se desplaza de su rostro a sus pechos. Pesados y llenos, me recuerdan a peras jugosas en pleno verano. Su cintura es estrecha, lo que hace aún más llamativo el arco curvado de sus muslos.

Sienna es sorprendentemente delgada. Pero también tiene curvas femeninas que invitan a agarrarlas.

Su deseable mirada de pura lujuria y seductor pecado me deja sin palabras.

—No tan apretadas como entonces... —susurra avergonzada y observa con los hombros tensos cómo me acerco lentamente a ella.

—¿Entonces? —pregunto curioso, y la empujo suavemente al sofá.

Sienna se queda paralizada ante mi pregunta y hago una pausa.

—¿Te encuentras bien? ¿Vamos demasiado deprisa?

—No —respira entrecortadamente— sólo quería decir... bueno, sólo decía... supongo que antes tenía mejor figura que ahora.

Me arrodillo en el suelo delante de ella y le separo los muslos con cuidado. Mi mano se desliza por sus tacones, dando a nuestros preliminares un toque pecaminosamente perverso.

Su coño húmedo y dispuesto se abre ante mí y su tentador aroma de lujuria y deseo llega hasta mi nariz.

—Creo que eres perfecta, Parks —susurro con voz ronca, agarrando sus muslos abiertos y hundiendo la cara en su regazo.

Mi lengua recorre su húmeda rajita, haciendo que Sienna abra aún más los muslos para mí.

Lamo su dulce clítoris con ganas mientras los jadeos excitados de Sienna se convierten en gemidos sucios.

Sus manos se enredan en mi pelo y, aunque en realidad solo quería calentarla un poco y prepararla, ahora estoy decidido a llevarla al orgasmo con mi boca.

Está tan sensible y caliente que ni siquiera tengo que introducirle un dedo para llevarla a donde quiero.

Chupo su clítoris y aumento la presión sobre su húmedo coño, lo que la hace gemir más fuerte.

Sus manos presionan mi cabeza contra su pubis y la mueven al compás de sus movimientos pélvicos. Me está utilizando para correrse. Y joder, eso me excita.

Mis dedos se clavan en sus muslos y su lujuria gotea por mi barbilla.

Se está derritiendo de lujuria y, por suerte para mí, tengo un asiento en primera fila para presenciar este clímax brillante que está a punto de dispararla a las estrellas.

—Shelby... yo... —está respirando agitadamente y puedo sentir por las vibraciones en su regazo que ha llegado el momento— me voy a correr. Oh Dios... me estoy... me estoy corriendo.

Murmuro con aprobación ante su vergüenza, pero no interrumpo mis chupadas, sino que la lamo aún más fuerte para prolongar su clímax.

Su grito agónico, seguido de suaves maldiciones y arrebatadores suspiros de placer, son música para mis oídos que me encantaría añadir a mi lista de reproducción para escucharla en bucle.

Sienna aprieta mi cabeza entre sus muslos y me mantiene cautivo hasta que su orgasmo amaina lentamente tras lo que parece una eternidad y ella relaja sus tensos músculos, exhausta.

—Esto es lo que yo llamo un espectáculo —gorjeo sin aliento y bajo sobre mi trasero.

Mi mirada se posa en sus tacones infernalmente afilados y recorre sus tobillos, baja por sus piernas y llega hasta sus muslos anchos.

La forma en que está tumbada, abierta de par en par y con los ojos cerrados, es tan seductora y tentadora que no quiero tomarme un respiro.

Cojo un pañuelo de la caja que hay bajo la mesita y me limpio la cara con él. Luego me levanto de un salto, saco un condón del bolsillo del pantalón, me quito los pantalones y me tumbo en el sofá con Sienna.

La pongo suavemente en posición horizontal conmigo, me arrastro detrás de ella y le beso tiernamente el hombro desnudo.

Sienna abre los ojos, parpadea, sus largas pestañas enmarcan oscuramente el brillante jade que hay en ellas.

—Hola —sonríó—. ¿Has vuelto de tu viaje a las estrellas?

—Mmm —murmura y se sonroja.

—¿Estuvo bien allí arriba?

Las comisuras de los labios de Sienna se tuercen traicioneramente.

—Sí —confiesa.

—¿De verdad? Pues te voy a contar un secreto —me acerco a su oído y le susurro con lujuria—, puedo llevarte allí otra vez. Ahora mismo.

—¿Ah, sí? —sonríe— ¿Podrías hacerlo?

—Mmm. Porque soy Superman. Pero no se lo digas a nadie.

—Siento tener que decirte esto, Shelby, pero creo que es un secreto a voces.

—¿Lo es?

Rodeo burlonamente la punta de su pecho rojo cereza con el dedo índice, que inmediatamente se tensa y endurece.

—Sí —responde, gime de placer y empieza a retorcerse bajo mis caricias—. Deberías leer los artículos sobre ti.

—¿Debería? —murmuro, masajeando su pecho mientras froto mi polla palpitante contra su culo—. ¿Qué escriben?

—Que follas mejor que juegas al hockey sobre hielo porque tienes más sexo de lo que entrenas.

Suelto un bufido incrédulo. ¿Qué acaba de...? Hago una pausa y miro a los ojos de Sienna, que brillan con picardía.

—¿No me crees? Lo dicen de verdad.

Suelto una carcajada y solo me calmo cuando Sienna me agarra la polla y empieza a frotármela.

—Sólo lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos. Sé que los medios de comunicación a veces están llenos de contenidos basura. Pero esto... esto es... —me interrumpo, jadeante, porque Sienna aumenta la presión sobre mi polla y no me llega suficiente sangre al cerebro para formar una frase coherente y completa.

—¿Es verdad entonces? ¿Follas mejor que juegas al hockey sobre hielo? —me toma el pelo.

—Tendrás que juzgarlo tú, supongo. ¿Qué te parece si te la meto y vemos qué pasa?

Le guiño un ojo y esta vez es Sienna la que se ríe a carcajadas.

—No creo que eso tenga nada de malo.

Me complace inmensamente que haya superado su inseguridad y haya conseguido dejarse llevar en mi presencia.

Ya no queda ni rastro de su inseguridad inicial. Tengo ante mí a una mujer que sabe lo que quiere y cómo lo quiere.

Así que haré todo lo que esté en mi mano para satisfacer sus expectativas. Es cierto que estoy

impaciente por estar por fin dentro de ella y sentirla profundamente. Pero hay algo más.

Quiero que sea especial para ella. Para mí es más importante satisfacerla a *ella* que conseguir mi propio turno.

Tal vez porque sé que no soy uno de tantos para ella. Porque a ella no le importa mi condición de famoso. Porque me ha confesado que hace mucho tiempo que no tiene sexo. Y porque me eligió a mí, entre todas las personas, para poner fin a su depresión sexual.

Dios sabe que hay suficientes candidatos haciendo cola para meter su polla en el coño de Sienna.

Ben en particular.

Bueno, Benni Ben, mala suerte, pienso con una sonrisa mientras me pongo el condón, le doy la vuelta a Sienna, agito mi polla hacia la pierna derecha de Sienna, la acaricio, y luego me deslizo dentro de ella con un profundo suspiro.

Su orgasmo anterior la ha dejado suave y relajada, así que mi polla se desliza por su coño húmedo como aceite de oliva caliente.

—Definitivamente, mejor que cualquier saque de puerta —gruño, y miro mi polla, que está muy dentro de Sienna.

Joder, qué sensación. Mejor que ir a toda pastilla por la autopista en mi Ferrari. Mucho mejor.

Sienna gira la cabeza y me mira. Sus ojos brillan traicioneros y mi sonrisa de victoria se derrumba.

—Mierda, ¿te he hecho daño? —pregunto, horrorizado, y hago una pausa.

—No —jadea, apartando las lágrimas—. Es increíble. Me... me encanta.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que es al revés? —le pregunto, tomándole la barbilla con escrutinio.

—Es que hace tanto tiempo que... —se interrumpe y me mira de un modo que me deja atónito.

—¿Desde la última vez que te acostaste con alguien? —susurro y le beso la frente.

—Más o menos —sonríe con valentía y me agarra la mano, que he deslizado bajo su cuello—. Y ahora basta de hablar. Por fin quiero saber si los periódicos tienen razón en lo que dicen de ti.

Mi mirada se detiene en Sienna mientras considero si debo indagar más. Porque mi instinto me dice que hay más en su arrebató emocional de lo que ella quiere admitir.

Por otra parte, no sería la primera mujer que se echa a llorar mientras practica sexo conmigo porque le gusta.

Sí, lo sé... soy un verdadero campeón. Dentro y fuera del hielo.

Acaricio con la mano libre la pierna doblada de Sienna y saboreo su suavidad sedosa.

Muevo lentamente la pelvis hacia delante y hacia atrás y observo a Sienna de cerca.

Mi mano se desliza desde su pierna hasta su centro abierto, hinchado por mi masaje oral.

Toco con ternura su clítoris, que se pone aún más rígido bajo la humedad que se acumula bajo mis dedos.

Aunque acaba de correrse, consigo excitarla de nuevo. Tanto que su humedad moja mis dedos en menos de un minuto.

—Casi pierdo la cabeza de lujuria, Parks —le susurro al oído—. ¿Te das cuenta de lo increíble que te sientes?

Penetro suavemente su dulce y preparado coño con ligeros empujones mientras mis dedos acarician su húmeda vulva.

No sé cuándo fue la última vez que me acosté con una mujer en esta postura. Incluso es posible que nunca lo haya hecho.

Porque es extremadamente íntima y personal.

Normalmente prefiero el sexo duro y anónimo, donde puedo empujar con fuerza.

Si hubiera sabido que el sexo con flores podía ser tan rimbombante, no habría pasado tanto tiempo sin practicarlo.

Tal vez mi nueva preferencia por el sexo lento y suave también tenga algo que ver con la hermosa mujer de corazón cálido con la que lo practico actualmente.

Sienna Parks.

Me mira a través de los párpados entrecerrados con una mirada velada de lujuria y recompensa cada una de mis embestidas con un suave gemido que se dispara directo a mis pelotas y hace que se retuerzan.

—¿Puedes sentirme? —susurro y bajo la boca hasta sus labios.

Parece mentira que lleve varios minutos dentro de ella y aún no la haya besado.

Tengo que hacerlo cuanto antes.

—Sí —jadea entrecortadamente, gira la parte superior de su cuerpo hacia mí y me agarra la cara—. Sí, me gusta.

—¿Te gusta?

Ella asiente y roza sus labios con los míos.

—¿Eso ha sido un sí?

—Sí —respira, rindiéndose al beso que le reclamo.

Mi lengua se desliza entre sus labios, penetra en su boca caliente y se adentra sin miedo en un viaje de descubrimientos.

Al igual que nuestro sexo y mis caricias en la vulva de Sienna, nuestro beso es lánguido y tierno, pero eso lo hace aún más intenso.

Me siento como un perezoso practicando sexo a cámara lenta... ¡y me encanta!

Por primera vez desde que tengo uso de razón, noto que el orgasmo se está gestando mucho antes de que llegue a mí y, por tanto, puedo saborear no sólo el clímax en sí, sino también sus precursores.

Me despego de los labios de Sienna y le chupo el pezón antes de morderla burlonamente.

En momentos así, me gustaría ser un pulpo. Las cosas que podría hacer con ocho brazos... podría estar en el coño y en el ano de Sienna al mismo tiempo, mientras acaricio ambas tetas, acaricio su clítoris, me zambullo en su boca y sigo teniendo dos brazos a mi disposición.

Sienna se estremece bajo mis embestidas concentradas. Por la tensión de sus rasgos faciales, me doy cuenta de que también está a punto de llegar al clímax.

—Ven a mí, Parks. Demuéstrame lo bien que puedo clavarte mi polla —la insto con voz áspera y le paso la mano libre por el cuello para que no pueda apartarse de mí.

Quiero ver su orgasmo. Quiero verlo en sus ojos. Y sentir los gritos que salen de su garganta.

—Shelby...

Abre sus preciosos ojos y gime mi nombre de una forma tan sexy y humeante que me atraviesa un fogonazo y me corro, jadeante, dentro de Sienna. Le aprieto la mano, aún estrechándola con fuerza entre las mías, sin querer soltarla nunca porque es lo único que me mantiene con los pies en la tierra.

¡Joder!

Aprieto los dientes y sigo bombeando. Bombeo todo lo que tengo dentro de ella.

Nuestros gemidos resuenan en la habitación y rezo para que las paredes estén tan

insonorizadas como me aseguró el agente inmobiliario cuando le pregunté cuánto podía gritar.

Si no, la policía llegará enseguida.

—Mierda... eso fue... joder... —juro—. ¿Tu coño es mágico o algo así, Parks?

Sienna cierra los ojos y sonríe perezosamente.

—Podría serlo.

—Si es así, de verdad que tengo que mirarlo más de cerca —respondo con una risita y le cubro el cuello de besos suaves— porque soy ginecólogo en mi tiempo libre.

—¿Y? —Sienna abre un ojo y sonríe burlonamente—. ¿Y ahora quieres que me deje examinar?

—Por supuesto —le respondo con una sonrisa—. Después de todo, no te encuentras un coño mágico todos los días.

CAPÍTULO 17

SIENNA



SHELBY RESPIRA TRANQUILA Y PAUSADAMENTE.

Yace profundamente relajado a mi lado en el sofá, con un brazo metido bajo la cabeza. El pelo rizado le cae despeinado sobre la frente. Su polla, exhausta, descansa tumbada sobre el vientre.

Un vistazo a la pantalla digital del televisor me dice que son las dos y media de la madrugada. Nos besamos con fuerza hasta hace media hora, cuando a Shelby se le cerraron los ojos.

¿Quién iba a pensar que sería capaz de dejar inconsciente a un jugador de hockey profesional?

Disfruto del calor que emana de su cuerpo desnudo y saboreo las réplicas de mis orgasmos mientras repaso mentalmente las últimas horas.

El sexo con Shelby es tal y como lo recordaba.

Caliente e increíblemente satisfactorio.

Shelby no ha perdido ninguna de sus habilidades. En todo caso, ha mejorado en los últimos años debido a sus numerosas aventuras.

A diferencia de nuestro acto rápido y prohibido en el avión, esta vez pudimos tomárnoslo con más calma.

Por primera vez en muchos años, vuelvo a sentirme sexy, deseada y femenina. Gracias a Shelby.

La forma en que me miraba... la forma en que coqueteaba conmigo, me tocaba... la forma en que me cogía... lo que me decía... sus gemidos... sus jadeos... sus palabrotas... su hambre insaciable de mí... de más... ¡Dios! Vuelvo a sentir que se me pone la piel de gallina y me acaloro de nuevo.

Parece mentira que esto sea posible después de todos los orgasmos que me ha provocado en las últimas horas.

Me enderezo con cuidado y recojo mi ropa a la tenue luz de la lámpara de pie, que me pongo apresurada y silenciosamente.

Es hora de ponerse en marcha.

Quiero evitarle a Shelby la vergüenza de despertarse a mi lado por la mañana y tener que pensar en cómo puede echarme de su piso lo antes posible.

Los artículos sobre Shelby han dejado muy claro que no es un hombre para una relación.

Un amante fantástico, pero un compañero miserable.

Ya lo sabía *antes de* involucrarme con él. Por eso ni siquiera tengo esperanzas de que tengamos un futuro juntos. Especialmente porque nuestro presente se basa en una mentira.

Suponiendo que sigamos así, si Shelby descubre que le oculté a su hija, me odiará. Puede que deje pasar que no sabía quién era entonces y por eso no le hablé de Hannah hasta que llegué a Phoenix. Que lo haya mantenido deliberadamente en la oscuridad desde nuestro primer encuentro, es otra cosa. Esto no lo dejaré pasar.

Shelby es una persona divertida y encantadora. Merece saber que tiene una hija.

No hace mucho que le conozco, ni le conozco especialmente bien, pero me permitiré hacer este juicio basándome en mi conocimiento de la naturaleza humana.

Ahora me iré a casa, me daré una ducha, me tumbaré en la cama y fingiré que no ha pasado nada cuando me levante antes que Hannah para prepararle el desayuno.

Luego, tomando una taza de café, charlaré tranquilamente con Susan sobre cómo y cuándo es mejor contarle a Shelby lo de Hannah.

Quizá debería esperar a ver cómo se comporta Shelby conmigo después de esta noche juntos. Porque si se hace el gilipollas desdeñoso que finge no conocerme, puede que cambie de opinión después de todo.

Cojo los zapatos y me dirijo de puntillas a la puerta principal. Por el camino, en la penumbra, tengo que esquivar zapatos, pelotas y una bolsa de viaje, todo ello tirado descuidadamente en el suelo.

A este hombre no parece importarle mucho el orden.

Gracias a Dios, llego a la puerta sin caerme.

La abro sin hacer ruido, paso a hurtadillas y la cierro detrás de mí con el mismo sigilo.

Mientras espero el ascensor, me calzo los tacones y rezo por poder conseguir un Uber a estas horas.

Y efectivamente. Mi aplicación me muestra un coche disponible a menos de cuatro minutos.

Lo reservo, saludo al portero con la mano y salgo corriendo hacia la noche.

Veinte minutos más tarde, llego a casa y respiro hondo.

Ya está.

Es hora de recoger a la soltera malvada y desinhibida y desempaquetar a la madre cariñosa y responsable.

Cierro los ojos y me despido de los recuerdos de esta maravillosa noche con una última sonrisa antes de enterrarlos en lo más profundo de mi subconsciente y volver a mi vida real.



—Mamá, mamá, despierta.

La voz emocionada de Hannah llena el dormitorio y me sobresalto alarmada.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Ha pasado algo?

Todo me da vueltas porque me he incorporado bruscamente. Eso no me impide tocar a Hannah para asegurarme de que está bien.

—No. Pero hoy queremos ir al parque acuático.

¿Al parque acuático? ¿Hoy? Es lo primero que oigo.

—Tía Sue lo prometió. Y quiero que vengas con nosotras —balbucea Hannah—. No es

divertido sin ti.

—Eres muy amable por pensar en mí, Hannah, cariño. ¿Qué hora es? —le pregunto frotándome los ojos hinchados.

Parece que sólo llevo una hora dormida.

—Serán las ocho en un minuto.

—¿En serio? —me pregunto incrédula.

—Mmm.

¡Vaya! ¿Las ocho? Nunca duermo hasta tan tarde. Al menos no desde que nació Hannah.

—Siento haberme quedado dormida, ratoncita. ¿Por qué no vas a la cocina y yo iré detrás de ti, vale?

—Vale —asiente gravemente y sale corriendo con estrépito.

—Aqua Park —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Si le pongo las manos encima a Sue, podría experimentar algo...

—¿Acabo de oír mi nombre?

Susan está de pie en la puerta de mi dormitorio con dos tazas de café, sonriendo y escrutándome con curiosidad.

—¿Por qué le prometiste que hoy iríamos al Aqua Park? Tengo suerte si no me duermo de pie.

—¿Una noche dura? —la sonrisa de Susan se ensancha y levanta una ceja con complicidad—. Vas a tener que acostumbrarte otra vez a que te follan toda la noche, ¿no?

—Difícilmente —resoplo, poniéndome de pie y arrebatándole la segunda taza de café—. Esto fue cosa de una sola vez.

—¿Ah, sí? ¿El sexo fue una mierda?

—No —digo tajante—. Fue fantástico. Pero como has leído los artículos sobre Shelby Sloane tanto como yo, sabes que no se compromete. Aparte de eso, no puedo seguir mintiéndole a la cara. Piensa en lo cutre que sería meterme alegremente en la cama con él y no decirle que tengo una hija con él.

—No es más cutre la segunda vez que la primera, hermanita —se burla Susan, guiñándome un ojo—. Ya has cruzado esa línea una vez. ¿Qué te impide volver a hacerlo?

—Hmm... déjame pensar. —Me pongo teatralmente el dedo índice en la mejilla—. Mi conciencia, por ejemplo.

—¿Y dónde estaba tu conciencia anoche cuando Shelby estaba muy dentro de ti y gemías su nombre en voz alta?

—¡Susan!

—Nada de Susan. No puedes doblegar tu moral a tu antojo. Además, creo que estás siendo demasiado dura contigo misma. Te mereces que un hombre te mime. A alguien que por fin cuide de ti.

—¿Qué crees que pasará cuando se sepa que Hannah es su hija y que yo se lo oculté a sabiendas?

—Probablemente no le parecerá muy bien, pero es un hombre. Lo superará. Después de todo, anoche también disfruté, ¿no?

Guardo un silencio obstinado y fulmino a Susan con la mirada.

—¿Por qué no dejas que se te pase y ves lo que pasa? De todas formas, todo siempre sale distinto de lo que te imaginas. Y, sobre todo, deja de sentirte mal por lo de anoche. Fue una decisión consciente. Así que asúmela.

—Lo hago —murmuro—. Pero sigo sintiéndome mal. Shelby es atento y cariñoso. También

me gusta su sentido del humor. Creo que a Hannah también le gustaría. Por otro lado, no sé si es lo bastante responsable y adulto para criar a una niña... a veces pienso que él mismo sigue siendo un niño.

—Todos los hombres son niños. Niños metidos en cuerpos de adultos. ¿Aún no te has dado cuenta? ¿Por qué si no orinan por fuera del váter, no bajan nunca la tapa, extienden la ropa por toda la casa, no cocinan para ellos mismos y juegan a videojuegos en vez de ir de compras?

Buen punto, tengo que admitirlo Susan.

—Si alguna vez conoces a un hombre *realmente* maduro que además sea guapo y bueno en la cama, no dudes en decírmelo. Me casaré con él en el acto.

—Claro —sonríe e inmediatamente me siento un poco mejor.

—Y en cuanto al Aqua Park... quería ir allí con Hannah para que pudieras descansar y resolver lo de anoche en paz. Pero parece que ella quiere que vayas. Parece que mi plan salió mal. Lo siento.

—No importa. —Me pongo la bata y acompaño a Susan a la cocina—. Me encantaría ir contigo.

—¿No estás demasiado borracha para eso?

—Eso es lo que hacíamos entonces. Nos pasábamos la noche de fiesta y luego nos íbamos a trabajar.

—Sí... entonces también teníamos entre ocho y diez años menos. ¿Te has mirado en el espejo esta mañana, ángel de las arrugas? Ya no tienes veinte años.

—Gracias por las flores. Qué encantador por tu parte —le siseo.

—De nada. Y ahora vamos, Hannah ya nos está esperando. ¿O vas a dejar que tu hija se muera de hambre, mamá cuervo?

CAPÍTULO 18

SHELBY



ME DESPIERTO con los rayos de sol haciéndome cosquillas en la cara y ahuyentando mis sueños.

Parpadeo, abro los ojos y miro a mi alrededor.

Debo haberme quedado dormido en el sofá.

No es nada nuevo. A veces, cuando veo la tele a altas horas de la noche, no consigo acostarme.

Pero normalmente no estoy desnudo, como ahora.

Me incorporo, me sacudo los últimos restos de sueño, y entonces vuelvo a mí.

¡Sienna!

La traje a mi casa después de cenar y pasamos la noche juntos. No llegamos hasta el dormitorio. Teníamos intención de hacerlo, de hecho, varias veces, pero nuestra insaciable lujuria mutua siempre se interponía en nuestro camino hasta que finalmente nos dormimos exhaustos en el sofá.

Pero, ¿dónde está Sienna ahora?

Miro a mi alrededor, irritado, pero no la encuentro por ninguna parte.

—¿Parks? —grito con voz ronca y somnolienta.

Nada.

Echo un vistazo al suelo y veo que su ropa ha desaparecido.

Parece que se ha ido.

Miro fijamente el espacio vacío y me doy cuenta.

¿Cuándo fue la última vez que una mujer desapareció después de una noche conmigo sin esperar a desayunar juntos o a una sudorosa sesión matutina?

Esa es una de las razones por las que suelo ir a un hotel. Porque sacar a las chicas de mi piso a la mañana siguiente es un esfuerzo angustioso y agotador del que prescindiría encantado. Además, sabrían dónde vivo y probablemente me tenderían alguna emboscada en el vestíbulo, o montarían una escena cuando volviera a casa con otra mujer en brazos.

No, gracias.

Parece que no tendré este problema con Sienna Parks.

Porque obviamente no estaba de humor para desayunar conmigo. Y el sexo de anoche obviamente fue suficiente para ella. En cualquier caso, no se quedó para un repitis por la mañana.

¿Qué debo hacer ahora?

¿Debo alegrarme de poder tomar mi café en paz y a solas?

¿O debo preocuparme por no poder follar en la cama?

¿Qué significa que Sienna se haya ido sin decir nada?

Busco una nota o un mensaje en la habitación, pero no encuentro nada. Mi móvil tampoco muestra ningún mensaje suyo.

¿Significa eso que ha terminado todo para ella?

Si sigo mi lógica, su marcha silenciosa y secreta significa exactamente eso. Asumiendo que las mujeres y los hombres sean iguales en este aspecto.

Entender a las mujeres a veces es realmente imposible.

Seamos honestos, incluso yo tengo la decencia de decir algunas palabras bonitas a mis ligues de una noche antes de despedirme.

Nunca me he ido en secreto. Jamás.

Bueno, excepto en mi época universitaria, cuando me desperté en la habitación de la novia del quarterback estrella con mi polla todavía dentro de ella.

Hay que admitir que aquello no era lo más óptimo y escapar por la ventana del segundo piso era la única opción para salir vivo de aquella situación.

Desde entonces, he espabilado y nunca me acuesto con mujeres cuya pareja se encuentre en el mismo estado.

Pero volvamos a Sienna Parks.

¿Por qué huyó? ¿Cómo se entiende su comportamiento?

Voy a la cocina y me preparo un café. Es mucho más fácil pensar con cafeína en la sangre.

Mientras pongo el café en la cafetera, mi mirada se posa en el enorme ramo de flores que hay en la cocina.

“Como disculpa por mi comportamiento y por aguantar a mi hermano toda una noche”, dice en la tarjeta que lo acompaña.

Caiden me la dio, pidiéndome que se la diera a Sienna.

Bueno... me olvidé de todo después de leer esta estúpida y divertida tarjeta.

Ahora las flores descansan en la jarra medidora que mi madre me compró cuando me mudé y se están marchitando.

Tengo que deshacerme de ellas de algún modo antes de que Caiden me visite la próxima vez y descubra que se las he estado ocultando a Sienna.

El pitido de la cafetera me indica que el café está listo.

Sin apartar los ojos del ramo, cojo la taza y me la llevo a los labios.

Tal como predije, tengo un destello de inspiración con el primer sorbo de oro marrón.

¡El estúpido ramo de flores!

¿Quién iba a pensar que sería la solución a mi problema?

A diferencia de Caiden, me tomé la molestia de averiguar dónde vive Sienna Parks.

Por razones puramente informativas, claro, y no porque pensara acercarme a su casa por curiosidad.

Como Caiden insiste en que Sienna reciba este ramo, como hermano obediente debo llevárselo. Preferiblemente *antes de* que la última flor del vaso medidor se marchite.

Estas cosas tan coloridas no pueden sobrevivir ni *un* día sin agua. ¿No existen las flores del desierto? Son los camellos entre las flores, ¿no? Estas debiluchas de nuevo cuño, sobre-criadas, deberían tomar ejemplo de ellas.

Es increíble que hoy en día no puedas esperar calidad aunque gastes mucho dinero.

Termino mi café, me meto en la ducha y me pongo unos vaqueros y una sudadera.

Luego me planto delante de mi colección de llaves del coche, con una amplia sonrisa.

Puedo elegir. Tengo mucho de dónde elegir.

¿Ferrari 488, o prefiero el SF90? ¿O sería mejor optar por un clásico y coger el Lambo Huracán? ¿O son demasiado exagerados? También podría optar por el McLaren 750S Spider. Pero... mierda... todavía está en el taller.

Así que está descartado.

Hmm...

¿Quizás mi Porsche?

Sí, Porsche siempre funciona. 911. Clásico, elegante y sencillo. Así no despierto a todo el vecindario con él en esta mañana de domingo. A los otros coches les gusta rugir como leones cuando piso el acelerador.

Satisfecho con mi elección, salgo del piso, sólo para darme cuenta a mitad de camino hacia el aparcamiento de que he olvidado las estúpidas flores.

Pongo los ojos en blanco, molesto, y vuelvo.

Cuando llego a lo alto del aparcamiento, cojo el ramo y lo meto en mi bolsa de natación para que no pierda ninguna pluma o pétalo en el coche. Más vale prevenir que curar.

Miro a mi alrededor una última vez y entro por segunda vez en el aparcamiento subterráneo.

Allí introduzco la dirección de Sienna en el GPS y arranco.

CAPÍTULO 19

SIENNA



ESTOY en la ducha cuando suena el timbre.

—¿Susan? —grito, pero no obtengo respuesta—. ¿Susan? ¿Puedes abrir, por favor?

—Ahora mismo no puedo —contesta ella—. Estoy buscando mi bikini.

—Pues búscalos más tarde. —Mi hermana pone los ojos en blanco—. Hay alguien en la puerta.

—¿Por qué no abres?

—Porque estoy en la ducha. Desnuda.

El timbre vuelve a sonar.

Molesta, cierro el grifo y me envuelvo el cuerpo con una toalla improvisada.

Empapada, salgo del baño en dirección al pasillo cuando oigo la voz de Hannah en la puerta.

—Hola, ¿quién eres?

—Erm... hola... así que... ¿quién soy? Soy Shelby. ¿Y tú quién eres?

El corazón me da un vuelco y la sangre se me escapa del cuerpo.

Apenas consigo apoyarme en la pared antes de caer al suelo como un saco mojado.

—Soy Hannah. Dime, Shelby, ¿eres una chica?

Shelby se ríe, desconcertado, antes de responder:

—Eh... ¿no? ¿Qué te hace pensar eso? Soy la personificación de la masculinidad.

Sigue una pausa. Probablemente, Hannah está pensando en lo que Shelby acaba de decir.

—Tienes rizos largos. Igual que yo...

—Los hombres también pueden tener el pelo largo. Los muy guays, al menos. No le queda bien a todo el mundo. Requiere estilo y confianza en uno mismo.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué significa eso? Bueno, supongo que, en resumen, significa que soy un tío totalmente guay con el pelo largo.

—¿Entonces no eres una chica?

—No, cariño. No lo soy. Me habría dado cuenta, créeme.

—¿Así que no eres amigo de mamá o de la tía Sue?

—¿De... de tu mamá? ¿Tu mamá se llama Sienna? ¿Sienna Parks?

—Sí. ¿La conoces?

Ante la mención de mi nombre, despierto de mi coma de infarto y me levanto torpemente del suelo.

Me arrastro hasta la puerta con piernas tambaleantes y veo a Shelby tendiéndole la mano a

Hannah.

—Soy Hannah.

—Encantada de conocerte, Hannah. Ya sabes que soy Shelby. Juego en el equipo de hockey para el que trabaja tu madre en el avión.

—¿Eres jugador de hockey sobre hielo? —pregunta Hannah, impresionada—. ¿Así que sabes patinar?

Shelby se pasa los dedos por los rizos y sonríe.

—Supongo que sí.

—¿Y es muy difícil? —pregunta Hannah con curiosidad.

—No, para nada. Puedo enseñarte cuando tenga ocasión.

—¿En serio?

No puedo ver la cara de Hannah, pero me doy cuenta de que sus ojos azul mar brillan de emoción.

—Hannah —la amonesto al doblar la esquina y divisar por fin la puerta principal—. Sabes que no debes hablar con extraños.

Hannah se gira hacia mí y me mira con incompreensión.

—Pero este es tu amigo Shelby. No es un extraño. Y tiene el pelo rizado. Igual que yo.

Shelby desvía su mirada de Hannah a mí y al instante siento calor.

Estoy esperando a que me pregunte si Hannah es su hija. Que me grite enfadado y se enfrente a mí.

Pero en lugar de rabia y horror, hay diversión y sorpresa en sus ojos.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una hija? —me pregunta, apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta con los brazos cruzados delante del pecho.

—Hannah, cariño, ¿por qué no vas al cuarto de tía Sue a ver si puedes ayudarla a encontrar su bikini?

—De acuerdo —trina Hannah feliz y se gira hacia Shelby— porque hoy vamos a Aqua Park, ¿sabes?

—¿En serio? —responde Shelby asombrado—. Eso suena muy divertido. Eres una chica con suerte, Hannah.

—¿Quieres venir?

—No —exclamo, sobresaltada—. Quiero decir... no... eso... eso no es posible.

De puro horror, casi suelto la toalla, que había olvidado por completo que llevaba puesta.

Me miro y mi horror aumenta.

¡Mierda!

¿Por qué no me he puesto nada?

Hannah ladea la cabeza, asombrada.

—Pero mamá... siempre dices que necesito amigos. Y como Shelby es *tu* amigo, también puede ser *mi* amigo, ¿no?

—Claro que puedo —responde Shelby por mí—. Me encantaría ser tu amigo.

—Entonces, ¿vienes conmigo?

—Cariño... seguro que Shelby tiene otras cosas que hacer hoy. Además, no lleva bañador.

Shelby se rasca la barbilla y mira pensativo de Hannah a mí.

—Dame un momento —dice finalmente y desaparece.

Irritada, doy unos cuantos pasos que me separan de la puerta principal y me asomo.

Mis ojos ven un coche deportivo chulo aparcado en la calle, que parece completamente fuera de lugar en este barrio tan sencillo.

Shelby se acerca a la puerta del copiloto, saca una bolsa y se gira hacia nosotros con una amplia sonrisa.

Suelta la bolsa, la abre y saca un ramo de flores marchitas y hechas jirones, que me entrega radiante.

—Para ti.

Me quedo mirando los restos del gigantesco ramo, sin saber si Shelby me está tomando el pelo.

¿Lo dice en serio?

—Parece que están muertas —dice Hannah, expresando lo que estoy pensando.

—¿Qué? No —replica Shelby indignado—. Sólo están un poco cansadas... por el viaje.

—Creo que te equivocas, Shelby —le dice Hannah en tono paciente para no herir sus sentimientos—. Pero podemos intentar reanimarlas.

—¿Crees que podremos? —pregunta Shelby esperanzado.

Hannah mira dubitativa las flores y puedo ver que está luchando consigo misma. No quiere mentir a Shelby, pero tampoco quiere hacerle daño diciéndole la verdad.

—¿Por qué le regalas flores a mi madre? Su cumpleaños es en mayo.

Ya veo. Mi niña ha decidido cambiar de tema. Muy inteligente. Así no tiene que mentir ni ser hiriente.

Le acaricio los rizos rebeldes con una sonrisa y no puedo ocultar lo orgullosa que me hace su naturaleza compasiva.

—Son de mi hermano Caiden, porque tu madre le ayudó cuando no se encontraba muy bien.

—¿Y tu hermano? —pregunta Hannah con prontitud.

—Hannah... ¿hace falta ser tan entrometida?

—No pasa nada —sonríe Shelby—. Su novia no fue amable con él y eso lo puso triste. Así que tu madre me ayudó a consolarlo.

—¿Está bien ahora?

—Creo que sí.

Hannah asiente satisfecha.

—¿Tu hermano también tiene el pelo rizado?

—No. Definitivamente no es tan guapo y guay como nosotros dos.

—Mamá, ¿has visto que Shelby tiene rizos? Igual que yo.

Mi corazón se detiene de nuevo durante unos latidos y puedo sentir cómo mi cara se vuelve blanca como la cal. Mis manos en los hombros de Hannah se sienten frías cuando las aprieto suavemente.

—Hannah, cariño, ¿quieres llevar las flores a la cocina y luego ayudar a la tía Sue a encontrar su bikini?

—Vale, lo haré. Nos vemos en un rato, Shelby.

Coge torpemente las flores de la mano de Shelby y se marcha tambaleándose con el enorme ramo.

Shelby la sigue con una sonrisa y se gira hacia mí cuando Hannah desaparece en la cocina.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una hija? —repite su pregunta de antes, ahora que estamos solos.

—No me lo preguntaste —me excuso.

—Quizá lo habría hecho si no te hubieras ido tan de repente esta mañana.

—Quería estar en casa antes de que Hannah se despertara.

—¿Así que no te fuiste porque ya te habías cansado de mí?

—Eh... ¿qué?

—Es una pregunta simple, Parks, pero déjame reformularla: ¿Estás harta de mí?

—¿Qué te hace decir eso?

Shelby se encoge de hombros y parece avergonzado. Parece genuinamente preocupado.

—No sé... quizá no te estoy follando y lamiendo a tu satisfacción.

—Ssshhh —le amonesto y me sonrojo—. ¡No tan alto!

Shelby se inclina hacia mí y su aroma a jabón fresco y virilidad picante me llega a la nariz.

—Lo siento, Parks —me susurra al oído—. En realidad pensé que mi polla había hecho un trabajo excelente en tu coño, con lo fuerte y cachondamente que gemías. Pero, por supuesto, podría estar equivocado...

Me ruborizo ante sus sucias burlas y me quedo paralizada cuando me pellizca descaradamente los pezones a través de la toalla.

—¿Te has vuelto loco? Para, por el amor de Dios —siseo con voz quebradiza.

—¿De verdad? Creía que te gustaba que cuidara de tus pechos.

Levanta una ceja y sonrío con seguridad.

Luchando por mantener la compostura, aprieto los labios y miro hacia abajo. Error. Sólo me doy cuenta del ataque cuando ya es demasiado tarde para repelerlo.

Shelby desliza su nariz por mi cuello y empieza a mordisquearme con avidez.

Al instante, la humedad se dispara entre mis muslos y me hundo contra su fuerte pecho, rendida.

—Te pone cachonda, ¿verdad? —murmura entre dos mordiscos juguetones y ríe suavemente.

—¿No vas a dejar pasar a tu invitado y a ponerte algo de ropa, Sienna?

La voz divertida de Sue me hace dar un salto.

Retrocedo apresuradamente dos pasos y me aparto el pelo de la cara sonrojada, avergonzada.

—Susan... esto... él es...

—Shelby Sloane. Lo sé —me rescata—. Soy la hermana mayor.

—¿Ah, sí? He vuelto a tener suerte —bromea Shelby, la inocencia personificada.

—¿Por qué? —pregunta Susan, irritada.

—Porque un hermano mayor probablemente me habría dejado una cabeza más bajo.

—¿Y crees que yo no puedo hacerlo? —Susan resopla despectivamente—. Estás muy equivocado, cariño. Tengo mucha experiencia castrando hombres. Pero por qué no entras y lo hablamos tranquilamente.

—Uhh... eso suena como una amenaza envuelta en una invitación —responde Shelby con fingida preocupación.

—¿Me tienes miedo?

Shelby mira a Susan críticamente y se acerca más a mí.

—¿Sabe tu hermana que estamos... bueno, que tú y yo...? —sisea, haciendo extraños movimientos con las manos que me hacen fruncir el ceño interrogante.

—Lo sabe —sonríe Susan—. Y como es obvio que has hecho tu trabajo satisfaciendo a Sienna, te dejaré las pelotas puestas. Por ahora.

—Gracias —responde Shelby con una sonrisa—. Te lo agradezco.

—Tía Sue, tía Sue...

Hannah sale corriendo de la cocina. Sólo puedo rezar para que no haya oído la conversación que están manteniendo Susan y Shelby.

—¿Encontraste tu bikini?

—Sí, cariño. Así que podemos irnos enseguida.

—¿Puede venir Shelby también?

Una sonrisa diabólica se forma en el rostro de Susan ante la pregunta de Hannah.

—Me encantaría.

—Creo que Shelby tiene mejores cosas que hacer hoy y, además, no lleva nada para nadar — vuelvo a señalar y me complace increíblemente que mis argumentos no puedan ser desestimados.

—Para ser sincero, hace siglos que no voy al Aqua Park. Me encantaría. Y, por suerte, tengo mi bañador conmigo.

Shelby señala la bolsa de la que ha sacado el marchito y maltrecho ramo de flores, que ahora contiene un cementerio de hojas.

Creo reconocer algo parecido a una toalla y unas chanclas debajo.

¡Esto no puede ser verdad!

¿Es algún tipo de elaborada conspiración? Miro a Shelby con escepticismo y luego a Susan.

—Si es así, nada impide que Shelby venga, ¿verdad, Sienna? —dice Susan, exageradamente inocente.

—Bueno, no sé... —protesto débilmente.

—Por favor, mamá... deja que Shelby venga con nosotros. Si no, se pondrá triste. Y tú siempre dices que no hay que excluir a nadie.

Debería replantearme urgentemente la educación de mi hija si no quiero arriesgarme a que su blando corazón se rompa algún día. Está claro que Hannah es demasiado buena y compasiva para este astuto mundo lleno de sinvergüenzas embusteros e hipócritas como Shelby Sloane.

Dicho Shelby Sloane me guiña un ojo alegremente en este momento y parece completamente satisfecho con el resultado de esta discusión.

Bueno, al menos alguien lo está.

CAPÍTULO 20

SHELBY



—VAMOS A IR EN MI COCHE —me informa Sienna mientras entra en la cocina veinte minutos después con un vestido informal de verano, donde Hannah se está sirviendo los cereales a cucharadas y masticando mientras me cuenta sus primeras semanas en el colegio.

—Los deberes son una tontería, ¿verdad? —digo indignado cuando Hannah se queja de que apenas tiene tiempo para jugar porque los profesores le ponen muchos—. Casi nunca los hacía. Connor, un chico de mi clase, era un auténtico empollón y lo convirtió en un modelo de negocio. Cobraba un dólar a quien quisiera copiarle. Una auténtica ganga si tenemos en cuenta que yo podía jugar todo el día a cambio de eso, ¿no?

—¿Eso está permitido? —pregunta Hannah con los ojos muy abiertos.

—No creo que sea un delito a tu edad. Y mientras no te pillen haciendo nada, todo está permitido de todos modos.

A Sienna se le cae la mandíbula al suelo horrorizada y mira desconcertada a Susan, que está preparando bocadillos en el mostrador y se ríe para sí misma sin hacer comentarios.

—No dejes que nadie te diga eso —se une a nuestra conversación—. Es moralmente reproable vender las soluciones a los problemas de los deberes. Y no menos censurable comprárselos a otra persona.

Susan se gira hacia nosotros y cruza los brazos delante del pecho con una sonrisa maliciosa:

—Cuéntanos más, hermanita. Después de todo, *tú* eres una experta en moral y ética, ¿no?

Sienna entrecierra los ojos con rabia y mira furiosa a Susan.

Da la impresión de que está a punto de arremeter contra su hermana, por lo que intervengo heroicamente como amortiguador.

—Bueno, no creo que sea moralmente reproable. Es inteligente. En el mundo actual, ya no ganan los que trabajan *duro*, sino los que trabajan con *inteligencia*.

—¿Has pensado alguna vez que no siempre se trata sólo de ganar, sino también de ser una persona con valores?

¿De qué está hablando? ¿Cuándo no se trata de ganar en la vida? Menuda sarta de tonterías. Y lo que es más, tiene una visión demasiado estrecha de todo esto.

—Sin querer alterar tu visión del mundo, Parks, pero puedes comprar o vender deberes y seguir teniendo valores. El mundo es principalmente una zona gris que cambia constantemente dependiendo de lo que a la hipócrita sociedad de colgados en la que vivimos le moleste artificialmente.

—Oh... un crítico social satírico —se burla Susan—. Eso es todo lo que necesitamos en esta

familia. Ahora estamos completos.

—¿Qué es un... un *crítico social satírico*? —quiere saber Hannah con el ceño fruncido.

Sienna suspira abatida.

—Te lo explicaré en otro momento, cariño. Cuando termines de comer, lávate los dientes y nos vamos.

Hannah empuja su silla hacia atrás y sale corriendo, soltando una sonora carcajada.

La perspectiva de un día en el parque acuático la mantiene feliz y riendo.

Sólo hace media hora que la conozco, pero ya me tiene cogida por los pelos con su simpatía y su alegría.

—Un consejo estúpido más y no irás a Aqua Park —me advierte Sienna en cuanto Hannah desaparece.

Suelto una risita divertida y me llevo las manos a la cabeza.

—¿Entonces estaré castigado? ¿O me castigarás por mi comportamiento indecoroso? Podrías hacer las dos cosas. Enciérrame en tu habitación y luego castígame por mi desobediencia.

—No te burles siempre de todo —dice Sienna entre dientes apretados, porque secretamente tiene que reírse de mi indestructible sentido del humor. Puedo verlo en su cara.

—No es ridículo querer que me azotes y lamer tus botas de charol, ¿verdad, Parks? Si después puedo lamer otras partes de ti, todo está perdonado.

—Shelby... —Sienna sisea y se pone roja como un tomate.

Susan se pasa la mano por la boca, resoplando.

—¿Te da vergüenza hablar de S. E. X. O. delante de tu hermana?

—No. No me da vergüenza. Pero no quiero que Hannah se entere.

—Es un buen punto. Deberíamos introducir una palabra clave para ello. ¿Qué te parece...? —miro alrededor de la cocina y mi mirada se posa en un cuadro enmarcado de girasoles amarillos —. ¿Recoger flores?

—¿*Recoger flores*? —repite Sienna incrédula.

—Sí. Me encantaría recoger flores contigo...

—Sé lo que significa. Pero me temo que con tu vocabulario sexual, er... florido, tendremos que inventar un lenguaje completamente nuevo para abarcar todos tus comentarios y censurarlos en consecuencia.

—¿Puedo suponer que sólo te tomarás la molestia de aprender una nueva lengua extranjera porque me quieres en tu vida en el futuro? —me burlo de ella, observándola al acecho.

—¿Qué pasa con Hannah? —quiere saber Sienna.

—¿Qué pasa con ella?

—Es la persona más importante de mi vida.

—¿De acuerdo?

—Soy madre...

—Eso no se me ha escapado.

—Lo que mi hermana quiera decir —Susan toma la palabra y pasa el brazo por los hombros de Sienna guiñándole un ojo— ¿De verdad quieres liarte con una madre soltera? ¿No te molesta que tenga una hija?

—¿Debería molestarme? —pregunto sin comprender—. Simplemente pasa cuando estás... recogiendo flores.

—¿En serio? ¿Hablas por experiencia?

—Susan —grita Sienna en tono de reproche y se pone pálida. La sangre se le está yendo de la cara hoy.

¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

—Hasta ahora, ninguna de mis abejas ha polinizado las flores que he recogido. Al menos no que yo sepa. Porque cada tiro que hago es en realidad un acierto. Dentro y fuera del campo.

Se suponía que era una broma, pero Sienna me mira como si fuera la muerte en persona.

—Desde luego no te falta confianza en ti mismo. Eso me parece muy sexy en un hombre —responde Susan con aprobación.

—En ese caso, quizá podríamos ir los tres juntos a recoger flores —bromeo, sabiendo perfectamente que Susan sólo se está burlando de su hermana.

Pero es evidente que Susan y yo lo estamos llevando demasiado lejos, porque Sienna no se ríe, sino que se pone cada vez más pálida.

—Venga, Parks, no seas rancia. Sólo te estamos tomando el pelo —digo en tono conciliador y agarro la mano de Sienna—. Toma asiento. Te traeré un vaso de agua. Hoy estás muy pálida. ¿Es culpa mía? ¿Te saqué demasiado de recoger flores anoche?

—Estoy un poco cansada. Eso es todo —responde Sienna con evasivas, e intuyo que me oculta algo. Pero no sé qué.

No llego a investigarlo porque en cuanto Sienna se termina el vaso de agua fría, Hannah entra como un torbellino en la cocina y me insta a marcharme.

Cojo mi bolsa de natación, que siempre llevo conmigo a la piscina *Armadillo*, y me dirijo a mi Porsche como si nada.

—Hola, ricitos —me dice Susan—. ¿Qué te parece? ¿Conduces tú y nos amontonamos las tres en el asiento del copiloto? ¿O nos metes a dos en el maletero?

Miro del fresco biplaza a las tres señoritas con gafas de sol, sombreros y vestidos de flores y me doy cuenta de mi error.

Lo estúpido es que... no tengo un coche de más de dos plazas.

—Como acabo de decir, vamos en mi coche —interrumpe Sienna mis cavilaciones y señala el vetusto coche de segunda mano de su entrada.

—¿Qué, vas a conducir eso? ¿Está siquiera en condiciones de circular?

—Al menos lo estaba hasta ayer —responde Sienna sin dudarle y abre el coche metiendo la llave en la cerradura y girándola.

¡Vaya!

Un coche sin cerradura de contacto automática. Creía que los habían desguazado todos hace tiempo... salvo los coches clásicos de lujo, claro. Este aburrido espécimen ciertamente no es uno de ellos.

—Me sentaré con Hannah. Tú puedes sentarte adelante —me informa Susan y se mete detrás con Hannah.

Me acerco al lado del conductor y Sienna me mira irritada.

—¿Me vas a sujetar la puerta?

—Eh... ¿no? Yo quería conducir.

—Olvídalo. Yo conduzco. Si te has comprado los deberes, seguro que también te has comprado el carnet de conducir.

—Muy gracioso, Parks.

Me guiña un ojo y se desliza en el asiento del conductor.

El aire fresco parece sentarle bien, porque no hay rastro de su nerviosismo.

Doy la vuelta al adefesio de coche con un suspiro y subo, frunciendo el ceño.

—Si alguien me ve en este coche, mi reputación quedará arruinada para siempre —murmuro, y me quedo paralizado cuando Sienna enciende la radio del coche y suena el tema principal de

Barbie, que Hannah y Susan cantan a gritos y desafinando.

—Barbie salva el reino de las mariposas rosas —dice el narrador en tono serio, como si se tratara de la autobiografía de un veterano de guerra—. Capítulo 1...

Horrorizado, miro a Sienna, que sonrío ampliamente y mete la marcha atrás.

¿En qué me he metido?

CAPÍTULO 21

SIENNA



—MÍRALOS... ¿quién es el niño ahora, eh? —ríe Susan, con las gafas de sol bajadas sobre la nariz, mientras observa cómo Hannah y Shelby se hacen un lío en la piscina.

Shelby hace de tiburón depredador y Hannah de sirena que intenta escapar de sus garras.

Se me encoge el corazón cuando la oigo chillar tan emocionada mientras Shelby la persigue por el agua y amenaza con comérsela.

Los dos son divertidísimos y sólo salen del agua para comer y beber agua.

—¿No quieres entrar en calor, ratoncita? Ya estás congelada —le digo ansiosa cuando viene corriendo hacia mí con su bañador rosa de Barbie, riéndose mientras mira a su alrededor en busca de Shelby, que le pisa los talones.

—No hay tiempo. Tengo que seguir. Si no, me comerá el tiburón blanco —chilla y le da un rápido mordisco a su bocadillo.

Luego se va. Y Shelby con ella.

Dos minutos después, los dos reaparecen en el tobogán de aventuras, donde se zambullen en el agua gritando durísimo.

—No pensaba que Shelby fuera tan hábil con los niños —murmuro pensativa.

—Eso es porque él también lo es —comenta Susan secamente—. Te digo que se divierte más que Hannah.

—No sé cómo puede tener tanta energía... sobre todo después de lo de anoche. Me duele todo...

Susan silba apreciativamente.

—Cuéntame más, hermana.

Apoya la barbilla en la palma de la mano y se inclina hacia mí con una sonrisa.

—No hay mucho que contar que te concierna. Excepto que recogimos muchas flores, y con mucho éxito.

—¿Así que eran flores preciosas?

—Sí —resoplo—, eran jodidamente increíbles.

Susan se ríe a carcajadas y yo me tapo la boca con la mano.

Sacudo la cabeza y miro hacia abajo.

—Lo siento. Se me ha escapado.

—¡Oh, no! Me encanta cuando sale la antigua Sienna de vez en cuando. A la que no le importaba una mierda cómo se expresaba o lo que decía.

—No tenía en ese entonces una hija que repetía todo como un loro y hacía preguntas

incómodas —le recuerdo.

—Hablando de preguntas, ¿has pensado qué dirás cuando Shelby te pregunte por el padre de Hannah? Las dos sabemos que eso va a pasar tarde o temprano, ahora que sabe que tienes una hija.

Me echo el pelo hacia atrás con un suspiro y me encojo de hombros. —¿Sinceramente? No tengo ni idea. Si le digo que él es su padre, probablemente ni siquiera me creerá. Estará convencido de que le estoy tomando el pelo. Ya le conoces. Para él, el mundo es una broma.

—De todos modos, ahora sabemos que él y Hannah se llevan muy bien. Mil veces mejor que Ben, que huyó al ver a Hannah.

Sonríó al recordar a mi amigo de la infancia, al que no le hizo ninguna gracia enterarse de que era mamá.

—Aun así, no fue buena idea invitar a Shelby a venir hoy con nosotros.

—¿Por qué no? Está claro que le importas. Si no, no se habría presentado en tu casa a la mañana siguiente para preguntarte por qué te habías ido sin decir nada. Y de todos modos, ¿cómo consiguió tu dirección? ¿Y qué pasa con ese ramo de flores torturadas?

La comisura de mis labios se tuerce divertida cuando la imagen del ramo desgarrado aparece en mi mente.

—Es una historia larga. ¿De verdad crees que soy algo más para él que un rollo de una noche?

—Eso es un hecho. Ya te has convertido en un rollo de una noche y un día. Aún puedes mejorar.

—Ja, ja —hago una mueca y golpeo a Susan en el costado—. Hoy vuelves a estar especialmente graciosa.

—Debe ser por Shelby. Su humor es contagioso. Hablando del diablo...

Giro la cabeza y veo a Shelby y Hannah viniendo hacia nosotras con un helado gigante en la mano.

—Eso les habrá costado una fortuna —me maravillo y enseguida me invade un remordimiento de conciencia—. Te lo devolveré, ¿vale?

Shelby me mira como si estuviera fuera de mí.

—Puedo permitirme el helado para mis amigas y para mí con mi miseria de salario de jugador profesional de hockey de las grandes ligas, Parks. Y no te preocupes, no tengo que dormir en la calle a pesar de este drástico gasto. Mis ahorros alcanzan incluso para un helado para Susan y para ti. ¿Te interesa?

—¡Oh, sí! —Susan salta entusiasmada y, obviamente, no tiene ningún problema en vivir a costa de Shelby.

—¿Cuánto cuesta un helado así? —pregunto de mala gana.

—Ni idea. Lo paga la pulsera. Es mágico. Igual que tu... um... fragante flor.

Señala la pulsera que llevamos cada uno, que sirve para abrir la taquilla y hacer pedidos, que luego pagas al salir del Aqua Park.

—Creo que paso —digo, porque no me atrevo a disfrutar a costa de Shelby.

—En ese caso, eres bienvenida a comer del mío —dice Shelby imperturbable y me pone el helado delante de las narices—. Toma, prueba.

Dudo, pero Hannah me anima.

—Vamos, mamá. Está delicioso. Tienes que probarlo.

—De acuerdo —murmuro y saco la lengua.

Los ojos de Shelby se oscurecen mientras lamo el helado y sé exactamente lo que está

pensando.

Me lo susurró al oído cuando entramos en el Aqua Park, justo antes de cambiarnos en las cabañas.

Rápidamente me deshago de la idea de hacerle una mamada secreta a Shelby y me concentro en la explosión de sabor en mi boca.

—¿Y? —quiere saber Shelby expectante.

—Delicioso.

—¿Así que te vas a comprar tu propio helado después de todo?

Le guiña un ojo cómplice a Hannah, que suelta una risita feliz.

—Muy bien, monstruos. Vosotros ganáis.



El monstruo marino, también conocido como el Gran Tiburón Blanco, y la sirena rosa con el traje de baño de Barbie están tan chatos y azucarados que ambos se quedan dormidos en el camino de vuelta a casa y sólo vuelven en sí cuando aparco delante de nuestra entrada.

Quiero entrar en el parking, pero ya hay un coche.

El coche de Ben, para ser exactos.

—Susan murmura desde el asiento trasero y se inclina hacia delante con curiosidad.

Shelby abre los ojos, parpadeando, y refunfuña contrariado.

—¿Le has invitado tú?

—No —respondo con sinceridad.

—¿Entonces por qué está delante de tu puerta con una botella de vino y aparcando en tu entrada como si fuera el dueño de la puta casa?

—Elección de palabras, Shelby —siseo.

—Me importa una mierda elegir las palabras —me responde, abriendo la puerta con fuerza.

Con los hombros tensos, se dirige hacia Ben, que se sobresalta al ver a Shelby.

—Quédate aquí con Hannah, por favor —le susurro a Susan, que también está a punto de salir del coche—. Yo me encargo.

—Pues entonces, buena suerte metiéndote en la boca del lobo —resopla Susan, medio divertida, medio preocupada—. Asegúrate de que no se destrozan entre ellos.

—Haré lo que pueda —murmuro y salgo del coche.

—¿Qué haces aquí? —oigo decir a Ben con poco entusiasmo.

—Podría preguntarte lo mismo. Sienna dice que no teníais una cita. Entonces, ¿qué haces aquí?

—No es asunto tuyo —sisea Ben.

—Claro que es asunto mío. Será mejor que cojas tus flacas piernas, te sientes en tu coche mal aparcado y te vayas de aquí.

—¿O qué?

—Si no, no tendrás piernas en el futuro. Al menos no funcionales —gruñe enfadado Shelby.

Normalmente sólo lo conozco como un bromista divertido que no se toma nada, especialmente a sí mismo, demasiado en serio.

El hecho de que se muestre tan hostil y amenazador con Ben es completamente nuevo.

Da miedo, pero también es... sexy.

—Vale, chicos, paren ahí. —Me interpongo entre los dos antes de que la situación se agrave y apoyo mis brazos contra su pecho—. Ben, me alegro de que hayas venido a vernos pero el momento no es el mejor. Hemos estado fuera todo el día y mañana hay colegio. Tengo que acostar a Hannah ahora y luego me iré a dormir porque mañana tengo que madrugar en la cafetería.

—Y porque está totalmente agotada por lo de anoche —comenta Shelby cínicamente— que pasó *conmigo*, por cierto. Desnuda. Sudando. Y gimiendo mi nombre.

Ben me mira sorprendido.

—¿Es eso cierto? ¿Te estás acostando con este... con este... gamberro del hielo?

—Vaya. Qué original. Gamberro del hielo. Nadie me había llamado así antes. ¿Es lo mejor que se te ocurre, debilucho? —contesta Shelby, con voz sarcástica.

—Shelby. Ya basta —le digo enérgicamente—. Quiero que te vayas ya, ¿vale?

Shelby me mira atónitao.

—¿*Quieres* que me vaya? ¿*Yo*?

—Quiero que os vayáis los dos. No quiero que mi hija sea testigo de una paliza sin sentido. Y tampoco violencia verbal. Váyanse y avergüéncense de su comportamiento inmaduro. Y no volváis hasta que os hayáis arreglado.

Con estas palabras, doy media vuelta, vuelvo al coche y cojo en brazos a Hannah, que aún tiene mucho sueño y probablemente no vuelva en sí hoy.

Sin dedicarles una segunda mirada, entro en la casa y dejo que Susan traiga nuestras maletas y le entregue la suya a Shelby.

A su debido tiempo, tengo que darle las gracias a Shelby por lo de hoy. Por cuidar de Hannah con tanta naturalidad y pasar el día con nosotros. Y por invitarnos no sólo a un helado, sino también a patatas fritas y cola.

Ahora mismo estoy demasiado dividida entre la emoción y la rabia como para volver a enfrentarme a Shelby.

Así que lo dejaré para otro día.

CAPÍTULO 22

SHELBY



—TÍO, qué hambre tengo —exclamo al entrar en *Green Heaven* con Caiden, Ruby y su peor mitad, Chase, a primera hora de la tarde.

Llevo en el estadio desde las siete y media, donde el monitor de fitness nos ha torturado durante dos horas en el gimnasio antes de completar una sesión de tres horas sobre el hielo.

Afortunadamente, el resto del día lo tenemos libre, por lo que Caiden y yo decidimos almorzar en *Green Heaven*.

Nos topamos con Ruby y Chase en el aparcamiento del estadio, que se unen espontáneamente a nosotros.

Busco sigilosamente a Sienna, pero no la veo por ninguna parte.

No la he visto ni he hablado con ella desde que fuimos juntos al Aqua Park. Eso fue hace tres días.

Cuando vine a *Green Heaven* anteayer, me dijeron que era su día libre y que no podría venir ayer por la revisión médica anual.

Esa molesta mierda siempre lleva todo el día.

Así que esperaba volver a verla por fin hoy.

Pero nada.

Estoy decepcionado, aunque sé que la veré el viernes por la mañana por. Es cuando volamos a Washington State para un partido fuera de casa.

Tomamos asiento en una mesa en un rincón tranquilo al fondo de la pequeña cafetería y Daisy no tarda ni dos minutos en acercarse a nosotros.

—Hola chicos, ¿qué os pongo? —nos saluda con su aire desenfadado y sin pretensiones.

El Presidente de los Estados Unidos podría estar sentado aquí en lugar de nosotros cuatro. Daisy también le daría la bienvenida con un relajado: “*Jo, qué tal, Sr. P*”.

Pedimos y, cuando Daisy se dirige a la mesa de al lado, yo finjo que tengo que ir al baño. En lugar de eso, sigo a Daisy discretamente y la intercepto justo fuera de la cocina.

—Creía que Sienna tenía el día libre anteayer. ¿También tiene el día libre hoy?

Daisy entrecierra los ojos y me escruta por las finas líneas que quedan.

—Parece que Sienna Parks te interesa mucho, cariño.

—Tú deberías entenderlo mejor que nadie, ¿no? —le guiño un ojo—. Después de todo, al igual que yo, aprecias a una mujer hermosa.

—La aprecio. Pero yo lo haría diez veces mejor que tú —responde Daisy con desdén.

Me río divertido y no puedo evitar que Daisy me caiga bien a pesar de su ataque verbal

contra mí.

—Es muy mona y sin duda demasiado buena para ti. ¿No preferirías buscar algo un poco menos humilde?

—Ahora suenas como mi hermana —me río entre dientes—. ¿Vas a acosar aún más a tu cliente habitual más fiel o vas a decirme por dónde anda hoy la mujer con más clase que he conocido?

—No vas a aflojar, ¿verdad?

Sacudo la cabeza con una sonrisa.

—No, lo siento. Ni hablar.

—De acuerdo, entonces. Su hija está enferma. Por eso no vino hoy.

—¿Hannah está enferma? —pregunto ansioso—. ¿Qué le pasa?

Daisy se encoge de hombros.

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que la tienda está llena y me falta una camarera. Así que si no quieres esperar a que cierren para comer, te sugiero que me dejes irme ahora.

Le hago un gesto con la cabeza y desaparece en la cocina para hacer nuestros pedidos.

Vuelvo pensativo a nuestra mesa y sólo escucho a medias la animada conversación que allí se desarrolla.

Intento participar y disfrutar del tiempo con mi familia y mi molesto cuñado pero en realidad no puedo conseguirlo. Ni siquiera cuando sirven la comida, que está deliciosa como siempre. Después de unos bocados, aparto el tenedor y empujo la silla hacia atrás.

—¿Le pasa algo a la comida? —pregunta Ruby, mirando con escepticismo mi plato.

No. No le pasa nada a la comida. Acabo de recordar que tengo otra cita a la que llegaré tarde si no me voy enseguida.

—¿Y qué clase de cita es esa? —pregunta Ruby—. ¿Una cita con dos piernas delgadas y una falda corta?

—¿Tan aburrida es tu propia vida que tienes que hurgar en la de los demás, o cuál es tu problema, hermanita? —le replico, sacando la cartera.

—Déjalo y piérdete —dice Caiden—. Esta la pago yo.

—Gracias, tío.

Le doy una palmada en el hombro, levanto la mano en señal de saludo y salgo por la puerta al momento.



—Shelby... hola... ¿qué te trae por aquí?

Los ojos de Sienna se abren en señal de sorpresa cuando me abre la puerta principal.

—He oído que a Hannah no le va muy bien.

—¿Cómo lo sabes? Estabas en el café, ¿no?

—Sí. Para verte. Dos veces ya. Pero no estabas. Así que pregunté por ti y Daisy me dijo que no habías podido hacer tu turno porque Hannah estaba enferma.

—Sí, así es. Dice que le duele la cabeza y el estómago. Le tomé la temperatura, pero no hay nada. Ni siquiera una temperatura alta. Aun así, parece deprimida y se niega a levantarse.

—¿Quieres consultar a un médico? Conozco a algunas personas a las que podría llamar...

—No —se apresura a decir ella—. Gracias, pero no es necesario. No tienes por qué molestarte por nosotras.

—Pero, ¿y si es culpa mía? ¿Y si está enferma porque pasamos tanto tiempo en el agua el fin de semana?

Sienna niega con la cabeza.

—Estoy segura de que no es eso.

—¿Estás segura?

—Sí, sin duda. Está pasando algo más. Pero no sé qué. Siempre pasa con los niños... hay que darles tiempo para que se comuniquen. Eso requiere paciencia. Con el tiempo me dirá algo, pero hasta que lo haga, no quiero presionarla.

—¿Así que crees que podría no estar enferma? —pregunto sorprendido—. ¿Lo he entendido bien?

—No lo sé. Sólo tengo la sensación...

—¿Una sensación?

—Instinto maternal... difícil de expresar con palabras.

—Ya veo —murmuro, aunque no lo entiendo. ¿Qué sé yo de instintos maternos?

—Solo espero que no me tiren del trabajo en la cafetería porque he sido poco fiable desde que empecé allí.

Sienna frunce el ceño y se muerde nerviosamente el labio inferior, como si estuviera simulando este escenario exacto en su mente.

—Podría hablar con Daisy —sugiero.

—Eso está bien, pero no quiero. Tengo que solucionar esto yo sola.

—De acuerdo, entonces. Otra sugerencia: tú vete a trabajar y yo cuidaré de Hannah mientras tanto.

Sienna me mira con incredulidad.

—Pero eso no es posible...

—¿Y por qué no? Tengo el resto del día libre y nada planeado. Además, Hannah me cae bien y yo a ella así que no hay nada que me impida hacerle compañía un rato. Y si surge algo, te llamaré.

—No puedo pedirte que hagas eso, Shelby.

—Sí que puedes —replico—. Considéralo una disculpa por comportarme como un idiota el otro día.

Una pequeña sonrisa se dibuja en el bonito rostro de Sienna.

—¿Te refieres a cuando amenazaste con romperle las piernas a Ben?

Me paso las manos por el pelo avergonzado e intento parecer arrepentido.

—¿Qué puedo decir? Soy un jugador de hockey sobre hielo... amenazas como esa son como... bueno... pequeñas charlas para nosotros supongo.

—Vaya. Si eso es una charla trivial, no quiero saber lo que decís cuando os ponéis manos a la obra.

—Nena, la otra noche fuiste testigo directo de lo que digo cuando me pongo a hablar —le contesto en un susurro burlón y le guiño un ojo.

—Sobre el hielo, idiota. No... —se queda callada.

—¿En el sofá? ¿Recogiendo flores?

Sienna se chupa el labio inferior, con las mejillas sonrojadas, y emite un sonido de aprobación.

Qué mona. Ahora no hay tiempo para eso. Por desgracia.

—Definitivamente deberíamos continuar esta conversación. Más tarde. Te sugiero que te vayas ahora y yo cuidaré de Hannah, como dijimos, hasta que vuelvas.

—Le preguntaré si le parece bien —admite Sienna derrotada.

—Iré contigo.

Abre la puerta y la sigo al interior de la casa.

Hannah está envuelta en una manta de lana en el sofá del salón. Está viendo la tele y parece bastante triste.

—Hola, ratoncita, mira quién está aquí —dice Sienna en tono cariñoso y le acaricia los rizos.

Hannah levanta la cabeza y, cuando me ve, empieza a sonreír.

—¡Shelby!

—Hola, Barbie Girl. He oído que hoy no te encuentras muy bien, ¿eh? ¿Te apetece pasar un rato conmigo?

—¿Sí? —murmura Hannah.

—Shelby cree que estaría bien para ti que él se quedara aquí contigo y yo me fuera a trabajar. ¿Qué te parece? ¿Te parecería bien?

Hannah asiente con entusiasmo.

—Claro. Podemos peinarnos y pintarnos las uñas mutuamente.

—Eh... ¿qué? —tartamudeo—. Nunca he hecho algo así antes...

—No te preocupes. Te enseñaré. Es muy fácil —me asegura Hannah y salta del sofá—. Ahora vuelvo.

Sienna la mira con escepticismo.

—Supongo que eso se llama cura milagrosa.

—¿No le gusta ir al colegio, o por qué crees que está fingiendo una enfermedad?

Sienna se encoge de hombros y me mira, perpleja.

—En realidad, le gusta la escuela. Y nunca la había visto comportarse así... la verdad es que no sé qué le pasa.

—Voy a ver si lo averiguo. Ahora vete. Si no, igual pierdes el curro.

Sienna se queda indecisa por un momento, luego me abraza, pero me suelta demasiado rápido para mi gusto.

—Gracias. Hasta luego. Y si hay algo...

—Estaré en contacto. Te lo prometo. Hasta luego, Parks.



Me siento en el sofá y dejo a regañadientes que Hannah me peine mientras vemos un DVD de, como no podía ser de otra manera, Barbie.

Tanto rosa me sienta mal y empiezo a sentir que *me* voy a enfermar, mientras que Hannah parece estar en plena forma.

—¿Puedo ponerte un cordoncito rosa en el pelo? —me pregunta pasándome el peine por los rizos.

¡Cielos!

En comparación, una pelea sobre el hielo es un juego de niños.

—El rosa no es mi color. ¿Qué más me ofreces? —le digo entre dientes apretados.

—Rosado.

Estupendo.

—¿Prefieres rosa? Es más sutil. A veces menos es más, dice mi madre.

—Bueno... yo soy más del tipo de persona que más es más, pero en este caso me pondré del lado de tu madre y optaré por lo sutil.

—Puedo pintarte las uñas a juego si quieres —sugiere Hannah con entusiasmo.

—¿Y si te pinto las uñas yo a tí de rosa? —intento salvarme.

—Prefiero rosado.

—Rosado entonces. No hay problema.

—¿Has hecho algo así alguna vez? —pregunta Hannah con escepticismo—. Quizá debería enseñarte cómo se hace primero.

—No es necesario. No puede ser tan difícil.

Al menos eso espero.

Hannah salta del sofá, sale corriendo descalza y vuelve poco después con un espejo.

—Mira —dice orgullosa—. ¿Te gusta?

Miro atónito al espejo y me niego a creer que el payaso que me devuelve la mirada sea yo.

Llevo el pelo recogido en coletas rosas y parezco un cruce entre una cantante de reggae drogada y una flor hippie de los años sesenta.

Si alguien me ve así, estoy jodido. Entonces no debo volver a mostrar mi cara sobre el hielo.

Oh, qué estoy diciendo ... entonces nunca se me permitirá mostrar mi cara *en ningún lugar* de nuevo.

Seré la versión masculina de Rapunzel, sólo que sin ninguna esperanza de rescate.

—Me parece... —me aclaro la garganta y sonrío a Hannah como si hubiera mordido un limón.

—Genial, ¿verdad? —Hannah suelta una risita y yo no tengo valor para decirle la verdad.

—Sí, genial —digo débilmente—. Realmente genial.

Hannah parece satisfecha con mi respuesta y sale corriendo de nuevo. Tengo un mal presentimiento cuando vuelve con los frascos de pintura de uñas.

Cojo los frascos y los inspecciono críticamente mientras Hannah extiende papel de cocina sobre la mesita y coloca las manos encima.

—Por favor, no pases el pincel por los bordes —me advierte mirándome expectante.

—No paso por encima de los bordes. De acuerdo —murmuro y respiro hondo.

Abro la botella rosa, pero enseguida me reprende.

—Primero tienes que agitarlo, Shelby.

—Agitarlo. Sí, claro. Lo sé —digo con confianza y lo intento por segunda vez.

Si pensaba que era un reto lanzar un disco a través de las piernas doblemente acolchadas de un portero fornido, ahora creo que es una broma comparado con la habilidad que se necesita para pintar las diminutas uñas de un niño de seis años sin tocar los bordes.

—Desde luego tienes talento, Shelby —dice Hannah mientras inspecciona críticamente su mano derecha—. Con un poco de práctica, podrías trabajar en un salón de manicura.

Suelto una carcajada, lo que me vale una mirada irritada de Hannah.

—¿No te gustaría trabajar en un salón de manicura?

—Bueno... um... no sé. Nunca he estado en uno. ¿Cómo son?

—Genial —exclama Hannah soñadoramente—. Eso creo, al menos.

—¿Eso crees?

Se muerde el labio inferior, como hace su madre cuando está pensando en algo.

—Bueno... nunca he ido a una. Mi madre cree que soy demasiado pequeña para eso. Además, no tengo suficiente dinero, pero cuando sea mayor, me convertiré en princesa o abriré mi propio salón de manicura.

—Me parece un plan estupendo —respondo con seriedad, casi riéndome por dentro.

La chica es realmente graciosísima.

—Dime, ¿te das cuenta de que necesitas el graduado escolar para convertirte en princesa o en dueña de un salón de manicura, verdad?

—¿Tú crees? —pregunta Hannah, arrugando el entrecejo infantil.

—La verdad es que estoy seguro. Así que si no vas a la escuela, como hoy, no podrás convertirte en princesa. Y también puedes olvidarte de tu salón de uñas.

—Mañana vuelvo a la escuela. Hoy me quedo en casa.

—¿Porque estás enferma? —pregunto con cautela.

Hannah hace una pausa y de repente vuelve a parecer muy triste.

—En realidad no estoy enferma, Shelby. Sólo estoy triste.

—¿Y por qué estás triste?

Intento mantener un tono amable, pero si consigo ponerle las manos encima al tipo que ha puesto triste a Hannah, le va a ir mal.

—La señora Jones, la profesora de mi clase, quería que hoy todos dijeran algo sobre su padre: a qué se dedica y qué aficiones tiene. Pero yo... yo no tengo padre.

Una lágrima rueda por la mejilla de Hannah y me sorprende tanto su declaración que me quedo sin palabras por un momento.

Suspiro suavemente, me inclino hacia ella y la subo a mi regazo.

—Todo el mundo tiene un padre, cariño. ¿Quién dice que tú no tienes uno?

—Mi madre dice que se fue cuando yo era muy pequeña y que no lo necesitamos para formar una familia. Pero todos los de mi clase tienen padre. Sólo yo no tengo uno.

—¿Y ahora te preocupa que los demás se rían o hablen mal de ti?

Hannah asiente, lloriqueando.

Acaricio sus gruesos rizos de ángel pensativo y pienso en cómo puedo consolarla. Entonces mis ojos se posan en uno de los DVD de James Bond que hay en el armario de las películas y tengo un destello de inspiración.

No se debe mentir a los niños, pero en este caso creo que una mentira es más útil que la verdad, que, por cierto, ni siquiera conozco.

—Sabes, Hannah, creo que tu padre es un agente secreto que está ocupado salvando el mundo. Por eso no puede venir a visitarte tan a menudo como le gustaría.

—¿Como Spiderman?

—Exacto —sonríe en señal de acuerdo—. Igual que Spiderman. O Batman. O Superman. O... James Bond.

—Entonces sería un superhéroe —piensa Hannah en voz alta y parece gustarle la idea.

—Totalmente de acuerdo. Y como hay tantos villanos en el mundo, tu padre siempre está de servicio. Por eso no puede estar contigo. Pero eso no significa que no te quiera. Porque estoy convencido de que sí.

—¿Pero entonces por qué nunca me visita?

—Estoy seguro de que lo hace. Probablemente lo hace por la noche, cuando todos los malos están dormidos. Y como tú también duermes, no puedes verle.

Hannah parece satisfecha con esta explicación, porque su alegre sonrisa vuelve a su delicado rostro y las lágrimas de hace un momento se secan.

Al menos para ella, porque el dolor de su alma resuena en mí y me entristece, aunque no lo deje ver.

La conversación con Hannah no me abandona en las horas siguientes y, al cabo de un rato, siento cómo la tristeza de mi interior es sustituida por la rabia.

¿Qué clase de imbécil es el padre de Hannah que no está interesado en ella? ¿Que no quiere formar parte de su vida?

La única excusa que le daré a ese imbécil es que está muerto.

Cualquier otra cosa es inaceptable.

CAPÍTULO 23

SIENNA



—YA HE VUELTO —grito mientras abro la puerta y tiro las llaves en el cuenco de la entrada.

—Estamos en el salón —responde Hannah, y su voz no tiene nada de enfermiza o preocupante.

Al contrario. Suena en forma y animada.

—¿Y bien, vosotros dos? —la saludo y me quedo helada cuando veo a Shelby sentado en el sofá con el pelo recogido en coletas y pasadores rosas, envuelto en una manta rosa de Barbie.

Hannah está sentada a su lado y, al igual que Shelby, mira hipnotizada la pantalla del televisor.

—¿Cómo estás, cariño? —le pregunto y me acerco al sofá.

Hannah no contesta. Ni siquiera sé si me ha oído.

—¿Hannah?

—Sssssshhh —dice Shelby—. Estamos viendo Barbie en la Isla de los Animales y es muy emocionante porque han capturado a Sina, la tortuga, y Barbie quiere liberarla con la ayuda de Emil, el oso polar, y Pippa, el pingüino.

—Has visto ese episodio cientos de veces, Hannah —suspiro y me llevo la comida que he traído de la cafetería a la cocina.

—Pero Shelby todavía no la conoce —grita Hannah, tirándose del edredón sobre la cabeza mientras Barbie y su equipo son sorprendidos intentando ayudar a la tortuga Sina a volver a la libertad.

—Hola, cariño —dice la alegre voz de Susan cuando entra por la puerta un poco más tarde—. ¿Cómo está la ratoncita enferma? ¿Sigue viva?

Hago un gesto con la cabeza hacia el salón y Susan levanta las cejas significativamente al ver a Shelby.

—El rosa te sienta bien, chico del hockey —le saluda y le tira de las coletas.

—No es rosa, es rosado —la corrige él— el rosa es más sutil.

—¿Desde cuándo te gusta lo sutil? —le pregunta Susan.

—A veces menos es más, me han dicho.

Susan resopla divertida.

—¿Ah, sí? Creía que un tipo como tú quería destacar.

—¿Acaso no lo hago? Tengo el pelo más sexy de esta casa. Sólo estás celosa.

—Así va a ser —ríe Susan—. Oye, ¿quieres que te haga una foto de tu peinado tan sexy para que lo cuelgues en las redes sociales?

—No lo hagas. Si no, todo el mundo copiará mi estilo único.

—Seguro que lo harán —Susan suelta una risita divertida y se une a mí en la cocina.

—Parece que Hannah vuelve a estar sana —murmura en voz tan baja que solo yo puedo oírla.

—Creo que nunca estuvo enferma.

—Hm, ¿entonces por qué no quería ir al colegio?

—No lo sé. Shelby dijo que está tratando de averiguarlo pero ahora mismo está demasiado liado con Barbie en la Isla de los Animales para hablar conmigo.

Susan suelta una risita divertida.

—Sugerencia: yo ayudo a Hannah a lavarse y secarse el pelo, mientras tú preparas la cena y hablas con Shelby.

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo.

Poco después, rescatan a los animales y se acaba la película.

Mando a Hannah a lavarse el pelo con Susan y a recoger el desorden del salón.

—¿Te has pintado las uñas? —pregunto sorprendida.

—Se las pinté a *Hannah*. Se llama técnica de interrogatorio táctico para niños.

—¿En serio? ¿Y sirvió de algo tu técnica de interrogatorio táctico?

—Se podría decir que sí —responde Shelby y se pone serio.

Me tenso de inmediato. ¿Por qué está tan serio de repente? ¿Le ha pasado algo a Hannah en el colegio? ¿Fue acosada? ¿La acosaron? ¿O incluso... abusaron de ella?

Siento un escalofrío que me recorre la espalda y me pongo pálida.

—¿Qué pasa con ella? ¿Qué te dijo?

—Respira, Parks. Respira —me tranquiliza Shelby y me lleva al sofá, donde se sienta a mi lado—. Hoy han tenido una ronda de presentaciones en el colegio. Todos tenían que hablar de su padre: qué hace y cómo es. Hannah no quería ir al colegio porque cree que no tiene padre. Estaba avergonzada.

Me quedo helada y siento que un puño frío me aprieta el corazón.

Mierda.

—¿Qué pasa con su padre, Sienna? Dice que le dijiste que se fue hace mucho tiempo y que no lo necesitabas para formar una familia. Eso obviamente le molesta porque todos los demás de su clase tienen padre.

—Es... —me interrumpo y carraspeo porque tengo la garganta seca como el polvo. No sé cómo consigo mantenerme tan tranquila ahora, porque mi corazón, que está firmemente agarrado con puño de hierro, late rápido y furioso en mi pecho.

—Es como le dije a Hannah... él... se ha ido. Mucho antes de que ella naciera.

—¿Qué maldito bastardo! Te deja embarazada y luego simplemente te abandona —maldice Shelby con rabia.

—No fue así —susurro—. Yo... —me interrumpo de nuevo y me recompongo— no me di cuenta de que estaba embarazada hasta que él desapareció de la escena. Fue, fue una aventura de una noche. Más o menos.

—Podrías haberte puesto en contacto con él cuando te enteraste.

—Ni siquiera sabía su nombre completo, y mucho menos su dirección. Él... bueno... estaba... estaba de paso, supongo.

—¿Y nunca lo buscaste?

—No sabía qué buscar ni dónde. Estados Unidos es grande y mis recursos son bastante

limitados. ¿Dónde debería haber empezado a buscar?

—Vaya mierda —murmura Shelby, dejando salir el aire de sus pulmones con un siseo—. Hannah es una gran chica. Se merece tener un padre para quién pueda ser la princesa que ella quiere ser.

Estas palabras me golpean fuerte y me toman desprevenida. Amenazo con derrumbarme ante ellas y contárselo todo a Shelby. Me levanto apresuradamente para poner distancia entre nosotros y mantener la cabeza fría.

—Ella me tiene. Somos un equipo. Lo hemos sido durante años.

Shelby me toca suavemente el brazo y me tira de nuevo al sofá.

Su mano me acaricia la mejilla y me permito un segundo de debilidad mientras cierro los ojos y me empapo de su tierna caricia.

No sabe cuánto lo necesito ahora.

Apoyo. Comodidad. Seguridad.

Si descubre lo que no le estoy contando, no volverá a hablarme, salvo a través de sus caros abogados.

Le cae bien Hannah, eso es inconfundible. En cuanto sepa que es su hija, hará lo que sea para formar parte de su vida. No me cabe la menor duda cuando los veo juntos.

La única pregunta es: ¿le bastará con compartir la custodia conmigo, o la querrá para él solo por venganza por lo que he hecho?

Para compensar los años perdidos, para vengarse de mí y para ser el padre que Hannah obviamente echa tanto de menos.

No quiero tener que averiguar nunca la respuesta a esa pregunta.

Probablemente no podré evitarlo para siempre.

Si Hannah realmente sufre tanto por no tener un padre y puedo quitarle el dolor revelando la verdad, entonces es mi deber como madre, independientemente de mis propios sentimientos, quitarle el dolor.

La felicidad de mi hija debe ser mi máxima prioridad. Incluso si eso significa ponerme en peligro.

Shelby me acerca la cara y me roza los labios con ternura, pero me aparto y me pongo en pie por segunda vez. Esta vez huyo literalmente de él.

—Lo siento —digo—, ahora mismo estoy realmente fuera de mí. Además, Hannah podría entrar en la habitación en cualquier momento y no sería bueno que nos viera así juntos...

—¿Por qué no?

—Porque apenas nos conocemos, Shelby.

—Entonces deberíamos cambiar eso —dice con naturalidad.

—No te gustan las relaciones, ¿recuerdas?

—Que no haya tenido ninguna no significa que tenga que ser así en el futuro —replica él con despreocupación.

—Puede ser. Pero, ¿tú no tienes experiencia en este campo y quieres lanzarte directamente a una relación con una mujer que tiene una hija? Una relación sin un hijo ya es bastante complicada.

—No lo encuentro complicado cuando estoy contigo y con Hannah, Sienna. Al contrario. Es tan condenadamente fácil ser feliz en vuestra compañía que casi da miedo.

—Eso lo dices ahora. Porque apenas nos conoces. Pero cambiarás de opinión. ¿Y entonces?

—¿Puedes ver el futuro? —me pregunta enarcando una ceja.

—No —admito a regañadientes.

—Pues ya está. Entonces *no* puedes saber lo que va a pasar. Pero de una cosa estoy seguro: si no lo intentamos, seguro que no funcionará. Pero *si lo* intentamos, al menos hay una *posibilidad* de que funcione.

Respiro hondo y sacudo la cabeza.

—Lo siento, Shelby. No puedo. Y ahora, por favor, discúlpame. Tengo que calentar la comida. Gracias, por supuesto.

Shelby aprieta los labios en señal de decepción y dolor y me mira sin decir palabra, como si esperara que cambiara de opinión.

Pero no puedo.

No puedo construir una relación sobre una mentira tan grande y devastadora que nos hundiría a todos con ella.

—No, gracias —dice finalmente distante y se levanta—. Me despediré de Hannah y luego debería llegar a casa para descansar un poco para el próximo partido.

Asiento con la cabeza y, aunque debería alegrarme de que se vaya, en secreto deseo que se quede, aunque eso no conduzca a nada.

—Gracias por cuidarla hoy y estar ahí para ella.

Shelby asiente con frialdad y la picardía que solía tener desaparece de sus ojos.

Supongo que esa es la mirada que me echará cuando le diga que Hannah es su hija.

Espero ser lo bastante fuerte para soportarlo.

CAPÍTULO 24

SHELBY



—¿QUÉ os apetece beber? —pregunta Sienna amablemente al llegar a la fila de asientos en la que estamos sentados Caiden y yo.

—Un agua sin gas —dice Caiden, sonriendo—. Gracias.

Deliberadamente no digo nada porque quiero que Sienna me mire. Hasta ahora ha evitado el contacto visual conmigo e incluso ahora mira a Caiden y no a mí.

Pero como aún no he respondido a su pregunta, no tiene más remedio que girarse hacia mí.

—¿Shelby?

—¿Sí? —me hago el tonto.

—¿Qué quieres?

—Sabes lo que quiero, Parks. Sólo que no quieres dármelo.

Las facciones de Sienna se endurecen ante mi afirmación y su educada sonrisa se desvanece.

—Este no es lugar para discutirlo —sisea en voz baja pero firme.

—Entonces dime cuándo y dónde es el lugar adecuado y allí estaré. Pero el otro día no me sonó a discusión, me sonó mucho más a decisión irrevocable en la que cualquier objeción es inútil.

—¿Así que no quieres una copa?

—Esa no es la cuestión en absoluto ...

—Sí lo es, Shelby. Porque este es mi trabajo y si quiero conservarlo, tengo que hacerlo. Sabes que dependo del dinero.

—Tengo más que suficiente —protesto.

—Me alegro por ti.

—Lo que quiero decir con eso es...

—Sé lo que quieres decir. Pero si crees que aceptaría tu dinero en lugar de ir a trabajar, es que me conoces aún menos de lo que ya me conoces.

—Todo lo que estoy diciendo es que ...

—Vale, vosotros dos. Ya basta —interviene Caiden en un susurro—, los demás ya están girando la cabeza y preguntándose por qué Sienna lleva tanto tiempo aquí con nosotros.

—Deberíais parar. Ya.

Sienna aprieta los labios y asiente. Luego se da la vuelta y se aleja.

—¿Qué fue todo eso? No te metas en mis asuntos —le digo a Caiden.

—Te he hecho un favor, Shel. Créeme, sé lo que se siente cuando una mujer toma decisiones con las que no estás de acuerdo en absoluto. Y también sé cómo es una mujer que no se mueve ni

un ápice de su decisión, digas lo que digas o apliques los argumentos que apliques. Así que puedo asegurarte que esta conversación no habría llevado a ninguna parte. No aquí. Y tampoco ahora. Tendrás que intentarlo en otro sitio. Donde nadie pueda oírte. Donde estés solo. Y donde Sienna se sienta segura, sin ser observada.

—Ni siquiera sabes de qué va esto —refunfuño.

—Imagínatelo, no era tan difícil de adivinar. Por si te lo has perdido, estoy sentado a tu lado. Te la has tirado, ahora quieres más, pero ella no. ¿Es eso cierto o yo tengo razón?

Suspiro y me froto la cara.

—Todo esto es una mierda. Debería dejarlo en rollos de una noche anónimos y sin complicaciones.

—Pero no te dan ni de lejos la sensación de calidez, seguridad y amor que te da una relación con una mujer con la que disfrutas pasando el tiempo. Incluso fuera de la cama.

—Así que eso es lo que sientes con Arielle —murmuro, comprendiendo de pronto por qué mi hermano está tan apegado y no quiere renunciar a ella para volver a ser feliz por fin—. ¿Cómo se supera?

Caiden sonríe con tristeza.

—Ojalá lo supiera.



El corazón me late rápido y rítmicamente en el pecho mientras deslizo el disco por el hielo. Mi mirada está concentrada y se ha formado un túnel alrededor de mi foco:

la portería contraria. Está cada vez más cerca. Y gracias al ataque sorpresa de los *Armadillos*, estoy casi dos metros por delante de los defensas de los *Washington Warriors*.

No pueden alcanzarme antes de que dispare.

Sólo queda el portero, que ve venir el ataque.

Sabe que está solo.

Y tiene que tomar una decisión.

Tiene que decidir en una fracción de segundo cómo colocarse.

Intenta juzgar cómo voy a lanzar el disco.

Pero sólo puede adivinar.

Porque menos de dos segundos antes de disparar, ni siquiera sé cómo lo voy a hacer.

No es la cabeza la que decide. Es la tripa.

Décadas de experiencia se acumulan en un tiempo récord para tomar una decisión que no cuestiono. No hay tiempo para eso. En el hockey sobre hielo, el lanzamiento se decide más rápido de lo que la mente puede cambiar de marcha.

El portero está a menos de tres metros delante de mí. Se coloca en posición.

El familiar sonido del palo golpeando la dura goma llena mis oídos. Aparte de este sonido, no oigo nada.

El rugido de los aficionados. Los gritos de los otros jugadores. El roce de las palas sobre el hielo. Los estruendosos comentarios del locutor del estadio.

Me pierdo todo eso cuando estoy en mi túnel. No es hasta el tiro a puerta cuando salgo de mi nirvana y el ruido de fondo me golpea con toda su fuerza.

Vítores. Gritos. Aplausos. El portero maldiciendo en voz baja.

¡Está dentro!

¡Está dentro, joder!

Levanto los brazos y dejo que mis compañeros lo celebren.

—Eso está bien, ahora mantened el ritmo —grita Caiden, que me da un golpecito en el casco y parece muy concentrado—. No aflojéis. Mantened la presión y atacad.

Empezamos mal el partido porque no conseguíamos coger el ritmo y por eso íbamos por detrás.

Este gol es como una inyección de moral.

Es el pistoletazo de salida a *nuestro* partido.

A nuestra carrera por remontar.

Demuestra que todo es posible.

Todavía podemos darle la vuelta a esto. Es más, *tenemos* que darle la vuelta.

De lo contrario, sería el segundo partido consecutivo que perdemos fuera de casa y nos resentiría de cara al inicio de la temporada.

Por un lado, porque dudaríamos de nosotros mismos y de nuestra capacidad. Por otro, porque los medios de comunicación harían una fiesta con esa información.

Salimos del campo y la segunda fila toma el relevo.

Aprovecho el breve respiro para echar un vistazo al marcador.

Estamos a cinco puntos y aún queda más de un tercio por jugar.

Es factible.

Tiene que ser factible.

Me pongo en modo luchador y bloqueo todo lo que no tiene nada que ver con este partido.

La adrenalina recorre mi cuerpo e inunda mis nervios. Me hormiguean. Palpita. Ruge.

Es jodidamente agotador estar bajo tanta presión, pero también es mi droga.

Y cuando vuelvo a balancearme sobre la barandilla y patino para atacar de nuevo, estoy tan colocado que lo aplasto todo a mi paso.



—Muy buen partido, Sloane —me elogia el entrenador mientras me cambio en el vestuario—. Has tenido mucho tesón. Sea lo que sea lo que te tiene tan enfadado, espero que se quede con nosotros por un tiempo si eso significa que sigues jugando tan agresivamente.

—¿Enfadado? —me pregunto, pero lo murmuro en voz tan baja que no me oye.

Sí, vale, estaba enfadado porque ya íbamos por detrás otra vez. Definitivamente no quería que ganaran los *Warriors*. Tiene sentido, ¿no? No voy a volar hasta el estado de Washington para perder.

Qué tiene que ver exactamente eso con la ira... no lo sé.

Metó mi ropa sudada en una bolsa y se la entrego al guardián.

—Eh, Shel —grita Koslowski, uno de los defensas—. ¿Vienes a tomar algo? ¿A brindar por la victoria y esas cosas?

—Hoy no, tío —le grito, ganándome unos cuantos abucheos a cambio—. Llévate a los novatos. Está claro que están demasiado sometidos a sus esposas.

Señalo a Jordan, Chase y Ryder, que están entre los jugadores más jóvenes del equipo y han sido transferidos a los *Armadillos* desde *Colorado College*.

—¿Qué te propones? —me pregunta Caiden, tirando de mi chaqueta.

—Quiero volver a hablar con Sienna. Quizá aún esté despierta. ¿Y tú? ¿Puedo dejarte en paz o tengo que ponerte de guardia a Chase para que no vuelvas a beber hasta caer debajo de la mesa?

—Vas a burlarte de mí por el resto de mi vida, ¿verdad? Sólo porque metí la pata una vez.

—¿El resto de tu vida? Sólo tú piensas eso. Esa noche te perseguirá por toda la eternidad. ¿O es que no crees en la vida después de la muerte? —le respondo—. En cualquier caso, estoy convencido de que seguiré viviendo como un espíritu de peste. ¿Quién si no es más adecuado para causar problemas? Nadie cumple los requisitos para el trabajo tan bien como yo.

—En eso tienes razón —resopla divertido Caiden—, nadie es tan molesto como tú.

—Bueno... ¿qué puedo decir? A las damas les gusta.

—Excepto la que... —susurra Caiden provocativamente— la que tú quieres, de todas las personas. Qué estúpido.

Escucha. Mi hermano quiere hurgar en la herida. Qué bien. He sido capaz de hacer lo que él puede hacer durante mucho tiempo.

—Bueno... si alguien sabe cómo me siento, probablemente seas tú. Porque por desgracia estás en el mismo barco. Y llevas tanto tiempo en el mismo barco que ya deberías haber muerto de hambre y sed.

—Como puedes ver, estoy vivito y coleando. A ver si puedes decir lo mismo de ti si Sienna no cede a tu mirada de perro salchicha.

—Oh, lo haré. Y si la mirada de perro salchicha no funciona, la morderé como un bulldog —respondo.

—Ouch. Eso suena doloroso —Caiden hace una mueca de agonía—. Pobrecita. Espero que consiga escapar.

—No lo hará —digo secamente—. Ni de coña.

—Bueno, pues feliz caza, hermano.

Se despide de los demás y poco después salgo de la cabaña y me llevan al hotel en una de las furgonetas previstas.

Como vi a Sienna registrándose en recepción cuando salí a correr tranquilamente en la tarde, sé que ella y el resto de la tripulación también se alojan en nuestro hotel.

Ahora sólo tengo que averiguar su número de habitación, lo que me resultará fácil.

Coqueteo un poco con la recepcionista y tardo menos de dos minutos en llegar al ascensor y pulsar el botón de la quinta planta.

No me molesto en llevar la maleta a mi habitación.

Quiero ver a Sienna. Ahora mismo.

Cuando me detengo ante su puerta y llamo, son las diez y media. Tarde, pero espero que no tanto como para despertarla.

Tarda un momento, pero la puerta se abre tímidamente.

—¿Shelby?

—Hola, Parks. ¿Puedo pasar?

Sienna no contesta. Tampoco se mueve.

Se queda de pie mirándome.

Los segundos pasan. Se convierten en minutos. Al menos eso parece.

Le sostengo la mirada y me pierdo en sus ojos verde jade, que brillan tan familiares y cálidos

que me encantaría bañarme en ellos.

—No deberías estar aquí —susurra por fin.

—Estoy exactamente donde debería estar —respondo sin impresionarme—. Contigo.

—Shelby... —suspira, pero abre la puerta lo suficiente para que entre.

Dejo el bolso en el suelo y tiro de Sienna para tomarla entre mis brazos.

—Ven aquí, Parks.

Parece mentira lo mucho que necesito esto ahora.

Hace sólo unas semanas, habría estado deseando tomarme una copa en un bar de moda, con música a todo volumen y tías buenas con la perspectiva de hacer un trío.

Ahora preferiría estar en casa. Con Hannah. Y con Sienna.

¿Cómo es posible encariñarse tanto con personas que conoces desde hace poco tiempo, que casi duele echarlas de menos?

Apoyo la barbilla en su cabeza y respiro su sensual aroma a loto y osmanto.

Es un aroma tan raro. Igual que esta mujer fuerte, trabajadora y con los pies en la tierra que se niega a que me acerque a ella.

Sienna se acurruca contra mí y me alegro de que ceda a su anhelo. Veo que me desea. Igual que yo la deseo a ella. Aunque sus palabras digan algo completamente distinto.

Las palabras mienten. Las miradas no.

—¿Qué tal el partido? —murmura contra mi pecho.

—Ganamos —susurro y la dirijo a la cama—. Y ahora quiero mi recompensa.

Mientras caminamos, le quito a Sienna su sexy camisón, que brilla sedoso y al que he prestado muy poca atención porque solo he mirado sus preciosos ojos.

Con un gruñido de satisfacción, me doy cuenta de que no lleva nada debajo.

Ni bragas ni sujetador.

—¿Esperabas que alguien viniera y te follara en un hotel lleno de jugadores de hockey sobre hielo o por qué no llevas ropa interior? —murmuro amenazadoramente en su oído, agarrándola por el trasero para subirla a la cama.

—Demasiado incómoda —jadea sin aliento, mirándome con ojos vidriosos.

Está caliente.

Quiere sexo.

Conmigo.

Me quito la camiseta por encima en un santiamén y me quito los vaqueros.

En el último momento, recuerdo la regla de oro que nunca he roto en siete años y saco un condón de mi cartera.

Mi polla está tiesa y preparada.

Ya lo estaba cuando esperaba en el ascensor a que se detuviera en la planta de Sienna. La sola idea de hundirme en ella me excita tanto que se me pone dura.

Me meto en la cama con ella, me pongo el condón y me coloco en posición de piernas cruzadas.

—Ven aquí, Parks —la seduzco— siéntate encima de mí.

Sienna sube a mi regazo sin oponerse y me rodea la espalda con las piernas.

En cuanto adopta la postura, me inclino hacia delante y la beso. Aprieto los labios contra los suyos, exigiendo que me penetre con su lengua, y meto la lengua hasta el fondo de su boca caliente.

Se me escapa un gemido de placer y satisfacción.

Mierda, qué calor.

Y aún no estoy dentro de ella.

Mi polla roza su pubis húmedo y estimula su clítoris mientras le follo la boca con avidez y mis manos amasan sus pesadas tetas.

—Eres tan jodidamente hermosa —jadeo con voz ronca y mis besos dejan un ardiente rastro de pasión en su barbilla, su cuello y sus pechos, que Sienna estira hacia mí, jadeante.

Le chupo el pezón derecho y rodeo el izquierdo con la mano libre.

Sienna se estremece bajo mis caricias y noto cómo gotea sobre mis piernas.

La sujeto por la espalda con una mano, coloco mi polla frente a su entrada con la otra y la introduzco.

Ambos gemimos.

—Te deseo —susurra Sienna sin aliento—. Te necesito. Por favor, Shelby.

—Yo también te deseo, cariño. Y no sabes cuánto te necesito —murmuro contra sus labios, empujándome aún más dentro de ella.

Está mojada. Pero hoy también está tensa. No como la última vez, cuando la liberación de su orgasmo ya la había ensanchado.

Busco sus labios y sigo besándola con deseo mientras espero pacientemente a que su coño se acostumbre a mi polla y permita que entre.

Sería mucho más fácil penetrarla en la posición del misionero o del perrito.

Pero eso no es suficiente para mí.

Quiero tener a Sienna en mis brazos mientras la tomo. Mirarla a los ojos.

Lo deseé la última vez y, desde que me di cuenta de lo indeciblemente encantadora que es cuando se corre, no quiero perderme ninguno más de sus orgasmos.

El coño de Sienna se adapta lentamente a mi polla para que pueda deslizar los centímetros que me faltan dentro de ella.

—Tan agradable, caliente y húmedo. Creo que me quedaré aquí un rato —sonrío contra sus labios y mordisqueo suavemente.

Las manos de Sienna se enredan en mi pelo y empieza a cabalgar mi polla con movimientos circulares.

—Alguien está impaciente por empezar el rodeo —le digo en tono burlón y empujo suavemente.

Esta postura no permite fuertes embestidas y, aunque no es mi costumbre, esta noche he optado deliberadamente por el sexo suave.

Quizás porque en el hielo ya fue bastante brutal.

Quizás también porque no sólo quiero follarme a Sienna para aliviar el estrés, sino porque quiero amarla. Lentamente. Intensamente. Y a la altura de los ojos.

Ha tenido una niña preciosa y la ha criado sola. También tiene dos trabajos y, sin embargo, siempre está alegre y de buen corazón. No se preocupa por su apariencia, pero sigue siendo una absoluta fiesta para los ojos.

A una mujer como Sienna no te la follas contra la pared.

Ni dejas que te la chupe en el baño de un bar.

Adoras a una mujer como Sienna. La mimas. La... amas.

Eso es exactamente lo que hago mientras la tomo con cuidado y sensibilidad, acercándome tanto a ella que puedo ver hasta el fondo de su alma a través de sus ojos nublados.

Su clítoris roza mi vientre con cada embestida, dejando en él un rastro húmedo de lujuria.

Sus pezones se han convertido en jugosas uvas que piden a gritos ser devoradas.

Y sus labios ligeramente entreabiertos, que alternan dulces suspiros con eróticos gemidos,

piden a gritos ser besados.

Le agarro la cara, la atraigo hacia mí y le acaricio los labios.

—Quiero que me abracés, Parks —le susurro, mirándola con urgencia—. Te necesito más cerca.

Sin cuestionar mi petición, Sienna me rodea con sus brazos, sus pechos presionan mi torso y se frotan burlonamente sobre ellos.

Yo hago lo mismo, la abrazo y la atraigo hacia mí.

Mientras la penetro, estamos tan cerca que puedo sentir los latidos de su corazón.

Nos balanceamos al compás de nuestros corazones y sentimos cómo el orgasmo va creciendo lenta y tranquilamente en nuestro interior.

No es un tornado que nos arrolla.

Ni un tsunami que nos arrase.

Ni un cohete que nos dispara hacia la galaxia.

Ni una estrella que se rompe en polvo estelar.

El clímax, que nos golpea a los dos al mismo tiempo, recorre nuestros cuerpos estrechamente entrelazados como una brisa cálida en una agradable tarde de verano, mientras estamos sentados en la playa y contemplamos soñadoramente cómo el sol resplandeciente se hunde en el mar.

Giro la cabeza, tiro suavemente del pelo de Sienna y me corro por segunda vez al ver su lujuria sin adornos ni adulteraciones.

CAPÍTULO 25

SIENNA



AL DÍA SIGUIENTE, conduzco directamente desde la terminal del jet privado hasta *Green Heaven*, donde tengo reservado el turno de la comida.

Por suerte, no tengo mucho tiempo para pensar en lo de anoche y en el hecho de que me he enamorado de Shelby.

Me gustaría pensar que nada ha cambiado entre nosotros. Pero sólo me estaría mintiendo a mí misma.

El sexo con él ha dicho más de lo que podrían decir mil palabras de negación.

Se mete bajo mi piel. Significa algo para mí. No sólo porque es el padre de Hannah y yo deseaba que detrás de su fachada prohibitivamente atractiva hubiera una persona de buen corazón. Por ella.

Shelby Sloane se abre camino hacia mi corazón con tanta habilidad y seguridad como lo hace sobre el hielo.

No hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Todo lo que hace falta es una mirada suya. Una sonrisa. Unas palabras humeantes y roncadas. Mi resistencia se derrumba y dejo que me conquiste.

No quería hablar de nuestra situación después del sexo de ayer.

—No estropeemos la velada con palabras irreflexivas —dijo, cogiéndome en brazos y acurrucándose contra mí con su cuerpo desnudo y acalorado. Me besó en la frente y me acarició suavemente la espalda con los dedos hasta que me quedé dormida, relajada y feliz.

Dormí más plena y profundamente de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Cuando me desperté, Shelby me llevó a la ducha, donde me enjabonó y luego hizo que me corriera con su lengua.

—Para empezar bien el día —me dijo guiñándome un ojo, y luego me dio una palmada en el culo desnudo.

Volvimos a la cama, donde nos acariciamos sin decir una sola palabra mientras nos mirábamos y finalmente volvimos a hacer el amor.

Podría haberme quedado en aquella habitación con Shelby para siempre. Cuando salimos del hotel, nuestra despreocupada unión llegó a su fin y, cuando llegamos a Phoenix, todas nuestras preocupaciones e inquietudes volvieron enseguida.

Aunque conseguí desconectar el carrusel de pensamientos de mi cabeza durante la mayor parte de mi turno en la cafetería, empezó a girar de nuevo de camino a casa.

Shelby y yo no hemos hablado sobre qué hacer a continuación.

No sé lo que sentimos el uno por el otro. Qué somos el uno para el otro. Y cómo deberíamos tratarnos.

Las razones por las que no podemos ser pareja no han cambiado.

Han cambiado tantas cosas tan rápido entre nosotros que me cuesta seguir el ritmo.

Estoy tan agotada que casi se me cierran los ojos durante la cena. Me arrastro a la cama con las últimas fuerzas después de que Hannah se haya dormido y Susan se haya ido de copas con un par de colegas.

Sin embargo, a diferencia de la noche anterior, duermo con dificultad y no dejo de despertarme.

Por fin consigo dormirme profundamente de madrugada. Un poco más tarde, me despierta bruscamente una puerta que se abre de un tirón y unos golpes agitados.

—Despierta, Sienna —grita alarmada mi hermana, casi dándome un susto de muerte.

—¿Le pasa algo a Hannah? —jadeo, agarrándome la frente para sacudirme el mareo de incorporarme de repente.

—No. Mejor dicho... sí —Susan se pasa los dedos nerviosamente por el pelo y me mira con desgana—. Alguien nos hizo fotos cuando estábamos todos juntos en Aqua Park. Ahora esas fotos están en todas las revistas de cotilleos. Es sólo cuestión de tiempo que los primeros reporteros llamen al timbre y se cuelen en nuestra propiedad.

—¿Qué? Yo... no entiendo... —tartamudeo, confundida y demasiado cansada—. ¿Qué decían los periódicos? ¿Que éramos cuatro en el Aqua Park? ¿Y qué? ¿Qué tiene eso de malo?

—Cariño... —Susan suspira reprobatoriamente—. Tienen una foto tuya lamiendo el helado de Shelby y él mirándote como si quisiera ser el helado. También hay una foto de él a tu lado en los vestuarios, acariciándote el culo semidesnudo. Así que puedes inventarte el titular.

Trago saliva y de repente siento un frío glacial.

Joder.

Deberíamos haberlo pensado.

Deberíamos haberlo pensado antes de aparecer juntos en público, pensando que podríamos pasar un día divertido y despreocupado como cualquier otra persona.

Busco a tientas el móvil, abro internet y escribo el nombre de Shelby en la barra de noticias.

Aparecen un montón de artículos. Algunos del partido de anteayer, pero otros tantos de nuestro paseo a la piscina.

“*El delantero estrella del Armadillo, Shelby Sloane, ¿finalmente en buenas manos?*”, dice.

“*Sly Sloane ya es papá*”, titula otro periódico.

“*¿Tiene una hija Shelby Sloane?*”, reza el titular del tercer artículo.

“*¿Quién es la bella desconocida que está al lado de Shelby Sloane?*”, es el titular que por fin hace que se me hunda el corazón hasta los dedos de los pies.

Hago clic en el artículo y lo hojeo con el corazón palpitante y la boca seca.

Spotlight People ha identificado a la mujer al lado de la megaestrella de Armadillo Shelby Sloane como Sienna Parks. Esta madre soltera de 29 años es de Tennessee y en el pasado trabajó como azafata para Southeast Airways. Desde finales de verano vive en Phoenix, donde trabaja en su antiguo empleo para los Arizona Armadillos. ¿Coincidencia? ¿O Shelby Sloane ayudó y trajo a su novia a Phoenix? Lo cierto es que ambos parecían muy familiarizados el uno con el otro y que Hannah, la hija de seis años de Sienna Park, también parece llevarse estupendamente con Shelby Sloane. El asombroso parecido entre el delantero estrella y la niña de seis años plantea la cuestión de cuánto tiempo hace que Parks y Sloane se conocen.

Miro fijamente el artículo y pienso que me va a dar un ataque. En mi cabeza están pasando tantas cosas a la vez en este momento que está a punto de explotar.

Si Shelby lee este artículo, lo más probable es que le haga *clic* la cabeza.

Incluso si no lee este artículo, causará tanta especulación que los tabloides estarán llenos de ese tipo de conjeturas en poco tiempo.

¿Shelby Sloane tiene una hija de la que nadie sabía aún?

Los medios estarán sobre ella como buitres sobre carne muerta.

Se enterará.

Hoy.

Por los periódicos.

No hay nada que pueda hacer al respecto.

A menos que me suba al coche inmediatamente y conduzca hasta él. O lo llamo y lo saco de la cama.

¿Pero cómo hago eso?

¿Debo decirle: “Hola, Shelby, sé que aún es pronto, pero quería que te enteraras por mí de que Hannah es tu hija antes de que lo leas en el periódico o te preguntes, ¿por qué tienes el móvil lleno de mensajes y llamadas? Te he mentido todo este tiempo y te he ocultado a tu hija durante seis años. Pero si quieres, podemos olvidar todo eso y convertirnos en una familia”.

Sí, claro.

Sigue soñando, Sienna.

Si lo hago, llamará a seguridad y me internará. Cuando por fin descubra que decía la verdad, se enfadará tanto que se asegurará de que no vuelva a salir del psiquiátrico.

Vale, puede que sea un poco exagerada. No creo que Shelby me encierre durante años por venganza. Pero no se puede negar que estará terriblemente enojado y molesto. Yo también lo estaría. Cualquiera probablemente lo estaría.

—¿Qué hago ahora? —le pregunto a Susan y dejo el móvil.

Me ahorro más artículos. Ya sé lo que dicen. Habrá más cada hora. Más detalles. Más información. Más cuerda tensándose alrededor de mi cuello.

—Llama a Daisy. Hoy no puedes ir a trabajar. El lugar estará plagado de periodistas. No deberías enviar a Hannah a la escuela hoy. Le harán preguntas. Harán que se sienta insegura. Algunos periodistas no dudarán en presentarse en la escuela y sus compañeros tampoco ocultarán su curiosidad.

—Tengo que decírselo —murmuro débilmente—. Que Shelby es su padre. La confundirá... no lo entenderá.

—Te ayudaré a explicárselo, ¿vale? Es importante que se lo digamos. Una versión para niños de tu sexo a diez mil metros. Con una cigüeña astronauta, por así decirlo. Y por mucho que sienta decirte esto, tienes que hablar con Shelby. Es hora de sincerarse con él.

—Eso me aterra —esas palabras cruzan mis labios sin que yo las pronuncie conscientemente.

Salen de lo más profundo de mi alma y encarnan el miedo frío, oscuro y paralizante que se ha apoderado de mí.

Tengo las manos heladas. La frente me arde.

Tengo la garganta seca. Mis axilas están húmedas de sudor.

Mi respiración es superficial. El corazón me late deprisa.

Todo *mi* ser es una sola contradicción que drena cada gramo de fuerza de mi cuerpo.

—Dile que necesitas hablar con él, ¿vale? No creo que sea buena idea hablarlo por teléfono. Y tampoco puedes ir a su casa. Es probable que los primeros paparazzi ya estén merodeando por

allí. Escríbele y dile que estarás en casa todo el día. Luego llámale al trabajo. Luego dúchate y prepárate para su llegada. Mientras tanto, le prepararé el desayuno a Hannah y le daré la buena noticia de que hoy no tiene que ir al colegio.

—Tenemos que contarle lo de Shelby... bueno... que es su padre —repito.

—Una cosa a la vez, Sienna. Iremos paso a paso. En paz y tranquilidad. Y no estarás sola ni un segundo, ¿vale? Estoy justo aquí. Y no voy a ir a ninguna parte. Te lo prometo.

CAPÍTULO 26

SHELBY



ME LEVANTO por la mañana y me preparo el café en la cocina. Mi teléfono móvil, que está tirado en la estantería, me resulta extremadamente molesto ya que emite un pitido constante.

Tantos alborotadores tan temprano por la mañana... este solo puede ser un día de mierda.

Además, ¿quién me está bombardeando con mensajes sin parar?

Hace tiempo que desactivé las notificaciones de las redes sociales porque mis fotos suelen recibir decenas de miles de “me gusta”. Si mi móvil sonara cada vez que alguien comenta a una foto mía, se estropearía enseguida de tanto sonar.

Son los mensajes de texto y de chat los que me están llegando cada instante.

En realidad quiero tomarme el café tranquilamente antes de ver qué pasa, pero el molesto ruido no cesa. Cojo el móvil, maldiciendo en voz baja, y enarco las cejas con asombro.

Con la cantidad de llamadas y mensajes que hay, cualquiera diría que se ha quemado el estadio de los *Armadillos* o que el equipo ha anunciado el abrupto final de mi carrera.

Frunzo el ceño y reviso los mensajes mientras mi móvil vuelve a sonar.

Es Ruby.

—¿Qué demonios está pasando? Medio mundo me está mandando mensajes. La otra mitad lo hará probablemente en los próximos diez minutos. ¿Dónde está el fuego tan temprano por la mañana?

—¿Has leído el periódico hoy?

—Eh... no porque nunca leo el periódico.

—Bueno ... tal vez deberías hacer una excepción hoy, hermano.

—¿Y por qué debería hacerlo, hermanita? —refunfuño, visiblemente molesto.

—¿Hasta qué punto conoces a Sienna Parks? O debería decir, ¿cuánto hace que la conoces?

—¿Por qué? ¿Le pasa algo?

Enarco las cejas de repente.

—¿Cuánto hace que la conoces, Shelby?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Le ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a ella o a Hannah?

—No.

Exhalo aliviado. Menos mal.

—¿Entonces por qué me preguntas por ella?

—Porque su bonita foto está en todos los tabloides. Justo al lado de la tuya.

—¿Y? Seguro que nos han visto juntos en algún sitio y ahora me están inventando algo con ella. A ella no le gustará, pero se puede arreglar.

Ruby se queda callada y creo que ha colgado, pero entonces me vuelve a hacer la misma pregunta.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—¿Y eso qué importa?

—Te lo diré cuando hayas respondido a mi pregunta.

Pongo los ojos en blanco. Mi hermana pequeña se pone en plan jefa de equipo conmigo. Puede que ese sea su trabajo, pero yo soy su puto hermano, no una tontería de la que tenga que preocuparse.

—Desde hace unas semanas. Cuatro, cinco o seis, supongo.

—*Semanas*, ¿sí? ¿No desde hace un par de años? Siete, para ser precisos.

—¿Eh? No. ¿Por qué? ¿Puedes explicarme de qué va todo esto?

Me estoy impacientando de verdad.

—Te voy a enviar un enlace a un artículo. Léelo entero. Así sabrás por qué todo el mundo te bombardea con mensajes y llamadas. Ya estoy en el coche y estaré contigo en veinte minutos. Hasta entonces, mantén la calma y los nervios. Hablaremos de los siguientes pasos juntos, ¿entendido? ¿Y sabes dónde está Caiden? Le he llamado, pero no contesta.

—Ni idea. Que vivamos en el mismo edificio no significa que sepa dónde está. Es un adulto. La mayor parte del tiempo. ¿Y por qué vienes aquí? ¿De qué va todo esto?

—Lee el artículo. Entonces lo entenderás. Nos vemos en unos minutos.

El clic en la línea me indica que Ruby ha colgado. Poco después, me envía el enlace al móvil. Lo abro y lo hojeo con nerviosismo.

El artículo trata de Sienna y muestra una preciosa foto suya, que acaricio con el pulgar. Pero entonces me desplazo más abajo y descubro una segunda foto que me deja helada.

Muestra una versión más joven de Sienna, con el pelo largo y una figura pecaminosamente curvilínea vestida con un uniforme de *Southeast Airways*. Sus ojos color jade brillan con vitalidad y juventud, y como si la respuesta a mi pregunta no formulada hubiera estado justo delante de mí todo el tiempo, las escamas caen de mis ojos.

Conozco a Sienna.

Quiero decir... claro que conozco a Sienna. Pero no sólo la conozco desde hace unas semanas. ¡La conozco desde hace años!

Vale, para ser justos, la he visto exactamente una vez. Hace siete años. Tuvimos sexo a gran altura en mi vuelo a Phoenix, donde empecé mi carrera profesional con los *Armadillos*.

No la había vuelto a ver desde entonces, aunque a menudo pensé en ella y estuve a punto de preguntar varias veces por ella a la compañía aérea. De alguna manera nunca sucedió. Estaba tan ocupado con mi carrera y todo lo que conllevaba: la presión por rendir, el cambio de vida, la responsabilidad, todo el dinero, las infinitas oportunidades que de repente se me abrían. En algún momento, el plan de seguirle la pista a Sienna pasó a un segundo plano, aunque el recuerdo de lo que viví con ella nunca se desvaneció.

Sin embargo, no la reconocí. Ha cambiado mucho por fuera, aunque sigue siendo increíblemente guapa. Además, me he acostado con tantas mujeres a lo largo de los años que sus rostros acaban por difuminarse en mi memoria y sólo permanecen ciertos rasgos. Como los ojos color jade de Sienna, que me atrajeron desde el primer momento porque me resultaban muy familiares.

Ahora todo ha vuelto, como si fuera ayer.

La única pregunta es: ¿por qué Sienna no me dijo que nos habíamos conocido antes?

¿O es posible que lo haya olvidado?

No. Imposible. No se olvida de mí. Y mucho menos el sexo conmigo.

¿O... sí?

Desbloqueo la pantalla del móvil y termino de leer el artículo. En realidad esperaba descubrir algo más sobre Sienna pero lo que descubro me hace vacilar peligrosamente.

El periódico escribe que Hannah y yo nos parecemos muchísimo y, cuando veo la foto en la que estamos lado a lado, no puedo evitar darle la razón. Eso por sí solo no me habría dejado boquiabierto.

Hay muchos niños que tienen rizos rubios y ojos claros o, en el caso de Hannah, azules. Sin embargo, no son automáticamente todos mis hijos.

Entonces me llama la atención la edad de Hannah. Tiene seis años. Eso significa que fue concebida hace unos siete años.

Y hace unos siete años volé de Boston a Phoenix en avión y tuve sexo con Sienna. Sexo sin protección.

Estaba tan fuera de mí en ese momento que sólo me di cuenta después. Y como no volví a saber de Sienna, pensé que ese sexo no tenía consecuencias. Me convencí a mí mismo de que ella debía estar usando anticonceptivos o que seguramente se habría puesto en contacto conmigo si se hubiera quedado embarazada como resultado de nuestra aventura. Al fin y al cabo, trabajaba para la compañía aérea y seguro que habría conseguido mis datos.

Al menos eso pensaba yo.

Me apoyo en el mostrador, atónito, mientras me obligo a mantener la calma y no sacar conclusiones precipitadas.

Entonces me viene a la cabeza la conversación con Sienna sobre el padre de Hannah. Fue *un rollo de una noche...* más o menos, había dicho Sienna. *Estaba de paso.*

Lo que tuvimos fue un rollo de una noche... más o menos. Y yo... yo estaba de paso.

Joder.

¡Que te jodan! ¡Que te jodan! ¡Joder!

Mis manos empiezan a temblar incontrolablemente, haciendo que mi teléfono móvil caiga al suelo con estrépito.

Esto no puede estar pasando.

Me tiro de los pelos y respiro hondo pero es inútil. Estoy tan inquieto y agitado que es como si me hubiera bebido no una taza, sino una tonelada de café.

Me subo la camiseta por la cabeza con una ráfaga de movimientos, la dejo caer descuidadamente al suelo y me quito los calzoncillos.

Me meto en la ducha, me pongo lo primero que encuentro en el armario, cojo unas llaves del coche sin pensar en cuál de mis bestias quiero conducir hoy, y salgo de mi piso.

Una vez en el aparcamiento subterráneo, pulso la llave y se abre la puerta del Ferrari negro.

Ferrari será.

No importa. Mientras sea rápido.

Porque no tengo intención de respetar ninguna norma de velocidad.

Me subo, arranco el motor y salgo a toda velocidad.



Hay unos cuantos periodistas merodeando frente a la casa de Sienna, aparentemente esperando a que salga y hable con ellos.

Las cortinas cerradas y las persianas bajadas indican que no tiene intención de hacerlo.

El rugido del motor de mi Ferrari anuncia mi llegada mucho antes de que me detenga frente a la casa. Así que no me sorprende ver a todos los periodistas arremolinados alrededor de mi coche cuando salgo y me dirijo a la casa.

—Shelby, ¿Sienna es tu novia?

—¿Es Hannah tu hija?

—¿Es tu hija?

—¿Desde cuándo os conocéis?

Las preguntas de los periodistas se acumulan mientras me apresuro a llamar al timbre. No contesto a ninguna, pero trato a los buitres como si fueran nada. Aire.

Golpeo el pie con impaciencia. Pasan los segundos y creo que nadie va a abrir la puerta cuando Susan aparece en el umbral, me agarra de la camisa y tira de mí hacia el interior de la casa antes de volver a cerrar la puerta de un portazo y apoyarse en ella.

—Hasta se suben a los árboles y merodean por el jardín. No sé cómo los soportas.

—Normalmente no tengo que aguantar eso —respondo bruscamente— porque no suelo levantarme por la mañana y que me bombardeen con mensajes y llamadas porque supuestamente soy el padre de una hija que he ocultado al mundo.

Susan traga saliva ante mis duras palabras y es entonces cuando tengo la certeza.

Es cierto.

Hannah es mi hija. Mi hija.

Si no fuera así, Susan habría reaccionado de otra manera.

Pero eso... eso era una admisión de culpa.

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está Sienna?

—Ella... —Susan se aclara la garganta— ella está arriba. Con Hannah.

—¿Sabe Hannah...? —me interrumpo porque me falla la voz. Demasiados sentimientos a la vez.

—¿Que eres su padre? Sienna y yo estábamos a punto de explicárselo.

Suelto un bufido incrédulo.

—¿Quieres que te acompañe? Porque a mí también me encantaría que me explicaras por qué me han ocultado a mi hija durante siete años y por qué tengo que enterarme por la prensa de que tengo una hija.

—Shelby, hola...

Sigo la voz tímida y agotada que viene de la escalera y localizo a Sienna.

Está de pie en el rellano, con aspecto cansado y agotado.

Instintivamente quiero cogerla en brazos y consolarla, pero me lo prohíbo.

Después de todo, me ha mentido a sabiendas y me ha tomado el pelo. ¡Durante años!

—¿Qué coño está pasando aquí? —le digo bruscamente—. ¿Qué mierda está pasando aquí, Sienna?

—Por favor... no tan alto —suplica, señalando hacia arriba— Hannah está muy alterada.

—Entonces puedes imaginarte cómo me siento yo ahora mismo —respondo más tranquilo, pero no menos enfadado—. ¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no te pusiste en contacto cuando te quedaste embarazada? ¿Pensaste que no asumiría la responsabilidad? ¿Pensaste que no quería conocer a mi hija? ¿No ser parte de su vida?

—¿No quieres sentarte primero? —ofrece Sienna, haciendo un gesto hacia el salón.

—No.

—Vale —respira hondo, pero no se mueve.

Probablemente sea lo mejor. Cuanto más lejos esté, más fácil me resultará mantenerme frío y enfadado.

—Me di cuenta de que estaba embarazada relativamente tarde. Cuando me enteré, estaba tan alterada que no podía pensar con claridad. Desde el principio tuve claro que me quedaba con la niña pero eso significaba que tenía que dejar mi vida y mi trabajo en Atlanta y volver a Tennessee a vivir con mis padres.

—Si te hubieras puesto en contacto conmigo, te habría traído a Phoenix, respondo secamente.

—Entonces sólo conocía un apellido. Los pasajeros de primera clase de *Southeast Airways* eran extremadamente discretos. En su billete sólo figuraba su apellido y la primera letra de su nombre. Así que no sabía con quién estaba tratando.

—Pero eso se puede averiguar —replico, poco impresionado.

—Cuando me di cuenta de que estaba embarazada de dos meses, habría tenido que hacer una petición por escrito para averiguar tu identidad y entonces me habrían preguntado por qué quería saberlo. ¿Qué tendría que haber contestado?

—¿Qué tal la verdad? De todas formas, en ese momento pensabas dejarlo.

—Lo que hicimos es un delito penal, Shelby. Hay fuertes multas y, en el peor de los casos, incluso una pena de cárcel. Yo también habría recibido una fuerte advertencia y habría dejado de ser empleable. Estar embarazada siendo soltera, sin trabajo y sin perspectivas de encontrarlo es muy poco óptimo.

—¿Qué pasa con la tele, eh? Deberías haberme reconocido con los años.

—Tanto en ese entonces como ahora, no me interesan ni el fútbol ni el hockey sobre hielo. Así que no veo ningún partido.

—¿Así que nunca me buscaste? ¿Simplemente te resignaste a que tu hija creciera sin padre?

—No fue ni de lejos tan fácil como lo estás haciendo ver. No estaba preparada para tener una hija y estaba hasta el cuello de agua. Todo vino a la vez. Ya tenía bastante con Hannah y conmigo como para ir a buscarte. Además, ¿con qué dinero? ¿Y con qué pista? ¿Debería haber contratado a un detective chungo o qué? ¿De qué habría servido? ¿Por dónde debería haber empezado?

¡Joder!

Me paso los dedos por el pelo y no puedo creer cómo ha cambiado mi vida en la última hora.

Un minuto era uno de los solteros más codiciados de Arizona. Ahora soy padre.

La situación me supera.

—¿Un vaso de agua? —me ofrece Susan y yo asiento agradecido—. ¿Por qué no vas al salón y te sientas en lugar de hablar de un tema tan importante entre las puertas?

Cierro los ojos y suspiro.

—Joder —murmuro y respiro hondo.

Entro en el salón tambaleándome y me dejo caer en el sofá.

Susan me pasa el vaso de agua fría y lo vacío de un trago.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando nos volvimos a ver? No puedes decirme que no me reconociste, Sienna.

Sienna toma asiento en el sillón de mi derecha y se frota las rodillas incómoda.

—Te reconocí enseguida —susurra, apenas audible—. Estaba tan conmocionada y sorprendida que no podía pensar con claridad.

Sí, recuerdo aquel encuentro y también la extraña reacción de Sienna, que en aquel momento

pensé que se debía a que estaba nerviosa por mi fama.

La razón era completamente diferente.

—Tuviste *semanas* para decírmelo. Pero no lo hiciste. ¿Por qué? —le pregunté.

—Tenía miedo.

Una frase.

Una simple frase.

Tan tranquila que apenas la entiendo. Una frase para explicar por qué me ha estado llevando de las narices durante semanas.

Lo siento. No es suficiente para mí.

Eso no es suficiente para mí.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—De cómo reaccionarías. Y de lo que harías.

—Así que prefieres mentirme, seguir ocultándome a mi hija y dejar que te eche un polvo aparte, ¿no?

Sienna da un salto, se sobresalta, y casi me arrepiento de mis duras palabras.

Casi.

—Te estoy hablando a ti —la amonesto bruscamente.

—Quería saber qué clase de persona eras antes de dejarte entrar en la vida de Hannah. Y de repente todo cobró vida propia y perdí el momento de decírtelo. En algún momento, fue demasiado tarde.

—Demasiado tarde, ¿no? Perdí seis años con mi hija, Sienna. Siete, con el embarazo. *Eso* es tarde. No la vi crecer dentro de ti, no la vi crecer. No estuve allí para su nacimiento. Ni en su primera palabra. Ni cuando gateó o caminó por primera vez. Ni cuando le salió su primer diente. Ni en su primer día de guardería. Ni cuando empezó el colegio. Me perdí seis cumpleaños e innumerables momentos únicos que nadie podrá devolverme. Así que no me hables de llegar tarde, ¿vale?

Mi voz se ha vuelto más fuerte y enfadada con cada frase y casi estoy gritando cuando llego al final de mi despotrique.

—¿Cómo crees que ha sido para mí? —susurra Sienna entre lágrimas—. He tenido que lidiar con todo yo sola. No tenía ni idea de lo que hacía ni de cómo lo hacía pero había una niña indefensa que me necesitaba. Así que salí adelante. De alguna manera...

—No habrías tenido que hacerlo si yo hubiera sabido todo esto —replico enfadado.

—¿Shelby?

Una voz chillona y asustada me hace girarme.

Hannah está de pie detrás del sofá, abrazando con fuerza un osito de peluche contra su pequeño pecho.

—¿Por qué le gritas a mamá?

Trago saliva y al verla se me saltan unas lágrimas de mierda que no puedo contener.

Corren por mis mejillas como una cascada y, antes de darme cuenta, estoy sentado como un niño avergonzado, llorando como un perro.

—¿Estás triste porque eres mi padre? —pregunta Hannah y corre hacia mí.

Sienta su osito de peluche a mi lado en el sofá y pone sus manitas en mis muslos.

—¿Preferirías no ser mi papá?

Se me hace un nudo en la garganta y no puedo respirar.

Me levanto de un salto y respiro entrecortadamente.

Me mareo. Todo me da vueltas. Y esas malditas lágrimas arden como fuego en mis ojos.

Me tambaleo hacia atrás, choco contra la pared y me apoyo en ella, gimiendo.

—¿Estás bien, Shelby? —oigo preguntar a Susan desde lejos.

—Mamá, ¿qué le pasa a Shelby? —se oye ahora la voz preocupada de Hannah. Por el rabillo del ojo, la veo correr hacia mí y aferrarse a mi pierna.

No puedo soportarlo.

Todo me sobrepasa.

Siento como si las paredes de esta casa me aplastaran y me enterraran bajo ellas.

Tengo que salir de aquí.

Lejos.

Con manos temblorosas, aparto a Hannah de mí y salgo de la casa sin mirar atrás.

En mi estado de completa inconsciencia, me he olvidado por completo de los periodistas que me esperan fuera.

Ellos no se han olvidado de mí.

Así que se dedican a chasquear y gritar mientras me dirijo a mi coche y salgo a toda velocidad.

CAPÍTULO 27

SIENNA



EL SONIDO de la puerta de la entrada cerrándose de un golpe resuena desagradablemente en mis oídos.

Se ha ido.

Shelby se ha ido.

Y estaba... sí... ¿qué, en realidad?

¿Enfadado? Sí, lo estaba. Pero había más que enfado, dolor. Estaba llorando. Lloraba amargamente.

El shock de eso es mucho más profundo que el shock de que todo me haya explotado en la cara.

Nunca hubiera creído posible que un hombre tan fuerte, seguro e inquebrantable como Shelby Sloane rompiera a llorar porque estaba tan herido, abrumado y adolorido.

Es terrible saber que yo le hice esto. Que soy responsable de sus lágrimas. Aunque “*terrible*” no es una palabra que se acerque a hacerle justicia. Ni siquiera estoy segura de que exista una palabra en el vocabulario lo suficientemente fuerte como para describir lo mal que me siento ahora mismo.

—Mamá... ¿por qué lloraba Shelby? ¿Y por qué se ha ido? ¿Ya no le gusto?

Las palabras profundamente inquietas de Hannah hacen que me despierte de mi asombro y la coja en brazos.

—Oh, ratoncita. No eres tú, ¿me oyes? No tiene *nada* que ver contigo. Para Shelby, lo que te he contado también es nuevo y creo que solo necesita un poco de tiempo para asimilarlo, ¿sabes? Pero eso no significa que no quiera ser tu padre o tu amigo. Shelby te quiere mucho. Aunque no pueda demostrártelo ahora mismo. Ahora tenemos que darle un poco de tiempo, ¿vale?

Hannah juega con mi pelo y evita mirarme.

Su pequeña alma de niña está sufriendo por todo lo que ha pasado hoy y ojalá pudiera quitárselo. Por ahora, lo único que puedo hacer es consolarla y estar a su lado.

—¿Va a volver Shelby? —pregunta en voz baja.

—Sí, querida. Volverá. Volverá. Seguro que volverá.

—¿Cómo lo sabes? —susurra, y puedo ver que su labio inferior tiembla peligrosamente.

—Es lo que me dice el corazón. Y en momentos como éste, es importante escuchar a tu corazón.

—Mi corazón no dice nada —susurra Hannah, rodeando mi cuello con sus brazos— pero me duele.

Mis ojos se encuentran con los de Susan, que está extremadamente callada para sus estándares y nos mira, preocupada.

—Hola, cariño —dice ahora y se aclara la garganta—. Sólo hay una cosa que ayuda a un corazón herido: mucho chocolate. ¿Qué te parece si hacemos juntas una tarta de chocolate? ¿Me ayudas?

Hannah sacude la cabeza hacia mi cuello y moquea.

—Venga ya. No vas a abandonar a tu tía Sue. Estoy totalmente perdida sin tu ayuda.

Le acaricio suavemente la espalda y espero a que se despegue de mí.

—¿No quieres ayudar a la tía Sue? Seguro que es muy divertido.

—Sólo si tú también ayudas —murmura en voz baja.

—Claro que te ayudaré. Así que venga. Vamos.

Me levanto con ella en el regazo y sigo a Susan hasta la cocina, donde saca de los armarios los ingredientes y los utensilios para cocinar la tarta de chocolate.

La repostería es la medicina de Susan para el mal humor y la tristeza, y la tarta de chocolate es su panacea, que suele funcionar siempre con Hannah.

Para mi gran alivio, esta vez también.

Hannah tarda un rato en calmarse y ponerse a hornear, pero al cabo de media hora se le han secado las lágrimas y ha vuelto a sonreír.

Voy a la nevera y me sirvo un vaso de vino blanco.

Normalmente nunca bebo antes del mediodía, pero hoy es una excepción. Nadie puede soportar tanto drama tan temprano.

Apoyo las palmas de las manos en la isla de la cocina y respiro hondo.

Si estuviera sola, me derrumbaría aquí y ahora. Me hundiría impotente en el suelo de la cocina, guardaría el vaso y me bebería toda la botella enseguida para quitarme la pena de encima mientras empapo el suelo de la cocina en un mar de lágrimas.

Estoy infinitamente cansada y agotada. Tengo los nervios a flor de piel y las reacciones emocionales de Hannah y Shelby me están agotando.

Pero me doy cuenta de que no se trata de mí. Sabía lo que iba a pasar. He tenido el tiempo más largo de todos para llegar a un acuerdo con esta situación y procesarlo. Para Shelby y Hannah, en cambio, todo es muy reciente.

Así que no tengo derecho a dejarme llevar ahora, ni siquiera a sentir lástima por mí misma.

Todo esto es culpa mía. Soy responsable de este lío y por lo tanto depende de mí solucionarlo. Aunque de momento no tenga ni idea de cómo hacerlo.

El timbre de mi móvil me hace estremecer.

Después de que esta mañana le enviara a Shelby el mensaje de que teníamos que hablar urgentemente, lo he tenido siempre cerca por si me llamaba o me devolvía el mensaje.

Efectivamente, ni siquiera vió mi mensaje, lo que significa que alguien más debe haberle dicho lo que hay en todos los periódicos.

La esperanza de que pueda ser Shelby el que me llama para volver a hablar tranquilamente me hace coger el móvil y mirar la pantalla con el corazón palpitante.

Pero no es Shelby. Es la empresa que organiza los vuelos de apoyo de los *Armadillos* y dudo que me llamen para hablarme de mi plan de vuelo.

—Aquí Sienna Parks, hola —digo con voz firme y me recompongo.

—Señorita Parks. Este es Michael Aubright.

—Sr. Aubright. Encantada.

Se me hunde el corazón en la parte posterior de las rodillas, porque cuando llama el jefe en

persona, nunca es algo bueno.

—Como habrá notado, usted ocupa actualmente las portadas de algunas revistas y periódicos —empieza a decir, lo que me hace salir de la cocina y dirigirme al salón porque ya me imagino lo que viene a continuación. Hannah no necesita oír mi reacción. Ya ha sufrido bastante hoy.

—No me corresponde preguntarle sobre los rumores y su veracidad, pero estoy seguro de que estaremos de acuerdo en que, con el revuelo que le rodea en estos momentos, es mejor que no esté a bordo por el momento.

—Sr. Aubright... necesito este trabajo, y le aseguro que siempre lo he desempeñado con seriedad y a conciencia para plena satisfacción de todos.

—Ya lo sé. Y no digo que vayamos a despedirle, aunque podríamos porque aún está en periodo de prueba. Sólo queremos esperar a ver cómo evoluciona la situación y reservarnos el derecho de actuar en consecuencia. Por el momento, está en libertad. Nos pondremos en contacto con usted cuando hayamos hablado con los *Armadillos* y decidido qué hacer a continuación.

—De acuerdo —murmuro débilmente, porque de todos modos no puedo hacer nada.

El señor Aubright tiene razón. Aún estoy a prueba, lo que significa que pueden despedirme en cualquier momento y sin motivo. Así que si me dicen que no voy a volar de momento, no puedo hacer nada más que acatarlo.

No volar también significa no tener dinero, así que tendré que encontrar un nuevo trabajo lo antes posible para tapar el agujero que deja en nuestras cuentas, hasta que Michael Aubright decida si quiere mantenerme o despedirme.

¿Cómo voy a encontrar un nuevo trabajo a toda prisa ahora que mi foto aparece en las portadas de todos los tabloides?

Eso no es todo. Al colgar, veo que se enciende un mensaje de Daisy. Me ha enviado una foto de los periodistas y paparazzi que están asediando la cafetería y obstruyendo su trabajo y el de sus colegas porque no hay paso para los clientes.

¡Oh, no!

“Mejor quédate donde estás por ahora, hasta que llamen a los buitres para el próximo escándalo”, escribe debajo, lo que significa que mi segundo trabajo también está en peligro.

¿Me puede ir peor?

CAPÍTULO 28

SHELBY



SI SUPONÍA que este día no podía ir a peor, no tenía ni idea que podía acabar en una celda, conmigo entre rejas.

Me siento en la cama dura y estéril con los brazos alrededor de las rodillas.

Miro estoicamente a la pared de enfrente, sintiéndome infinitamente vacío y perdido.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevo aquí sentado. Desde luego, tampoco tengo ni idea de si volveré a salir de aquí y cuándo.

No tengo energía para pensar en ello y, para ser sincero, no quiero.

Me importa una mierda. Como todo lo demás en este momento.

La policía me ha parado porque debo haber pisado el acelerador demasiado fuerte en la autopista.

No es culpa mía si el velocímetro del Ferrari empieza en 100 y termina en 360.

¿De qué sirve conducir un coche rápido si no puedes aprovechar todo su potencial?

Es como comprar un caballo de carreras y luego utilizarlo para jugar a los ponis.

Es un completo desperdicio.

Me echaron la bronca, se enfadaron porque no llevaba papeles, ni carné de conducir, ni carné de identidad, ni teléfono móvil. Me detuvieron sin más y me metieron en una celda.

Llevo aquí sentado pudriéndome desde entonces.

No sé si llamaron a mi abogado, a mi hermano o, peor aún, a mi hermana. No preguntaron y no dije nada.

De alguna manera, la perspectiva de pudrirme en una celda es más soportable que tener que lidiar con mi abogado o mis hermanos.

Al menos aquí nadie me pone de los nervios.

Justo cuando acabo este pensamiento, la llave gira en la cerradura y la puerta se abre.

—Tengo que reconocerlo, Shelby, sabes cómo colarte en una fiesta.

Giro la cabeza y mis ojos se abren de par en par, incrédulos, al ver a la alta pelirroja de pie en la puerta de mi celda, con los brazos cruzados delante del pecho y vestida con un traje pantalón verde menta.

—¿Arielle? ¿Qué haces tú aquí?

—Te lo explicaré cuando salgamos de aquí. Así que saca el culo de esta celda y pasa desapercibido.

La miro con suspicacia.

—¿Caiden y tú habéis venido aquí para ayudarme a escapar?

Arielle levanta las cejas y resopla divertida.

—No, bromista. Hoy hemos pensado hacerlo de forma legal, para variar, y hemos pagado la fianza. Ahora vamos.

Sin esperarme, se da la vuelta y sale de la celda.

Me levanto de un salto y la sigo.

Arielle camina a paso ligero y no mira atrás ni una sola vez para ver si la sigo.

O no le importa o está segura de sí misma.

Probablemente las dos cosas porque estamos hablando de Arielle Remington. Es una mujer de negocios dura como un clavo que hace temblar de miedo a los gerifaltes del mundo del hockey con su temperamento y su delicadeza.

Justo antes de llegar a la salida de la comisaría, se detiene y se gira hacia mí. Abre su bolso y saca unas gafas de sol y una gorra de béisbol.

—Toma, pónelas.

Las cojo en silencio y hago lo que me pide antes de seguirla hasta su coche y subirme.

—¿A dónde vamos?

—A casa —responde secamente—. Caiden y Ruby ya te están esperando.

—Joder —gimo, frotándome la cara—. ¿Puedes llevarme de vuelta? A la cárcel, quiero decir.

—Ni hablar, Shel. Arreglaremos tu mierda ahora y luego te centrarás en el inicio de temporada contra los *Florida Falcons*, ¿vale?

—Nada está claro. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué me recoges y me sacas del apuro? Trabajas para Denver, no para Arizona. Y por lo que sé, dejaste a mi hermano. ¿Cuál es el juego aquí?

Me giro hacia Arielle, que agarra con fuerza las manos alrededor del volante y se tensa notablemente al oír mis palabras.

—Lo de Denver está en el pasado. Soy la nueva jefa de los *Armadillos* —dice con voz fría y segura, dirigiéndome una rápida mirada de reojo que destruye cualquier esperanza de que esto no sea más que una estúpida broma, por el amor de Dios.

¿Elle es nuestra nueva jefa?

¿Así que son ciertos los rumores de que su padre deja el campo y cede las riendas del equipo a su hija?

¡Mierda!

Hoy ni siquiera debería haberme levantado de la cama. Porque este día tiene reservadas más sorpresas de las que puedo soportar.



Nada más cruzar el umbral de mi piso, recibo una dolorosa bofetada en la nuca.

—¿Qué te dije, eh? Dije: mantén la calma. Mantén los nervios. Y no te muevas del puto sitio hasta que llegue a ti. ¿Y qué haces tú? Todo lo contrario. ¿En qué estabas pensando? Ah, déjame adivinar: no estabas pensando en nada porque eso es por lo que Shelby Sloane es famoso y notorio.

—Vale, Ruby, lo tenemos —interrumpe Caiden a mi hermana, que se ha colocado justo al lado de la puerta para golpearme con un palo de hockey.

Caiden se apoya en la puerta del salón con expresión tensa y me atraviesa literalmente con su mirada láser.

—¿Y? —es todo lo que dice. Una palabra. Completamente sin sentido y, sin embargo, abarcadora.

—Es mi hija —respondo con voz entrecortada—. Hannah... es mi hija.

Dios, es tan surrealista decir eso. Y los sentimientos que me embargan me hacen llorar de nuevo.

Una pequeña sonrisa aparece en la cara de Caiden y se aparta de la pared para caminar hacia mí y darme un abrazo.

—Felicidades, hermano —me susurra al oído y me abraza con fuerza.

No solemos hacer esto. No somos blandos.

Pero ahora me siento muy bien con un salvavidas en este mar tormentoso que me sujeta y se asegura de que no vuelva a hundirme.

—¿Nos tomamos una cerveza y me lo cuentas todo? —me ofrece, masajeándome los hombros tensos—. Sólo tú y yo, ¿vale? Echaremos a las chicas.

—No me he sentado aquí tanto tiempo sólo para que me echen —se queja Ruby, poniendo las manos en las caderas con gesto adusto.

—¿Por qué no vas a tomar un café con tu nueva jefa y le cuentas un poco del mundo de los *Armadillos*, hermanita? Nos pondremos en contacto contigo cuando estemos listos.

Miro a Elle, que está apoyada en la pared y aún no ha dicho nada.

—Así que ya sabes que Elle...

—¿Es la nueva jefa de los *Armadillos*? Sí, desde anoche —me interrumpe Caiden con voz de reproche. Sin embargo, la acusación no va dirigida a mí, sino a Elle.

Eso también explica por qué no ha podido ser localizado por Ruby esta mañana. Estoy segura de que él y Elle han estado discutiendo toda la noche, aunque por la forma en que se miran, me inclino por una discusión muy explosiva. Cuando los dos están juntos, siempre hay una explosión. En un sentido o en el otro. O se aman fuerte y apasionadamente, o discuten fuerte y apasionadamente. A veces ambos al mismo tiempo.

—Vamos, Ruby. Te estoy invitando. Hay mucho de qué hablar —dice Elle con reserva, pero no mira a Ruby, sino a Caiden.

Aleluya... casi puedo oír el crepitar y el silbido del cordón de dinamita ardiendo.

Todo está a punto de estallar en nuestras caras.

Antes de llegar a eso, Elle y Ruby abandonan mi piso y el silencio sustituye al amenazador crepitar en el aire.

—¿Te vas a follar a tu jefa o cómo vas a solucionar esto en el futuro? —pregunto, frunciendo el ceño, y me dirijo a la cocina, donde saco dos cervezas de la nevera.

—¿Te estás follando a la madre de tu hija, o cómo vas a solucionar esto en el futuro? —replica Caiden, apoyándose en la encimera frente a mí.

—Mierda, tío... —suspiro, abro de nuevo la nevera y saco dos cervezas más.

En este caso, dos es mejor que una. ¿O mejor tres?

—Toma —abro las botellas y le doy dos a Caiden.

Luego vamos al salón y nos tumbamos en el sofá.

Nadie dice nada durante un rato.

Nos limitamos a dar sorbos a las cervezas y a mirar la pared.

—Por aquel entonces, en el vuelo de Boston a Arizona... Aquel día estaba hecho un lío y completamente fuera de mí. Me desperté por la mañana y no sólo me había convertido en

jugador profesional de hockey sobre hielo de la noche a la mañana, sino también en millonario. Fue una locura... y cuando llegué al aeropuerto, me dijeron que volaba en primera clase. Así que subí al avión y conocí a una azafata preciosa, con una sonrisa cálida y unos ojos brillantes y divertidos. Me gustó enseguida y, al parecer, yo también le gusté a ella, así que una cosa llevó a la otra y... bueno...

—¿Lo hicisteis juntos? ¿En el avión? —pregunta Caiden, atónito.

—Sí. Lo hicimos. Fue un acto prohibido ultra caliente, mega rápido y loco, sin tiempo para un condón.

—¿Así que Hannah se hizo a diez mil metros sobre el nivel del mar? Vaya —exclama Caiden, silbando apreciativamente—. Esa chica es realmente algo especial.

—Sí, lo es —respondo, sonriendo soñadoramente—. Es inteligente, amable y llena de vida. Te va a encantar Hannah. Es una chica estupenda. Como su madre.

—¿La madre que te ocultó a tu hija durante seis años, siete si cuentas el embarazo?

Dejo salir el aire de mis pulmones ruidosamente y asiento con la cabeza.

—Exactamente ella.

—¿Por qué nunca te lo dijo?

—Porque no sabía quién era yo y sólo se dio cuenta de que estaba embarazada cuando no tuvo posibilidad de conseguir mis datos sin que la aerolínea hiciera preguntas incómodas.

—Tío... sales en la tele y tu cara suele adornar las páginas de los tabloides, o las noticias deportivas.

—Lo cual sólo sabes si también ves estos canales de televisión o lees los periódicos pertinentes.

—Vale, como quieras. Pero, ¿por qué no te lo dijo cuando se reencontró contigo en Arizona? Me encojo de hombros y bebo otro sorbo de mi botella.

—Quería conocerme primero y ver cómo era. Averiguar qué clase de persona soy. Pero luego acabamos juntos en la cama y...

—Y no encontró el momento adecuado porque las cosas se complicaron entre vosotros, ¿o me equivoco?

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—No sé... traicionado, supongo. Traicionado. Mentido. Tomado por sorpresa. Atropellado. Abrumado.

—¿Y qué hay de... feliz? —pregunta Caiden, alcanzando su segunda cerveza—. Al menos ahora tienes una hija. Una hija adorable, por cierto.

—Me he perdido seis años de su vida, Caiden. Seis putos años.

—Eso apesta, sí, pero ya no se puede evitar. Así que deja de torturarte con ese pensamiento y céntrate en los años que os quedan juntos. Porque puedes influir en ellos. No en el pasado.

—Puede ser. Y la forma en que lo dices suena simple y lógica. Pero realizarlo me parece completamente imposible en este momento. Yo... simplemente no puedo.

—Es comprensible. ¿Cómo reaccionó Hannah? ¿Hablaste con ella?

El recuerdo de Hannah preguntándome, apretando el osito contra su pecho, si estoy triste porque soy su padre me hace apretar los labios y entrecerrar los ojos, esperando no echarme a llorar otra vez.

—Bien, no hagamos eso. Necesitas tiempo para respirar hondo y asimilarlo todo. Lo comprendo. Este es el plan: Ruby y yo ya hemos hablado con mamá, papá, Elliott y tu agente. Te dejarán en paz los próximos días. En cuanto a Elle, los *Armadillos* anunciarán el cambio de

liderazgo mañana, causando un terremoto en el mundo del hockey. Eso desviará la atención de ti y de Sienna, sobre todo porque la temporada empieza inmediatamente después. Se suponía que todo pasaría más tarde, pero Elle ha accedido a salvarte el culo.

—¿Por qué haría eso?

—Fue... —Caiden se aclara la garganta y mira a un lado para que no pueda verle la cara— fue su regalo de despedida para mí.

—Joder, Cai... —suspiro y agarro el hombro de mi hermano, dándole un reconfortante apretón—. ¿Habéis roto a pesar de que por fin volvéis a vivir en la misma ciudad?

—Ella es la jefa de los *Armadillos* desde mañana. Y yo soy uno de sus jugadores. Encuentra el error, Shel.

—Vaya mierda —gimo, cerrando los ojos.

—Deberías llamar a Sienna y hablar con ella —Caiden cambia de tema, dando a entender que ya no hablará más de Ariel.

Es un milagro que haya hablado de ella y de su supuestamente inexistente relación.

—Lo haré. Pero primero necesito aclarar mis ideas.

—¿Qué pasa con la niña? Ella no puede evitar el lío que sus padres están causando en este momento.

—Tal y como estoy en este momento, sólo conseguiría asustarla y confundirla. Necesito calmarme antes de hablar con ella.

—Me parece justo. Lo que tú digas. No voy a convencerte.

—Ya está. —trago saliva y respiro hondo—. Había un montón de fotógrafos y periodistas fuera de la casa de Sienna. Tengo que ocuparme de ello. ¿Sabes dónde está mi móvil?

Quiero levantarme a buscarlo, pero Caiden me retiene.

—Todo ocurrió hace tiempo. Arielle ha utilizado sus contactos con la policía para asegurarse de que Sienna se queda sola. Y si la bomba estalla mañana, con suerte no la molestarán más. Al menos no en la medida en que lo es ahora. No obstante, deberías elaborar una estrategia de relaciones públicas con Ruby. Porque tendrás que enfrentarte a los medios en algún momento. A menos que quieras mantener el asunto en secreto, que también es una posibilidad, pero será mejor que hables de eso con Ruby. Ella es la experta en este campo.

—De acuerdo —murmuro—. Tomo nota.

Nos quedamos en silencio y, justo antes de que se me cierren los ojos, me oigo susurrar medio dormido:

—Puede que me haya equivocado todos estos años, Cai. Elle es una gran mujer. Deberías luchar por ella.

CAPÍTULO 29

SIENNA



—¿ESTÁS segura de que es buena idea mandarla de nuevo al colegio?

Me muerdo el labio inferior y discuto con mi hermana mientras espero a que Hannah salga de su habitación para desayunar.

—Desde que se anunció que Arielle Remington sería la nueva gerente de los *Armadillos*, el interés por tu rollo con Shelby ha disminuido considerablemente. Con cada día que Hannah falta a la escuela, se atrasa más en el curso.

—Todavía hay bastante gente interesada en esta historia. Temo que acosen a Hannah.

—Siento robarte la ilusión, hermanita, pero seguro que Hannah será abordada la dejes en casa otros dos días, dos semanas o dos meses. A la gente le encanta hurgar en los trapos sucios de los demás. Y estos temas del corazón son unos de los favoritos.

Me froto los brazos, tiritando, a pesar de que hace un poco más de veinte grados centígrados fuera durante el día. No parece que estuviéramos en cambio de estación.

—Ojalá pudiera protegerla de ello.

—Pero no puedes. Los niños tienen que librar algunas batallas por sí mismos. Incluso aquellas que no eligieron. Eso forma parte de la vida. Además, todavía estoy allí. Enseño en esa escuela, ¿recuerdas? Si le pasa algo, me enteraré inmediatamente y actuaré en consecuencia.

Antes de que pueda responder, la puerta de la habitación de Hannah se abre de un tirón y ella baja las escaleras retumbando.

Le he dicho que hoy vuelve al colegio y, aunque no lo entiendo en absoluto porque siempre oí el colegio, parece que a ella le hace mucha ilusión.

—¿Bien, cariño? —sonrío y acaricio sus rizos rubios, que se revuelven salvajemente—. ¿Has dormido bien?

Asiente contenta y come con avidez sus copos de maíz.

—Oye, escucha, cariño... —me siento a su lado y le cojo la mano— si pasa algo, si alguien te molesta o te dice algo estúpido sobre Shelby, mantén la calma, sé educada y responde que no hablas de asuntos privados. Y si siguen preguntando, te das la vuelta y te vas, ¿vale?

—De acuerdo —responde Hannah, entre dientes—. ¿Cuándo viene Shelby a visitarnos otra vez?

Suspiro resignada.

Hannah me hace esta pregunta unas cinco veces al día y cada vez mi respuesta es: pronto.

Pero la verdad es que no lo sé.

No sé nada de Shelby desde su precipitada marcha.

Sólo han pasado unos días, pero parece una eternidad.

Una eternidad en la que sólo puedo pensar en él y en lo mucho que Hannah, y reconozco que yo también, le echamos de menos.

Me pregunto si ya estará discutiendo con sus abogados de cómo puede pedir la custodia de Hannah.

Esta idea me pone la piel de gallina.

Hannah aparta el bol de cereales vacío, se levanta y lo mete en el lavavajillas.

—Lávate los dientes y luego nos vamos —la llamo y me despido de Susan con un abrazo.

—Te las arreglarás —me anima—. Igual que Hannah.

Asiento con la cabeza y me esfuerzo por sonreír con confianza.

Ahora que las cosas se han calmado un poco y los medios de comunicación se centran en la atractiva nueva jefa de los *Armadillos*, Daisy me ha escrito diciéndome que puedo volver al trabajo. Por supuesto, acepto inmediatamente su oferta, sobre todo porque *Luxspo Aviation*, la empresa que organiza los vuelos de los *Armadillos*, no me ha dicho nada sobre mi paradero.

Abrazo a Hannah, le doy un beso en la coronilla y las saludo con la mano mientras suben al coche de Susan y se marchan.

Luego cojo mi mochila y salgo en dirección contraria.



Estoy sentada en las escaleras de detrás de la cafetería, almorzando, cuando empieza a sonar mi móvil.

Es Susan.

—Hola, ¿estás bien? —pregunto alarmada—. ¿Ha pasado algo?

—Hannah ha tenido un accidente —la voz de Susan suena preocupada, lo que sólo me asusta más.

—¿Qué, qué ha pasado?

Me levanto de un salto, abro de un tirón la puerta de la sala de descanso, cojo el bolso y salgo corriendo hacia el coche, sin saber qué ha pasado ni adónde tengo que ir.

Las palabras “*Hannah*” y “*accidente*” en una misma frase hacen saltar todas mis alarmas.

—Corrió delante de un coche y la atropellaron.

La sangre se me hiela en las venas y mi mano se detiene a medio movimiento en el contacto.

—¿Se puso delante de un coche? ¿Fue atropellada por un coche? ¿Cómo es posible? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está ahora? ¿Quién está con ella?

Las preguntas chasquean como latigazos sobre Susan mientras mi pánico se apodera cada vez más de mí.

—Está en el hospital recibiendo tratamiento. Yo estoy con ella. Está bien dadas las circunstancias, pero si puedes, deberías venir aquí.

—Voy para allá —digo entre dientes y consigo la dirección del hospital donde han ingresado a Hannah.

No tengo ni idea de cómo me las arreglo para llegar allí en una pieza, pero lo hago.

Con manos temblorosas, salgo del coche y entro en el edificio. Susan me ha dicho la planta donde puedo encontrarlos.

Al salir del ascensor, veo a Susan caminando por el pasillo.

—¿Dónde está? —pregunto sin aliento y miro frenéticamente a mi alrededor.

—Le están haciendo una radiografía. En cuanto esté lista, podrás verla.

—¿Qué le pasa exactamente? ¿Está consciente? ¿Se ha roto algo?

Susan me agarra de los hombros y me obliga a mirarla.

—Respira, Sienna. Inhala hondo y ahora exhala. Está consciente, ¿vale? Los médicos están intentando averiguar si se ha roto algo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? No entiendo nada... —murmuro con voz apagada y entrecortada.

—Un par de periodistas aparecieron durante el recreo y sacaron fotos de Hannah jugando en el patio del colegio. Ella no está acostumbrada al bullicio y quiso esconderse de ellos, por eso corrió hacia el aparcamiento. Lo que pasa es que en ese momento venía un coche y no lo vio porque miraba atrás, a los periodistas que la seguían.

Me tapo la cara con las manos y reprimo un fuerte grito.

—Lo siento mucho, Sienna. Te convencí para que la enviaras de vuelta al colegio. Todo esto es culpa mía.

Susan tiene la voz quebradiza y sé que ha estado llorando.

Me acerco a ella y le aprieto el brazo.

—Esto podría haber ocurrido en cualquier momento y en cualquier lugar. Incluso si no la hubiera enviado de vuelta hasta dentro de un mes. Así que, por favor, deja de culparte.

—¿Dónde está? —una voz jadeante suena detrás de nosotras, haciendo que me congele como una estatua de sal.

¡Shelby!

—La están pasando por rayos X —le informa Susan, que, a diferencia de mí, no parece ni un poco sorprendida de verlo.

—He informado a Shelby —dice Susan, despejando el misterio.

—Pero... ¿pero cómo has conseguido su número? —tartamudeo.

Susan se encoge de hombros tímidamente.

—Se lo pedí. Por si no se ponía en contacto. O para casos como éste. Después de todo... —hace una pausa y traga saliva antes de continuar— es el padre de Hannah.

Me giro hacia Shelby en cámara lenta, y tan sorprendida como estoy de verle aquí, también me siento aliviada y feliz.

—Hola —susurro, forzando una sonrisa pero fracasando miserablemente.

—Hola —se hace eco Shelby y viene hacia mí.

Se detiene justo delante de mí. Nuestras miradas se cruzan y se comunican sin que una sola palabra salga de nuestros labios.

Un carraspeo detrás de Shelby pone fin a este momento de conexión invisible entre nosotros y atrae nuestra atención hacia el hombre de la bata blanca.

—¿Son ustedes los padres de Hannah?

—Sí —respondemos Shelby y yo al unísono.

—Ya pueden ver a su hija. Habitación 412. Puedo dar el visto bueno. No hay nada roto. Sólo sufrió algunas abrasiones y un choque, pero salió ilesa. Tuvo mucha suerte de que el coche circulara a baja velocidad en el aparcamiento. Podría haber sido diferente.

—Gracias, doctor —murmuro con la garganta seca y escudriño las puertas a nuestro alrededor en busca del número 412.

—Está allí —grita Shelby, señalando a Hannah, a la que llevan en camilla a una habitación.

Me coge de la mano y corremos hacia ella. A pesar de mis esfuerzos, no puedo contener las lágrimas al ver a Hannah tumbada, débil y cansada en la cama grande, con todos los rasguños y los ojos llorosos.

—Hola, cariño —le susurro y le acaricio suavemente la cara—. Lo siento mucho.

—¿Mami? —murmura agotada y abre los ojos.

Cuando me reconoce, sonrío con valentía.

—Ya estoy aquí, mi angelito. Y mira a quién he traído conmigo: a tía Susan y... a Shelby.

Al mencionar el nombre de Shelby, los ojos de Hannah parpadean de alegría.

—¿Nos quieres otra vez, Shelby? —pregunta esperanzada.

Oigo a Shelby respirar agitadamente a mi lado y coger la mano vendada de Hannah.

—Claro que sí. Nunca he dejado de quereros. No lo dudes ni un segundo, cariño.

—¿Pero entonces por qué fuiste a gritarle a mamá?

—Bueno, ya sabes, los adultos a veces discuten porque no siempre es fácil ser adulto, pero vuelven a llevarse bien. A veces sólo necesitan un poco de distancia y tiempo para pensar.

—¿Y ahora habéis hecho las paces? —quiere saber.

Miro a Shelby, que me devuelve la mirada y responde:

—Estamos en ello.

Hannah pone cara triste.

—No quiero que os peleéis porque os quiero a las dos.

—Nosotros también te queremos, cariño. Y eso nunca va a cambiar.

—Pero yo también quiero que os queráis —resopla, desgarrándome el corazón.

—¿Por qué no salís y habláis, entonces? Podéis aprovechar para preguntar cuándo le darán el alta a Hannah. Mientras tanto, yo me quedaré aquí haciéndole compañía —interviene Susan antes de que la opresiva atmósfera de la habitación nos sepulte a todos.

—¿Te parece bien? —le pregunto a Hannah y le aparto un rizo de la cara.

Ella asiente.

—¿Shelby? —le grita cuando casi estamos saliendo por la puerta.

—¿Sí, Barbie Girl? —le dedica su irresistible sonrisa de Shelby, que hace que todo dentro de mí se estremezca y cosquillee, como si tuviera no sólo un enjambre de mariposas, sino todo un nido de avispas en el estómago.

—¿Vas a volver?

Me doy la vuelta precipitadamente porque no quiero que Hannah vea las lágrimas deladoras que brotan de mis ojos ante su pregunta asustada.

—Sí, lo prometo.

—¿Lo prometes? —sondea Hannah con escepticismo.

Shelby vuelve a la cama con una sonrisa y abraza suavemente a Hannah.

—Te lo prometo, Barbie.

CAPÍTULO 30

SHELBY



ME RESULTA INCREÍBLEMENTE difícil volver a soltar a Hannah, y aún más difícil es no hacerle saber lo impactado que estoy de que esté en el hospital.

Por mi culpa.

Susan me contó lo que le sucedió en unas breves frases por teléfono, tras lo cual corrí inmediatamente al hospital y probablemente volví a provocar la ira de la Patrulla de Carreteras.

Hannah no habría corrido delante de un coche si su padre fuera un don nadie que no interesara a los periodistas.

Es mi culpa que la persiguieran.

¿Y yo? No lo vi venir, aunque llevo años en el punto de mira y sé cómo funcionan las cosas.

Sin embargo, no tomé precauciones. No protegí a mi familia. Y Hannah casi tuvo que pagar por ello con su muerte.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que cruje y cierro las manos en puños furiosos y desesperados.

—Quizá tenías razón —siseo, emocionalmente alterado.

—¿Sobre qué? —pregunta Sienna, mirándome sorprendida.

—Que no soy un buen padre. Que soy incapaz de asumir responsabilidades. Que no puedo ponerme las pilas.

—Yo nunca he dicho eso, Shelby —objeta ella—. ¿De qué estás hablando?

—De que estaba tan preocupado por mí mismo que defraudé a mi familia. Si los hubiera cuidado mejor, este accidente nunca habría ocurrido.

—Oye —advierte Sienna suavemente y viene hacia mí—. No empieces. Ya es suficiente con que Susan se culpe a sí misma del accidente. Ahora, por favor, no lo hagas tú también. Como has dicho, fue un accidente. Los accidentes ocurren.

—No habría pasado si Hannah no se hubiera puesto en el foco público. O si hubiera contratado seguridad personal para ella. Todo es culpa mía y lo siento muchísimo.

Mi voz suena quebradiza y me avergüenzo de ello. Igual que me avergüenzo de haber abandonado a Hannah y Sienna a su suerte.

Qué patético fracaso soy.

Sienna hizo lo correcto criando sola a Hannah. Está mucho mejor sin mí.

—No podrías haberlo evitado, Shelby. Si no hubiera pasado en la escuela, habría pasado en otro lugar, en algún momento. Así que si alguien aquí tiene algo que lamentar, soy yo por no decirte que Hannah era tu hija. Debería habértelo dicho después de volver a verte. Después de

cenar como muy tarde, cuando tenía claro que tu corazón estaba en el lugar correcto. En lugar de eso, fui a tu casa y me acosté contigo. Eso estuvo mal por mi parte. Y cutre. Y puedo entender que me desprecies. Me lo merezco.

¿Despreciarte?

Aunque quisiera, no podría. Jamás.

Sí, vale, Sienna me mintió deliberada e intencionadamente. Pero cuanto más lo pienso, mejor entiendo sus motivos.

Su trabajo como madre es proteger a su hija y actuar en su mejor interés.

Si yo hubiera estado en su lugar, aunque me cueste verme como mujer, le habría hecho un chequeo exhaustivo al tipo en cuestión antes de hablarle de su hija.

Porque, ¿y si resulta ser un cabrón escurridizo? ¿Un cabrón violento? ¿Un loco raro? ¿O un notorio mentiroso?

Sí, Hannah tiene derecho a tener a su padre pero hay una delgada línea entre un progenitor y un padre. Sólo porque seas el progenitor de un bebé no significa que tengas derecho a ser llamado *padre*.

Tienes que ganártelo comportándote como tal.

Y si no lo haces, es mejor que la madre busque a un hombre que quizá no sea el padre biológico, pero que sea un padre consciente y cariñoso.

También sigo creyendo que Sienna, con su carácter afectuoso, servicial y realista, no estaba tramando ninguna travesura.

El hecho de que no me echara encima a sus abogados después de descubrir quién era realmente y lo que poseo desde el punto de vista económico, también habla en mi favor. Incluso cuando no sabía nada de mi paternidad y me ofrecí a ayudarla económicamente, se sintió insultada y provoqué una gran discusión.

Sólo una persona con un corazón puro se comporta así. Como Sienna.

Hay que admitir que no se me ocurrió esta sabiduría por mi cuenta.

Después de dos días de no contestar a ninguno de sus mensajes o llamadas, mi madre se subió a un avión para venir a verme y me tiró la puerta abajo.

En realidad es la dulzura personificada y la única persona que sabe cómo domar a mi padre, que es una de las personas más aterradoras que conozco.

Cuando se puso en modo madre, me demostró de manera impresionante que puede hacer las cosas de otra manera dándome un sermón que fue bastante épico.

¿Y qué puedo decir? Tuvo un efecto...

—No te desprecio, Sienna. Sólo estaba conmocionado y abrumado. Por eso tuve que tomarme mi tiempo para digerir y ordenar todo.

Sienna asiente sin apenas darse cuenta y juega nerviosamente con el dobladillo de su camisa.

—¿Y a qué decisión llegaste? —pregunta, apenas audible.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Quieres...? —se aclara la garganta y levanta los ojos, llenos de miedo— ¿Quieres la custodia?

—¿Custodia? Yo... bueno... ¿no tengo derecho a ella? Quiero decir... porque biológicamente soy su padre.

—No, tú... así que tendríamos que resolverlo en el juzgado, o al menos que lo resuelvan nuestros abogados. Cómo dividimos a Hannah entre nosotros... con quién está cada día, o si se queda conmigo y tú vienes a visitarla.

Dios. ¡Eso suena horrible! Todo eso.

—No pienso ir a juicio y tampoco quiero que se involucren abogados. Podemos... podemos arreglar esto entre nosotros, ¿no?

—Sí, claro. Sólo pensé... bueno, pensé... —tartamudea.

—Espero que no pensaras que te la iba a quitar, ¿verdad?

Sienna hace una mueca de dolor al oír mis palabras.

—Tendrías que haberte visto y oído, Shelby. La forma en que me gritaste lo que te habrías perdido en la vida de Hannah por mi culpa. Y si yo hubiera estado en tu lugar, probablemente habría reaccionado igual.

Mierda.

Tiene razón.

Estaba bastante cabreado esa mañana, por no decir que exploté.

No ha sabido nada de mí desde entonces.

Sienna debe haber pasado un infierno pensando que yo estaba tramando una venganza contra ella.

—Siento haberte gritado. Fue inapropiado e irrespetuoso.

—No. Lo entiendo. No tienes que disculparte.

—Puede que no. Pero lo hago. También que asusté a Hannah con ello.

Sienna suspira y se rodea el torso con los brazos.

—Quizás algún día los dos consigamos dejarlo todo atrás y empezar de nuevo. Bueno... como amigos, quiero decir. Ahora que Hannah nos ha conectado, estaría bien que nos lleváramos bien.

Trago saliva y pienso que le he oído mal.

¿Amigos?

¿Ella... quiere ser *amiga* mía? ¿Después de todo lo que hubo y que hay entre nosotros?

Pensé que ahora que por fin todo ha salido a la luz y podemos hablar en paz, tendríamos una oportunidad como familia. Como una familia *de verdad*.

Sienna obviamente no lo ve así.

—Deberíamos reunirnos y hablar sobre qué hacer a continuación —dice en ese momento—, bueno, con Hannah, quiero decir.

—Sí... supongo que deberíamos —respondo débilmente.

—Voy a buscar a un médico y preguntar cuándo le darán el alta.

—Iré contigo.

Sienna asiente y juntos vamos en busca del médico de guardia, que nos dice que le gustaría que Hannah pasara la noche en observación.

—Me quedará con ella —afirma Sienna con decisión—. ¿Es factible?

—Por supuesto. Haremos que te traigan una cama supletoria.

—Gracias. Muy amable.

—Pero, por favor, aclare las modalidades de pago en recepción.

El malestar en el rostro de Sienna no se me escapa, así que tiendo la mano al doctor y le respondo con una sonrisa de agradecimiento.

—Lo haremos enseguida.

Se marcha y me quedo a solas con Sienna.

—¿Estás de acuerdo si pago la factura y hablamos tranquilamente en los próximos días sobre cómo queremos manejar esto en el futuro? Sé que tu independencia económica es importante para ti y también soy consciente de que trabajas duro para que no te falte nada. Pero tendrás que aceptar que quiero aportar mi granito de arena, aunque tú no quieras mi dinero.

Sienna me mira pensativa y durante un largo rato hasta que finalmente aparta la mirada y exhala ruidosamente.

—De acuerdo. Por una vez, porque ahora ando corta de dinero.

Esta frase hace que me duelan los oídos.

—¿Por qué corta de dinero? Tienes dos trabajos. ¿No es suficiente?

Sienna mira al suelo y se sonroja.

—¿Qué está pasando? ¿Qué no me estás contando? Venga, suéltalo.

—No pude trabajar en la cafetería durante unos días porque había periodistas merodeando por todas partes. Y el proveedor de servicios que organiza tus vuelos me ha dado una excedencia indefinida.

Hago un gesto de incredulidad.

—¿Cómo dices? ¿Por qué?

—Por nuestra culpa. Por el revuelo mediático. Es comprensible, ¿no?

—No —respondo bruscamente y siento que una nueva rabia aflora en mi interior—. No es por eso. Lo solucionaré.

—Shelby...

—¡Nada Shelby! No me lo puedo creer. Esto no puede ser verdad. Estoy realmente harto.

Me oigo cada vez más fuerte y me detengo en mi rabia porque le prometí a Sienna hace apenas cinco minutos que dejaría de gritar.

Esto es más difícil de lo que pensaba. ¡Maldita sea!

—Lo siento. Yo tampoco sé qué me pasa.

Respiro hondo y pongo la mano en la espalda de Sienna, caminando con ella hacia el mostrador de registro.

—Escucha, Parks, esta noche tengo partido. Es en casa y el primer partido de la temporada. Puedo venir antes y después, pero si quieres, me quedo hasta el final y lo cancelo.

Sienna me pone la mano en el pecho y saboreo el calor tranquilizador que irradia. Al mismo tiempo, siento un deseo tentador y unas ganas casi irresistibles de rodearla con mis brazos y abrazarla.

—Hannah no querría que cancelaras un partido tan importante por su culpa. Además, tú mismo has visto que no ha sufrido ningún daño grave. Adelante. Si quieres, te llamo mañana y te aviso cuando le den el alta.

—Eso no es necesario —digo con firmeza—. Vendré aquí a primera hora de la mañana y esperaré contigo hasta que el médico dé el visto bueno. Y luego te llevaré a casa.



—Hola, Ruby —llamo a mi hermana, que acaba de entrar en el estadio de la mano de Chase Solomon.

—¿Cómo está Hannah? —pregunta ansiosa cuando me ve y se despide del novato con un beso.

Ruby es una maldita perra dura y probablemente la hermana más molesta del mundo, pero tiene el corazón en su sitio, por eso le pido ayuda ahora.

—No es tan malo como me temía. Pero podría haberse evitado si los periodistas no la

hubieran asustado y seguido.

Mi voz es cortante y mi ira hierve y burbujea peligrosamente bajo la superficie.

—Estamos trabajando estrechamente con el colegio para ver si podemos presentar cargos y demandar por daños y perjuicios —me informa Ruby con tono apaciguador.

—Eso está bien. Pero por desgracia no es suficiente.

—¿Qué quieres decir? —pregunta suspicaz.

—Algo así no debe volver a ocurrir. Es más, no debería haber ocurrido en primer lugar. ¿En qué clase de sociedad vivimos que los periodistas se abalanzan sobre niños indefensos para conseguir su historia de mierda?

Ruby me arrastra con ella a un rincón tranquilo donde nadie pueda oírnos porque mi tono de voz áspero hace que la gente que corretea fuera del juego nos mire con curiosidad.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. ¿Qué pretendes, Shelby?

—¿Puedes asegurarte de que me entrevisten? ¿Después del partido?

Ruby hace un sonido de aprobación.

—Por supuesto. Como sueles evitar las entrevistas por todos los medios, supongo que estás tramando algo. ¿Quiero saberlo?

—No.

—¿Me despedirán por esto?

—No.

—¿Te despedirán por esto?

—Creo que no.

Ruby deja escapar un suspiro resignado.

—Bien, te pondré en la lista y avisaré a los responsables de prensa.

—Gracias, Ruby. Te lo agradezco. Y... hay algo más.

—Creo que estás confundiendo la inauguración de la temporada con la Navidad, hermano. Hoy no es día de regalos.

—Déjate de tonterías —gruño impaciente—. Se trata de Sienna.

—¿No se ha tratado de eso todo el tiempo?

Ignoro el comentario burlón de mi hermana y voy directa al grano. El partido es inminente y tengo que empezar a centrarme en él cuanto antes pero no puedo hacerlo hasta que sepa que Sienna dejará de estar penalizada por mi culpa.

—La compañía que organiza nuestros vuelos... no sé cómo se llama... la han dejado marchar por su relación conmigo. Es injusto e inaceptable. Ella trabajó duro y concienzudamente. Lo sé porque siempre estuve a bordo. Y eso es lo único que importa. Lo que haga en su tiempo libre y con quién lo haga es cosa suya. Quiero que recupere su trabajo.

Ruby ladea la cabeza y sonrío.

Entrecierro los ojos:

—¿Qué?

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad?

—Eso no viene al caso y desde luego no voy a discutirlo contigo.

—¿Por qué no? Te entrometiste entre Chase y yo a voluntad —rebate ella.

—Porque papá me lo pidió.

—Quizá papá *me* pidió que interfiriera *contigo* ahora.

—Sigue soñando —resoplo, divertido—. Entonces, ¿qué va a ser? ¿Vas a llamarles y darles una patada en el culo?

Sonríe descaradamente.

—No hasta que respondas a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Ya sabes exactamente.

—¿La de quién es la hermana más molesta del mundo? Definitivamente tú. ¿Contenta?

Ruby cruza los brazos delante del pecho y me mira esperando.

—Yo tengo tiempo. Yo no tengo que estar en el hielo dentro de una hora. Y el entrenador no *me* arrancará la cabeza si no llego a tiempo a la reunión informativa con los jugadores. Y la nueva jefa no pensará en *venderme* a otro club si le disgusta mi actitud. Así que... vamos a tomarnos nuestro tiempo.

—Zorra —resoplo, y Ruby me da un puñetazo en el costado.

—Vale. Si te hace feliz, sí, estoy enamorado de Sienna Parks, ¿vale? Me encantó en su día y nuestro reencuentro no ha sido diferente. La diferencia es que esta vez no voy a dejarla escapar de nuevo. ¿Contenta?

Ruby me guiña un ojo.

—Contenta. Te has ganado la llamada y la entrevista. Ahora ve y prepárate para tu partido. Yo me ocuparé del resto.

—Gracias. También prometo no molestarte durante un día.

Ruby se ríe a carcajadas.

—Eso nunca lo conseguirás. Aunque un día fallecieras, seguirías molestándome todos los días. Probablemente en forma de paloma cagándome encima. Sería exactamente tu estilo, ¿no?

Ahora soy yo quién sonrío.

—Al menos *tengo* estilo. No se puede decir eso de todo el mundo aquí.

—Muy gracioso. Espero que luego te pateen el culo en el hielo.

Ruby me hace un gesto con el dedo corazón, pero las comisuras de sus labios se tuercen sospechosamente mientras camina a mi lado hacia su despacho.

Uf.

Ya está.

CAPÍTULO 31

SIENNA



—¿TODO bien con vosotras dos?

Susan asoma la cabeza por la puerta y sonríe.

—Hola —susurro sorprendida para no despertar a Hannah, que sigue felizmente dormida. No ha dormido muy bien. Ni yo. Agradezco que hoy le hayan dado el alta y pueda volver a su entorno familiar.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le pregunto a Susan, que se acerca con mirada misteriosa y se sienta junto a mi cama.

—Para empezar, te traigo café. *Café de verdad* y no el que venden aquí. En segundo lugar, quería que vieras esto.

Susan me da la taza de café humeante y saca su móvil con auriculares, que me pone en los oídos.

La miro irritada, pero ella sigue sonriendo imperturbable y da golpecitos en la pantalla hasta que aparece un vídeo.

Un vídeo de Shelby.

—¿Qué es eso? —pregunto con curiosidad.

—Eso, querida, es la entrevista que Shelby dio anoche después de su partido.

Pulso el botón de inicio en la parte izquierda del vídeo y escucho con interés la interacción entre Shelby y el reportero de uno de los canales deportivos más conocidos de este país.

—Shelby, enhorabuena por ganar el partido inaugural del campeonato. ¿Qué se siente al salir del campo como ganador nada más empezar?

—Gracias Ed, estamos contentos de habernos impuesto esta noche, pero no podremos dormirnos en los laureles. Queda mucho trabajo por hacer.

—Los *Vipers de Vancouver*, para los que también juega tu hermano Elliott, están considerados la sorpresa de la temporada. Están más fuertes que nunca. ¿Te hace ilusión el enfrentamiento con tu hermano?

—Estoy deseando ganarle. Una victoria contra tu propio hermano siempre sabe especialmente dulce.

Shelby esboza su irresistible sonrisa de Shelby, para la que creo que necesita una licencia, y no parece sorprenderse lo más mínimo por la siguiente pregunta del periodista. Al contrario. Hay una mirada acechante en sus ojos, como si hubiera estado esperando precisamente eso.

—Sigamos con el tema de la sorpresa, pero salgamos un momento del hielo. Dicen que te acabas de enterar de que eres padre, pero aún no has dicho nada al respecto. Naturalmente,

nuestros telespectadores tienen mucha curiosidad. Así que, Shelby, ¿quieres contarnos a qué vienen esos rumores?

Shelby coge el micrófono de la mano del reportero y empuja al desconcertado tipo fuera de campo para situarse solo en el foco de la cámara.

—Una pregunta excelente, Ed. La pequeña Hannah, a la que muchos de vosotros apodasteis mi hija secreta en vuestros titulares, fue atropellada ayer por un coche cuando estaba aterrorizada e intentaba huir de los reporteros que la emboscaban en la escuela primaria. Le hacían fotos y la acosaban a preguntas. Debido a la curiosidad totalmente inaceptable e inapropiada de los periodistas, que ni siquiera se privan de perseguir a niños indefensos e indefensas en busca del siguiente titular, Hannah está ahora en el hospital en lugar de aprender a leer y escribir en la escuela como sus compañeros. Así que estas son mis preguntas para ti, Ed, y para todos los reporteros, paparazzi, periodistas y como quiera que se llamen a sí mismos: ¿cuándo exactamente cambiaste cualquier sentido de la moralidad y la decencia por la codicia y el deseo de reconocimiento? ¿Y es posible que incluso te propusieras a llevar a Hannah delante de un coche en marcha porque habrías conseguido fotos y titulares aún mejores? ¿Dónde termina, Ed? ¿Dónde termina? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar por el bien de la circulación y los índices de audiencia? Y sobre todo, ¿no te avergüenzas de ti mismo?

—Obviamente es un tema muy desafortunado el que sacas, Shelby —Ed intenta recuperar el control de la entrevista, pero Shelby sigue hablando.

—Y luego tengo una pregunta para los queridos espectadores de ahí fuera que están bombardeando mis cuentas en las redes sociales con comentarios irrespetuosos afirmando que tienen derecho a saber si Sienna Parks es mi novia y Hannah es mi hija. ¿Quién os creéis que sois para que os cuente mi vida privada? Que esté en el foco público no significa que tenga menos derecho a la intimidad que cualquier otra persona de nuestro país. Esta maldita doble moral, unido a la hipocresía de la que hacen gala muchas personas, me cabrea. Hacedme un favor y ocupaos de vuestros putos asuntos en lugar de abalanzaros sobre mi mierda como buitres hambrientos. Gracias.

Le entrega el micrófono al atónito Ed Montana con una sonrisa radiante, le da una palmada en el hombro y desaparece.

Bajo el móvil, me quito los tapones de la oreja y abro la boca para decir algo. No se me escapa ni una palabra. En lugar de eso, me quedo mirando a Susan con la boca abierta.

—El vídeo se hizo viral en cuestión de minutos. Muchas estrellas de la música, el cine, el deporte y la política ya han reaccionado y han agradecido a Shelby sus palabras claras y duras. Ha dicho lo que muchos de ellos pensaban pero no se atrevían a decir. Hasta ahora.

—Estaba... así que... ¿te permiten decir en directo por televisión que estás cabreado y que la gente debería meterse en sus asuntos? —tartamudeo, todavía luchando por encontrar las palabras.

Susan suelta una risita.

—No, pero Shelby Sloane no sigue las reglas. Ya deberías saberlo.

—¿Crees que tendrá problemas con los *Armadillos* por eso? Bueno... ¿por defendernos, quiero decir? Seguro que eso no se acordó con el departamento de prensa.

—Ya lo has visto. No parecía que le importara.

Miro fijamente el móvil, aunque la pantalla se ha apagado, y siento que me invade un agradable calor.

Shelby nos protegió. Dio la cara por nosotras ante el mundo y dijo lo que pensaba sin importarle las consecuencias.

No conozco a ningún otro hombre que actuara con tanta valentía y decisión como él lo hizo por nosotras.

—Es un buen hombre, Sienna. Se merece un lugar en la vida de Hannah. Y si me preguntas, en la tuya también. Deberías darle una oportunidad.

—Después de todo lo que ha pasado, dudo que le interese —suspiro resignada. —¿Qué hombre querría estar con una mujer que le mintió y le llevó por el mal camino?

—Cualquier hombre que sea tan imperfecto como la mujer de la que hablas. Todos tenemos nuestras asperezas. Y todos cometemos errores. Además, no lo hiciste por rencor o malicia. Tenías tus razones. Razones *comprensibles*. Si es la persona adecuada, lo entenderá.

—¿De verdad lo crees?

Susan asiente.

—Definitivamente lo creo. Mírate... estás loca por él. Tanto antes como ahora. ¿Por qué no cedes de una vez y te permites ser feliz? Por Hannah, pero sobre todo por ti misma. Porque sí, eres madre, y el bienestar de tu hija debe ser tu máxima prioridad. Pero sigues siendo una mujer independiente con derecho a tu propia felicidad y amor. Y eso es exactamente lo que estás recibiendo de Shelby. Así que agárralo y llévatelo. Ahí lo tienes. Ahora me tengo que ir. La escuela me llama. Te veré esta tarde. Seré rápida.

Me da un beso en la mejilla, coge su móvil y me deja sin palabras.

Me quedo un rato mirando la puerta cerrada por la que ha desaparecido hace unos minutos y luego me levanto, taza de café en mano, para mirar fuera y pensar en lo que acabo de vivir.

CAPÍTULO 32

SHELBY



—¿CUÁNTO tiempo vas a quedarte mirándola? —susurra Sienna con una sonrisa cuando vuelve a entrar en la habitación, media hora después de que Hannah se hubiera dormido. Yo sigo agazapado junto a la cama de Hannah, observándola soñando despierta con fascinación.

Me levanto en silencio, acaricio sus rizos rubios por última vez y salgo de la habitación en puntillas.

—¿Estás segura de que hiciste bien en traerla a casa? Quizá deberíamos haberla revisado de pies a cabeza —le digo a Sienna mientras bajamos las escaleras.

—Todo está bien. Los médicos la han examinado a fondo y le han dado el visto bueno. Ahora sólo tiene que recuperarse del shock. Le daremos todo el tiempo que necesite y estaremos a su lado. Es todo lo que podemos hacer —responde Sienna con dulzura y paciencia, a pesar de que hoy se lo he preguntado cientos de veces—. ¿Te apetece un vaso de vino?

Asiento con la cabeza.

—Mucho.

—¿Por qué no te sientas en el salón? Enseguida voy.

Sigo las instrucciones de Sienna y me acomodo en el acogedor sofá, donde respiro profundamente por primera vez desde que llegué al hospital esta mañana.

He estado tan indispuerto por culpa de Hannah, el accidente y la noticia de mi repentina paternidad que todo me salió a la vez en una entrevista televisada a nivel nacional después del partido de anoche.

En realidad, quería afrontar la entrevista con educación, diplomacia y seguridad. Pero exploté y, al estilo típico de Shelby, arrasé a pesar de todo.

Por extraño que parezca, Ruby me chocó los cinco en lugar de darme una palmada en el culo, y la nueva jefa de los *Armadillos*, Arielle Remington, tampoco me regañó.

Al contrario. Mi entrevista de rabia encontró muchos aliados y mucho apoyo, incluso dentro de los medios de comunicación.

Esperemos que sirva para cambiar las cosas a largo plazo. Porque no quiero recibir otra llamada diciéndome que mi hija ha sido atropellada por un coche.

Jesús, cuando recuerdo ese momento, siento que se me sale la sangre de las venas.

Sienna me saca de mis horribles pensamientos y se sienta a mi lado en el sofá.

Cojo el vaso y lo choco con el suyo.

—¿Brindamos por Hannah? —pregunto.

—Por Hannah y por el padre valiente e intrépido que tiene —responde Sienna, guiñándome

un ojo.

—¿Has visto la entrevista?

—Sí. Y te doy las gracias por ello.

—No tienes por qué. Mi trabajo es defender a mi familia. Y hablando de familia, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Sienna deja el vaso sobre la mesita y se pone seria.

—Seguro que quieres hablar de cómo vamos a dividir nuestro tiempo con Hannah en el futuro, ¿no?

—No. No quiero —respondo y dejo mi vaso también—. Bueno, sí quiero hablar del tiempo con Hannah, pero no quiero dividirlo.

—¿Quieres la custodia? —susurra Sienna, llena de miedo.

Agarro su mano temblorosa y la pongo tranquilizadamente entre las mías.

—Os quiero a *vosotras*. A ti y a Hannah. Quiero que seamos una familia. Mamá, papá, niña. Quiero el paquete *completo*. A la niña. Y a la mamá.

Me mira con incredulidad. El miedo y la esperanza luchan por la supremacía en sus ojos color jade.

—Pero... ¿cómo puedes seguir queriéndome después de todo eso?

—Me mentiste, sí, pero sólo pensabas en el bienestar de Hannah. Excepto, claro —bajo la voz y me acerco a su oído—, cuando me dejaste lamerte y follarte. Entonces pensabas en *tu propio* bienestar.

Sienna se sonroja, lo que me parece increíblemente dulce y tierno.

—La llamada de Susan y el accidente de Hannah me hicieron darme cuenta de lo rápido que puede acabar todo. Siempre pensamos que envejeceremos, nos saldrán canas y que tendremos mucho tiempo antes de tener que despedirnos de este mundo. Pero no es así. Nadie nos garantiza que lleguemos a una edad madura. Un accidente, un atentado, una enfermedad o simplemente una muerte natural: todo ello es posible incluso a una edad temprana. Puede ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. No importa lo rico que seas. Por muy sano que estés. Y no importa cuántos sueños te queden por cumplir. Puede acabarse de un día para otro.

Veo las lágrimas brotar de los ojos de Sienna ante mis palabras y a mí también me asustan, por eso no estoy dispuesto a quedarme de brazos cruzados por más tiempo.

—Ya he perdido seis años con mi hija. Y que quede claro: no te culpo por eso. Te creo en que era casi imposible encontrarme y también comprendo por qué no pudiste ponerte en contacto con la compañía aérea al respecto. Pero ahora que por fin nos hemos encontrado, no quiero pasar ni un día más sin ti. Cada día que pierdo por no tener el valor de conseguir lo que quiero es un día perdido. Ya han sido demasiados. Sabes, Sienna... el final es el mismo para todos nosotros. Lo que hacemos antes de eso no lo es. Depende de las decisiones que tomemos. Mi decisión es clara: quiero pasar mi vida contigo.

Mi corazón late emocionado en mi pecho ante estas palabras. Cuántas veces he repasado este texto en mi cabeza... más veces de las que puedo contar. Sin embargo, hasta el final, no sabía si atreverme a decirlo por miedo a cómo reaccionaría Sienna.

¿Y si, aunque tengamos una hija juntos, no quiere estar conmigo?

No quiero nada más que eso.

La mano de Sienna me acaricia la mejilla y su mirada empañada por las lágrimas se cruza con la mía.

—Eres mi héroe, Shelby Sloane —susurra—, y si todavía me quieres, me encantaría caminar por la vida a tu lado.

Coloco mi mano sobre la suya y exhalo con alivio.

Luego la subo a mi regazo y la beso.

Hambrientos, ávidos y exigentes, nuestros labios se encuentran y, en cuestión de segundos, la lujuria reprimida que hemos contenido durante tanto tiempo arde con fuerza.

Le quito el jersey a Sienna y ella me quita el mío. No tengo paciencia para quitarle el sujetador. Le bajo las copas sin cuidado y pongo la boca en la parte superior de sus pechos erectos.

Sienna jadea y me entierra las manos en el pelo.

¡Joder! Me encanta.

—Dormitorio —susurra sin aliento—. Susan podría volver de la tienda en cualquier momento.

La cojo en brazos y corro literalmente con ella hasta el dormitorio, donde la tiro en la cama y me tumbo sobre ella.

Mientras nos besamos apasionadamente, intentamos bajarnos los pantalones y volver a estar tan cerca el uno del otro como pueden estarlo dos personas.

—Condón —susurra Sienna sin aliento mientras la penetro con un gemido de alivio—. Recuerda lo que pasó la última vez que lo hicimos sin él.

Sonrío y empiezo a moverme dentro de su coño húmedo y preparado.

¿De verdad cree que podría volver a detenerme ahora que estoy dentro de ella y sintiéndola sin ninguna barrera entre nosotros?

Jamás.

—La última vez hicimos una chica dulce. Puede que esta vez sea un chico —susurro, maldiciendo en voz baja y disfrutando de cómo su centro se tensa alrededor de mi polla al oír mis palabras provocadoras.

Obviamente, a ella también le gusta la idea.

Me alegro. Porque tengo la intención de formar todo un equipo de hockey sobre hielo con esta mujer en los próximos años.

—No tiene gracia, Shelby —me advierte. Pero su tibia objeción es sustituida por un suspiro de lujuria cuando me hundo profundamente en su interior y golpeo su punto G.

—¿Crees que bromeo? No, nena. Sabes que soy Shelby Sloane. Cada golpe es un gol —gruño con dureza.

Sienna se ríe a carcajadas y me hace sonreír.

—Realmente eres el único hombre del planeta que se promociona durante el sexo.

—¿Quién habla de promocionarse? No es promocionarme, nena, es una promesa. Ahora sé una buena chica y abre bien tus hermosos muslos para que pueda mimar como es debido a la madre de mis hijos.

—Eres realmente imposible, Shelby —sonríe Sienna y me planta un beso en los labios ligeramente separados.

—Y te encanta —le devuelvo la sonrisa.

—Sí, me encanta. Y de qué manera.

EPÍLOGO



UNAS SEMANAS DESPUÉS

SIENNA

—MIRA, ratoncita, ahí abajo está papá. Nos está saludando.

Hannah gira la cabeza hacia la izquierda y, cuando ve a Shelby sobre el hielo, le saluda de oreja a oreja y le devuelve el saludo chillando.

Es su primer partido de hockey sobre hielo y apenas ha dormido de la emoción.

Los *Arizona Armadillos* juegan hoy en casa contra los *Vancouver Vipers*, lo que significa que los tres hermanos Sloane están sobre el hielo.

Como esto es algo extremadamente raro, los padres de Shelby también han viajado y nos han invitado a todos a una cena tardía en *Frozen Delight* después del partido.

Así que esta es una doble primicia para Hannah y para mí. Vamos a ver jugar a Shelby por primera vez y a también conocer a los abuelos paternos de Hannah.

No sé cuál de las dos cosas me pone más nerviosa.

Pero todo irá bien.

Ya estoy deseando que Shelby conozca a mis padres dentro de unas semanas. Visitaremos a sus padres y a los míos durante las vacaciones de Navidad.

Shelby ha organizado entradas VIP para sus padres y para nosotros para el partido de esta noche en la tribuna familiar.

Sin embargo, sus padres aún no han llegado porque su avión se retrasó y el padre de Shelby tuvo que asistir a un partido de hockey sobre hielo de su equipo universitario antes de despegar.

En realidad, queríamos presentarnos antes del partido para no tener que hacerlo delante de las cámaras de televisión.

Ya es demasiado tarde, porque el partido va a empezar dentro de unos minutos.

Tomo las manos de Hannah entre las mías y me uno a ella para aplaudir a los *Arizona Armadillos*, que están siendo vitoreados y aplaudidos por sus seguidores.

Aunque no tengo ni idea de las reglas del hockey sobre hielo, el ambiente que se respira en el estadio es sobrecogedor y una motivación increíble para familiarizarme con este deporte junto con Hannah y poder apoyar a Shelby como es debido en el futuro.

Eso es exactamente lo que Shelby se merece: que le apoyemos, le celebremos y le inspiremos, como él hace con nosotros cada día.

Con su incomparable sentido del humor, su irresistible encanto y su capacidad para tomárselo todo con calma, se ha convertido rápidamente en una parte tan importante de nuestra familia que todo se desmoronaría sin él.

Ha conquistado mi corazón y hace que lata más deprisa cada día.

Me hace sentir viva, querida y muy feliz.

No podría imaginar un padre mejor para Hannah y una pareja más adecuada para mí.

—Tú debes de ser Sienna —oigo decir a una voz femenina a mi lado, y giro la cabeza—. Soy la madre de Shelby —me sonríe y, cuando me levanto para ofrecerle la mano en señal de saludo, me da un abrazo que me deja sin aliento.

—Y tú debes de ser Hannah, ¿verdad? Mi primera nieta.

Se lo repite todo a Hannah, que no sabe lo que le pasa, pero sonríe y lo deja pasar.

—¿Eres mi abuela? —pregunta, mirando con curiosidad a la madre de Shelby, cuyos ojos enseguida se llenan de lágrimas de emoción ante la pregunta de Hannah.

—Sí, soy yo, mi sol. Y me alegro mucho de conocerte por fin.

—¿Puedo saludar a mi futura nuera y a nuestra primera nieta? —refunfuña un hombre alto y corpulento detrás de la madre de Shelby, que inmediatamente te hace sentir que tienes que ponerte firme.

La madre de Shelby pone los ojos en blanco con fingido enfado y nos guiña un ojo.

—Este es Stephen. Mi marido.

Stephen Timothy Sloane. El padre de Shelby. Ex jugador de hockey profesional y actual entrenador del equipo universitario de hockey sobre hielo de *Colorado College*.

Me mira con severidad e instintivamente contengo la respiración. Sé por Ruby y Shelby que es un verdadero gruñón.

—¿Por qué frunces el ceño, abuelo? ¿Alguien ha sido malo contigo?

La inocente pregunta de Hannah le hace dar un salto tan violento que temo que rueda por las gradas hasta el borde del campo. Pero se contiene a tiempo y una amplia sonrisa se dibuja en su rostro mientras se arrodilla en el suelo para quedar a la altura de los ojos de Hannah, que, a diferencia de mí, no parece tenerle miedo.

—Supongo que tendré que acostumbrarme a que alguien me llame *abuelo* y no lo diga como un insulto.

Estira el brazo y agarra la pequeña mano de Hannah.

—¿Qué tal, señorita? Dime, ¿sabes patinar?

Hannah niega con la cabeza.

—No, pero mi papá quiere enseñarme.

Stephen refunfuña satisfecho.

—Bien, eso es lo que quiero que haga. Pero aún mejor, yo te enseñaré. Así sabremos que tienes una base sólida. ¿Qué te parece mañana? ¿Damos una vuelta juntos sobre el hielo?

—¿Me darás el pingüino de hielo que me prometió papá?

—Por supuesto, señorita. Tendrás todo lo que quieras.

Janice, la mamá de Shelby, me da un codazo furtivo en el brazo.

—No ha tardado ni un minuto y ya tiene al viejo oso gruñón envuelto en su dedito —me sisea con una sonrisa.

—Está claro que su irresistible encanto lo ha heredado de su padre —le susurro y veo cómo Janice se sonroja de orgullo ante esta afirmación.

—Ese es mi hijo —me dice con cariño y me coge la mano entre las suyas—. Nunca le había visto tan feliz y contento. Te quiere con locura, Sienna. Y a la pequeña Hannah también.

—Sí —respondo con una sonrisa de felicidad—. Y nosotras a él. Como locas.

SHELBY

—¡Papi, papi!

Me pongo de rodillas y extendiendo los brazos, sonriendo, mientras Hannah viene corriendo hacia mí y vuela a mis brazos.

—Jesús... creo que nunca me acostumbraré a que alguien te llame papá —me sisea mi hermano Elliott.

—Al menos alguien que no lleve lencería sexy y no esté esperando a que se la follen —comenta Caiden secamente y en voz tan baja que solo podemos oírlo los tres.

—Es que estás celoso —le respondo, todavía con una amplia sonrisa, y me levanto con Hannah en brazos—. ¿Te ha gustado el juego, Barbie Girl?

Hannah asiente con entusiasmo.

—Sí, ha sido genial. Pero ¿por qué tiraste los guantes al suelo y golpeaste al otro jugador? Seguro que ahora tus guantes están sucios y mamá tiene que lavarlos. Además, mamá siempre dice que la violencia no es la solución. Hay que resolver los problemas pacíficamente.

Caiden y Elliott estallan en carcajadas detrás de mí y Chase, que prácticamente forma parte de la familia por su enlace con mi hermana, no puede evitar reírse también.

—Sí, colega, puede que la próxima vez quieras hablar con tu oponente hasta matarlo en lugar de noquearlo con el puño —se burla Elliott.

—Estás enfadado porque esta noche te hemos dado unos buenos azotes, meón —le respondo, ganándome un bufido indignado de mi hija.

—Pero papá... tú no dices palabrotas. ¿Y qué es un meón?

Las risas detrás de nosotros aumentan de volumen, por lo que Sienna, que está charlando animadamente con Susan, Ruby y mi madre, se fija en nosotros y se acerca.

—¿Cómo estáis? ¿Todo bien? —me sonrío y mi corazón se calienta al instante. ¿Cómo lo hace siempre?

—Mamá, ¿sabes lo que es un meón?

Sienna enarca las cejas, sorprendida.

—¿Un *meón*?

—Sí. Papá acaba de llamar meón al tío Elliott.

Sienna ladea la cabeza en señal de reproche, pero las comisuras de sus labios se crispan traicioneramente.

—Lo siento, nena —murmuro y bajo la cabeza, pillado por sorpresa.

—Ella lo castró —sisea Elliott a Caiden—. ¿No lo oyes? Se ha quedado sin huevos.

—¿Por qué no tienes huevos, papá? —pregunta Hannah con prontitud, ahora realmente confundida—. ¿Mamá no compró ninguno para hacer pasteles?

—Vale, ya está bien —ríe Sienna y me quita a Hannah de encima, sacudiendo la cabeza—. Los tres pertenecéis al área de castigo.

—¿Qué es eso que oigo?

Ante la estruendosa voz de mi padre, Caiden, Elliott y yo nos ponemos instintivamente en posición de firmes.

¿Penalti? ¿Qué habéis hecho ahora, tres inútiles? ¿Tengo que tiraros de las orejas?

—Están corrompiendo a tu nieta —comenta Sienna, mirándome con picardía.

—¿Ah, sí?

Le quita a Hannah, que suelta una risita y se acurruca contra él, pareciendo disfrutar siendo el centro de atención.

—Mañana por la mañana, a las ocho, quiero veros a los tres en la pista de hielo. Entrenamiento criminal por burlarse de la pequeña Hannah. Y mientras estáis todos patinando como locos y jadeando como patéticos peleles, mi nieta os adelantará a todos con el pingüino de hielo.

—¿Abuelo? —grita Hannah, hurgando en el dobladillo de su capucha.

—¿Sí, señorita? —dice él, de repente mucho más suave y con una sonrisa en los labios.

—¿Qué son los peleles?

Mi padre ensancha los ojos con culpabilidad y se sonroja como un tomate.

Caiden, Elliott, Sienna y yo nos sujetamos el estómago y nos reímos a lágrima viva, así que al final mi padre también empieza a reírse y Hannah se une con una risita, aunque esta noche estamos sobrecargando por completo los brazos con nuestras bromas.

Tiro de Sienna hacia mí y le robo mi ansiado beso.

—Hola, nena. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —murmura ella contra mis labios y cierra los ojos enamorada.

—¿Más? —gruño y muerdo suavemente su labio inferior.

—Por supuesto. Estuviste jodidamente caliente ahí fuera.

—Bueno... ya sabes lo que dicen de mí...

—Shelby Sloane. Cada tiro es un gol —sonríe.

—Toda la razón, nena.

La empujo contra la pared con un suspiro y sopeso mis posibilidades de convencerla de un apetitoso rapidito en la habitación de al lado antes de pasarme el resto de la noche en casa saciando mi hambre voraz sobre y para ella.

—Sé exactamente lo que estás pensando —me dice al oído y me rodea el cuello con los brazos.

—¿Y qué piensas *tú*? —pregunto esperanzado.

—Que podemos dejar la fiesta unos minutos, pero tenemos que darnos prisa.

—Los dos somos profesionales en eso, ¿verdad? —le hago un guiño travieso y la beso en la punta de la nariz—. Te quiero, Parks.

—Y yo te quiero a ti, Shelby Sloane, Señor *Cada Tiro es un Gol*.



¿Quieres saber si Caiden y Elliott también encontrarán el amor verdadero? “**Caiden - Corazón Congelado**” sale en octubre. Puedes reservarlo [AQUÍ](#) o escaneando este código QR:



¿Quieres conseguir **un capítulo secreto exclusivo y gratuito** sobre los tres hermanos Sloane?
Entonces haz clic [AQUÍ](#) o escanea este código QR:



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1

Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2

Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3

Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4

Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5

Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)

La serie Colorado College:

Volumen 1:

Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:

Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:

Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)

La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:

Volumen 1:

Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas [AQUÍ](#). También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capítulo extra del segundo volume** de esta serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: [avaavery.autorin](#)

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: [@avaavery.books](#)

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Source: depositphotos.com

Photo ID & Credit:

259315558, YAYImages

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com